




# REFLEXIONES PROHIBIDAS

Anne Mather

*Reflexiones prohibidas*
*(Amores condenados)*
*Anne Mather*
**Reflexiones prohibidas (Amores condenados) 1995**
**Título Original:** Snowfire
**Editorial:** Harlequín ibérica
**Sello / Colección:** Bianca 707
**Género:** Contemporáneo
**Protagonistas:** Conor Brennan y Olivia
***Argumento:***

*Desilusionada y sin fe en el futuro, Olivia regresó al pueblo donde pasó sus primeros años. El regreso al hogar le permitió reencontrarse con Conor, un amigo de la infancia que parecía brindarle felicidad.*

**Prólogo**

El se encontraba en el comedor, cerca de la ventana, mirando en silencio la lluvia que no había dejado de caer desde que salieron de la iglesia. Después de varios días sin lluvia, tuvo que haber sido el día del funeral cuando el clima cambió, pensó Olivia.

Ella permaneció cerca de la puerta al darse cuenta que él no se había percatado de su presencia, quería evitar el momento de decir adiós. Si ella fuera mayor, pensó.

Si Sally hubiera reflexionado bien antes de convertir a Philip, su hermano en el guardián de su hijo. ¿Pero quién hubiera imaginado que Sally y Keith morirían antes de haber cumplido los treinta y cinco años de edad? Philip era la elección obvia.

Aún así…

Olivia se mordió el labio al ver la figura del muchacho. Hoy había sido el día más terrible de su vida y su cabeza baja y hombros caídos describían la profunda tristeza que lo embargaba, y que ya no podía ocultar. Durante el funeral se había comportado como un hombre de mayor edad, pero ahora, sabiendo que nadie lo veía, empezaba a dar rienda suelta a su pesar. El corazón de Olivia se estremeció y compartió su pena.

—Conor —dijo ella casi con un murmullo, él escuchó y se volvió, enderezo su postura y se limpió las lágrimas que caían sobre sus mejillas.

—Ah, ¡hola, tía Livia! —Dijo él forzando una sonrisa—. Sólo miraba la lluvia.

—El jardín que mi madre… —Conor hizo una pausa al mencionar a Sally, pero continuó—. Las dalias que mamá plantó están en flor.

—¿De veras? —Olivia repuso acercándose a él y se percató que había crecido mucho más desde el año pasado que lo había visto. Ahora, estaba casi de su estatura, aunque ella usaba tacones. Olivia prefirió dedicar su atención al jardín. Recordaba que la última vez que los había visitado, habían tomado el té ahí.

Estaba más preocupada por él que por las dalias. ¿Qué estaría pensando en realidad? ¿Acaso deseaba haber muerto con sus padres en ese fatídico viaje a París?

Se veía tan desconcertado. Su cabello de color arena, que siempre parecía necesitar un corte, caía sobre el traje oscuro.

Si la hubieran dejado a ella a cargo, pensó. A los quince años de edad, el chico necesitaba saber quién era, aferrarse a sus raíces. Todo lo que él amaba y conocía estaba ahí, en Paget. No conocía a nadie en Estados Unidos. Ni siquiera había ido de vacaciones.

—¿Debo ir?

Sus palabras resonaron en la cabeza de Olivia, parecía estar leyendo su mente.

Su relación con los Brennan había sido siempre cercana, a pesar de que los dos últimos años ella se había marchado a Londres a trabajar y ya no podía visitarlos tan seguido.

Claro, era la madre de Conor con la que Olivia había tenido más cosas en común. Ella tenía diez años cuando Keith y Sally Brennan se habían mudado a la vieja casa, al lado de la de su abuela. El hecho de que los Brennan tuvieran un bebé era la principal atracción, pero cuando Olivia empezó a crecer, Sally se convirtió en su confidente.

Olivia misma, casi no había conocido a sus padres, ellos también habían fallecido en un accidente cuando ella era tan sólo un bebé. Como consecuencia, su abuela paterna se había hecho cargo de ella; y aunque la señora Holland había tratado de darle lo mejor, su edad le impedía tener la suficiente paciencia para hacerse cargo de una niña pequeña.

Esa era la razón por la que Olivia podía comprender a Conor tan bien. Lo había conocido desde que tenía dos años. Lo había visto crecer, lo había peinado miles de veces, había limpiado sus rodillas después de infinitas caídas. Cuántas veces había bromeado con él acerca de las chicas que parecían rondar su casa. Conor era lo más parecido a un sobrino que ella tenía, y lo extrañaría infinitamente.

—Sí… así lo creo —ella respondió al fin con gran esfuerzo, ante la mirada del chico. Ella trató de animarlo—: Míralo por el lado bueno, será como un nuevo inicio.

Además, es el lugar donde tu tío Philip vive, parece ser muy hermoso. ¡Imagina poder nadar durante todo el año!

—¡No quiero ir! —Su respuesta fue desesperada—. ¡Deseo quedarme aquí! ¿Por qué no puedo hacerlo? Esta casa es mía ahora, ¿no es verdad?

—Bueno, sí… pero…

—Ya ves. ¿Cuál es el problema?

—Conor, no puedes permanecer aquí solo.

Su abuela ya no vivía en la casa contigua. Hacía un año había sufrido un ataque al corazón y la trasladaron a un asilo. Sally le había contado que ni siquiera conocía bien a los nuevos ocupantes.

—¿Por qué no? Me he quedado solo otras veces.

—Pero no por mucho tiempo —repuso Olivia, sin poder soportar su mirada—.

¡Conor, solo tienes quince años!

—Dieciséis —interrumpió—. Los cumpliré en tres meses.

—No, Conor.

—¿Entonces, por qué no puedo vivir contigo? —demandó—. No sería una carga para ti. Buscaría un empleo y…

—Conor —ella suspiró—. Conor, debes terminar de estudiar. Eso es lo que tus padres hubieran deseado.

—¡En Florida! —dijo con una mueca.

—Sí —respondió ella con firmeza.

—Ya veo —repuso él con melancolía.

—¡Por favor, no lo digas así! —ella no lo podía soportar—. Si hubiera algo que yo pudiera hacer…

—Lo harías. Lo sé —pero Conor sonaba irónico—. Lo siento, debí haberme dado cuenta. ¡Tú vas a convertirte en una gran abogada! Lo último que necesitas es un chico en tu departamento que arruine tus citas cuando lleves a tus clientes a casa…

—¡Conor, no tengo departamento, y tú bien lo sabes! —Protestó con debilidad

—. Vivo en una casa que comparto con otras tres mujeres. Es como un cuarto de alquiler, en realidad. No hay modo de que pudieras vivir ahí.

—Bueno, ¿no podrías conseguir algo más grande, algo que pudiéramos compartir? ¡Yo ayudaría con la renta, claro!

—No, Conor —lo interrumpió—. Tu tío Philip es la persona indicada para hacerse cargo de ti, tus padres lo especificaron. Además, aunque pudiera ser posible, que no lo es, él nunca permitiría que permanecieras conmigo —ella trató de explicar con calma.

—¿Y no te alegra? —la expresión de Conor cambió por una de amargura. Se alejó de ella y metiendo las manos en sus bolsillos, añadió—: ¡Apuesto a que estás ansiosa por meterte en tu auto y alejarte de todo esto! ¡Después de todo no es tu problema! ¿Por qué inmiscuirte? No sé por qué viniste. Es obvio que no puedes ayudar, así que te hubieras quedado en Londres.

—¡Oh, Conor!

Olivia no pudo controlarse más, su pesar era también muy grande. Conor la miró por unos instantes; ella pudo ver que no podía contener el llanto, por fin corrió hacia ella y la abrazó.

Estaba temblando. Ella podía sentirlo. Al abrazarlo, Olivia notó que Conor había adelgazado mucho más de lo que ella recordaba. Los vecinos le informaron que desde que se entero, que el avión donde viajaban sus padres había explotado en medio del canal, Conor casi no había probado alimento.

—¡Lo siento, lo siento! —exclamó el al fin y trató de alejarse un poco de ella, enjugándose las lágrimas que cubrían por completo su rostro. Después la miró apenado y añadió—: Te mojé el cuello de la blusa.

—No importa —Olivia deseó que eso fuera lo único de lo que debiera preocuparse—. ¡Sólo desearía que hubiera algo que pudiera nacer! Tu madre era mi mejor amiga y no quiero decepcionarte.

Conor bajó la mirada, sus largas pestañas podían ocultar los ríos que se habían formado en sus verdes ojos. ¡Oh, Dios! ¿Por qué debía

suceder? Los Brennan eran una familia tan unida. Se habían mudado a Paget cuando, Keith, quien era un fisioterapeuta, obtuvo un empleo en un hospital cerca de Dymchurch. Sally era una trabajadora social y Conor, era el centro de su universo.

—¿A qué hora te marchas? —le preguntó al fin.

—Pronto —ella respondió con un nudo en la garganta y sacudió una pelusa de la chaqueta de Conor. El se alejó de inmediato. Con un esfuerzo, ella preguntó—: Escribirás para darme tu nueva dirección, ¿verdad? Ya sabes la mía y estoy ansiosa por saber cómo es Port Douglas.

—Si así lo quieres —respondió encogiendo los hombros.

Su tono era frío. El corazón de Olivia se rompió al darse cuenta que lo dejaría de ver por mucho tiempo. Pero deseaba marcharse antes de que dijera algo de lo que se tuviera que arrepentir. Era imposible que se quedara con ella. Ella no podría mantenerse al lado de un chico de esa edad, y era inútil pensar en la posibilidad de que él abandonara la escuela para poder trabajar. Sabía que Philip Cox nunca lo permitiría. Por otra parte, la casa sería vendida para pagar su educación.

Mordiéndose un labio, ella al fin reunió la fuerza para decir:

—Bueno, ¿vas a estar bien?

—Claro —respondió con una mueca de angustia.

Olivia titubeó y preguntó:

—¿Lo entiendes, verdad?

—¿Acaso importa?—se encogió de hombros.

—¡Claro que importa! —sólo por un momento, Olivia le habló con el corazón.

Su voz sacaba a relucir su propia frustración—. ¡Deseo que seas feliz, Conor! Y lo serás, ¡créeme!

# *CAPÍTULO 1*

El pequeño hotel, que aún conservaba la fachada estilo Tudor, que poseía desde el tiempo en que las embarcaciones venían a abastecerse para pelear contra la armada española, se encontraba al final del muelle. Muchos edificios habían sido renovados tiempo atrás, pero tanto las puertas, como los techos de madera del hotel Ship Inn, eran demasiado atractivos para los turistas como para ser remodelados.

En realidad, Paget no atraía tantos visitantes como Rommey, Hithe o Dymchurch, ya que era demasiado pequeño y los pantanos no eran muy indicados para que los niños jugaran. Pero Paget tenía el encanto de una aldea de pescadores que no había sido cambiada desde el siglo dieciséis. Muchos turistas americanos lo visitaban para tomar fotografías de sus edificios y sus calles empedradas.

En esta época del año había muy pocos visitantes, ya que el clima no era muy cálido. Las primeras semanas de febrero habían sido frías y con muchos vientos. Esa mañana había caído nieve y estaba acumulada sobre los botes que yacían anclados en el desembarcadero. Pocos pescadores se aventurarían a navegar, ya que por la mañana el pronóstico del tiempo les había advertido de una fuerte tormenta.

Mirando desde la ventana de su dormitorio, Olivia no sintió deseo alguno de quejarse acerca del tiempo. Por el contrario, no tendría que sonreír cuando bajara al pequeño comedor a desayunar. No había venido a Paget por compañía. No deseaba hablar con nadie más de lo necesario. El gerente no había reconocido su nombre, así que asumió que se trataba de uno más de esos "locos londinenses". ¿Quién más hubiera venido a este lugar cuando el tiempo era tan inclemente? ¿Quién habría reservado una habitación por tiempo indefinido, en lugar de vacacionar en algún lugar soleado?

Claro, Olivia sabía que el hecho de que su aspecto era muy poco saludable podría hacerles pensar que tal vez tenía una enfermedad incurable y había venido a Paget para morir. Eso, aunado al problema de su pierna. Al caminar, ella cojeaba un poco. Era imposible saber lo que en realidad pensaban de ella, pero por lo menos, durante la semana que había estado ahí, todos habían respetado su privacidad.

Olivia estaba muy agradecida. Era la primera vez durante todo el año que en realidad se sentía relajada. Todavía le dolía la pierna pero su apetito empezaba a mejorar y ya no necesitaba pastillas para dormir.

El sólo imaginar que necesitaba esas pastillas la hacían sentirse mal. Tan sólo tenía treinta y cuatro años de edad, pero ella se sentía como con veinte más.

Bueno, no era para menos después de lo ocurrido. Primero, la impresión de saber que Stephen le había sido infiel, y después, el terrible accidente que la obligó a pasar varias semanas en el hospital. Si se hubiera podido concentrar en su trabajo, eso la habría ayudado, pero le fue imposible. Su matrimonio no había sido perfecto, ella sabía que desde el principio se trató de algo así como un contrato. Sí, se había apresurado porque sentía presión por todas partes, presión por parte de sus amigos, de sus colegas, pero también de ella misma, ya que sentía que a los veintinueve años, su futuro sería solitario. Ella se había convencido a sí misma que un mal matrimonio era mejor que ningún matrimonio.

Tampoco podía culpar a Stephen, también él se acercaba a cierta edad sin, una compañía permanente. Sabía que existían cosas en él que no le agradaban, pero trató de sacar el mejor provecho. Claro que también había cosas en ella que a él le disgustaban, pero su abuela le había enseñado que en esta vida, rara vez obteníamos lo que en realidad deseábamos.

Bueno, ahora veía con claridad que fue él quién se aburrió primero de su relación, y como era obvio, ella fue la última en enterarse. Tal vez si su trabajo no hubiera sido tan pesado, si hubiera tenido más tiempo para su hogar, se hubiera dado cuenta de lo que pasaba. Pero el trabajo en ventas de Stephen requería que él se ausentara con frecuencia, y no fue sino hasta que un amigo le preguntó a Olivia cómo le había ido en su viaje a Bath, cuando ella se preocupó por examinar sus estados de cuenta bancarios. Ahí fue cuando supo que Stephen, por lo regular, ocupaba habitaciones dobles. Eso no era la prueba de su infidelidad, pero también encontró otras cuentas, una de ellas por una cena para dos en un restaurante en Brighton. Ella sabía que Stephen había viajado a Brighton para asistir a una conferencia de delegados.

Cuando ella le confrontó, él lo negó. A pesar de todos los problemas en su matrimonio, era conveniente para él conservar el *statu quo*, tener una esposa y a la vez disfrutar las emociones de sus aventuras amorosas.

Pero Olivia se había convencido que era algo abominable, y a pesar de las súplicas de Stephen por darle otra oportunidad, ella prefirió el divorcio.

Olivia decidió mudarse del apartamento que compartían en Kensington, pero Stephen continuó persiguiéndola. El insistió en que nunca le daría el divorcio y ella sabía que escándalos de ese tipo no serían muy convenientes para su brillante carrera como abogada.

Durante los años siguientes, ella se había convertido en una abogada bastante solicitada y con una gran reputación. Aún trabajaba para el mismo bufete, pero ahora contaba con otras opciones: otro

bufete o abrir el propio. Pero Stephen era vengativo y haría cualquier cosa con tal de desacreditarla. Además, la culpaba por lo que había ocurrido. Ella estaba harta de sus constantes amenazas.

Ahora se daba cuenta de que él había sido el culpable indirecto de sus accidentes. No lo culpaba por completo: Esa semana no había dormido bien, había trabajado horas extra y además tenía muchas cosas en la cabeza. No debió haber manejado lo sabía. Debió haber tomado un taxi a la estación, pero no lo hizo, prefirió manejar y fue a estrellarse directamente contra los pilares de concreto que soportaban un puente en el kilómetro M3. Eso era lo que le habían dicho, ya que ella no recordaba nada después de haber abandonado la oficina.

Claro, Stephen se había apenado mucho entonces. La había visitado en el hospital y le había prometido darle el divorcio. Le dijo que él mismo había contactado al abogado. No fue, sino hasta después, que ella se dio cuenta de las razones de él.

Pasado un tiempo, ella se había enterado de que era muy afortunada por estar viva. Su cabeza había sufrido varias contusiones, pero estaría bien. Los huesos en ambas piernas también sanarían, pero su pierna izquierda había sufrido fracturas múltiples, y no podría volver a correr.

Ella recordó que bromeó acerca de volver a correr, de cualquier manera no lo había hecho antes. Pero después se percató de lo que en realidad le trataban de decir.

La pierna izquierda había sido muy dañada durante el accidente, y aunque habían tratado de volverla a la normalidad por medio de cirugía, los tendones habían sido dañados irreversiblemente.

La fisioterapia la ayudó bastante, eso y su determinación de volver a caminar.

Cuándo salió del hospital debía usar muletas, pero después pudo caminar con la ayuda de un bastón nada más. Volver a la oficina fue muy duro en verdad, pero lo hizo. Si permanecía en pie por mucho tiempo, empezaba a sentir dolor; y además, la presión de su divorcio y su condición la habían hecho perder todas sus defensas. Fue cuando uno de los socios en *Hallidays* le sugirió tomar unas vacaciones.

Olivia sabía que su socio pensaba en un lugar soleado, algún lugar tranquilo donde ella pudiera relajarse por completo. Claro, sus colegas asumían que Stephen era en gran parte el causante de su estado mental. Pero en realidad, las semanas de inactividad, le habían permitido revaluar su vida, y ya no estaba tan segura de lo que deseaba.

Por tanto tiempo, su carrera la llenó por completo. Había deseado llegar a ser una abogada y lo había logrado. Había deseado entrar a trabajar a ese bufete, y también lo había logrado. ¿Entonces, por qué su vida parecía tan falta de significado?

¿Qué ocurrió con su carrera que ya no la llenaba?

Trató de pensar que tal vez se trataba de algo biológico. Eso, y el matrimonio fracasado con Stephen. ¿Si hubiera tenido un bebé, serían las cosas diferentes? Nunca habían tomado precauciones, así que tal vez ella no podía tener bebés. Tal vez por eso se sentía tan vacía. ¿O tal vez era como Conor le había dicho una vez, la edad la había amargado? Pero, estaba segura que sólo había deseado herirla, y lo había logrado.

Conor…

Apartándose de la ventana, ella se dirigió hacia el tocador y se sentó frente al espejo. Al examinar sus pálidas facciones, se preguntó dónde se podría encontrar Conor. ¿Qué habría pasado con él? Habían pasado nueve años desde que lo había visto por última vez. De hecho, sólo lo había visto una vez desde que se había marchado a Estados Unidos.

Ella hizo una mueca. La única visita de Conor no resultó muy placentera. A los diecisiete años, él había cambiado muchísimo de aquel muchacho sensible que ella había conocido. Se había portado grosero, intransigente y se había convertido en un joven arrogante. En esa ocasión había visitado Londres con un grupo de alumnos del colegio, en Port Douglas. La había visitado, totalmente ebrio, en la casa que compartía.

Para Olivia, Conor que había llegado a conocer más, a través de las cartas que él le escribía; era un extraño. Empezó a presumir acerca de la vida que llevaba en Florida, del auto que manejaba, de las fiestas a las que asistía. Se había portado de un modo rudo y arrogante, había desarreglado la habitación que ella conservaba tan ordenada. Le había dicho que ella era una tonta por pasar la vida trabajando y que se alegraba de haberse marchado de Paget cuando lo hizo. Y cuando ella se puso seria y lo reprimió, la había acusado de estar amargada por su edad.

Sí, Olivia recordaba que esa visita había sido una terrible experiencia, le había costado trabajo recuperarse de ella. Cuando no recibió más cartas de Conor, no le sorprendió en lo más mínimo. ¿Quién lo hubiera pensado? En tan sólo dos años él había cambiado tanto. Pero, por otra parte, Conor era muy joven aún y era obvio que la muerte de sus padres le tenía que afectar de algún modo.

A pesar de eso, ella pensaba en él con frecuencia. En especial en momentos como ese, cuando se encontraba triste y deprimida, que era la razón por la que había elegido regresar a Paget, aunque su abuela hubiera muerto hacía cinco años.

Deseando regresar a sus raíces, ella pensó.

Trató de maquillarse un poco, pero decidió que su cabello negro y rebelde la hacía lucir como una bruja, y por eso siempre lo había

mantenido corto. Pero durante su estancia en el hospital, éste había crecido y no le había importado. Por lo regular, usaba pasadores para poder recogerlo. Otro problema del cabello negro era que hacía resaltar la palidez de su rostro.

El bastón se encontraba cerca de la puerta. Poco a poco se estaba acostumbrando a no usarlo. Llegaría un momento en que podría caminar sin él, y sólo las horribles cicatrices y el ligero muelleo que hacía al caminar, permanecerían como recuerdo de ese terrible accidente. Además, en tres semanas ella recibiría el decreto que hacía constar su divorcio. Stephen no sería parte de su futuro nunca más.

"Pobre Stephen", pensó con lástima. El pobre diablo se debió haber espantado tanto al verla en el hospital, que no había podido con tanta responsabilidad. Imaginó que estaría atado a una inválida por el resto de su vida.

¡Hombres! Ella sacudió la cabeza al cerrar la puerta. Su experiencia con el sexo opuesto era que no debía confiar en ellos. Estaba determinada a no incluirlos nunca más en sus planes, fuera lo que fuera que decidiera hacer. Ahora era libre, o por lo menos lo sería en tres semanas más. ¿Para que necesitaría a un hombre?

Como ella era la única huésped en el hotel, la señora Drake, esposa del propietario, la observaba mientras bajaba por la angosta escalinata y después de acompañarla a su mesa y preguntarle si había descansado bien y si tenía todo lo que deseaba, tomó su orden para el desayuno.

Olivia nada más desayunaba café y pan tostado, pero aún así la señora Drake le preguntaba lo que pediría.

—Mi esposo cree que caerá una tormenta de nieve por la tarde —añadió en tono casual.

—¿De veras? —Olivia inquirió, mirando a través de la ventana a las pocas personas que habían decidido salir a pesar del clima frío.

—¡Así es! —aseguró —. ¿Está segura de no querer un par de huevos con tocino?

Un poco de pan tostado no parece muy nutritivo, en especial, en esta época del año.

Al decir eso, la señora Drake la miró escudriñando su delgada figura. Sabía que tenían curiosidad, y esa era la razón por la que se protegía y trataba de ser lo más reservada posible.

—Sólo eso, por favor —le insistió y tomó el diario que había ordenado. En realidad no estaba interesada en lo más mínimo por lo que pasaba en el mundo político o financiero, pero sentía que debía hacer algo mientras esperaba su desayuno. A pesar de que el señor Drake le había ofrecido conseguir un televisor si ella lo deseaba, se había rehusado.

Miró con interés la página de sociales, pero nada parecía

interesarle ahora.

Bajando el diario, prefirió mirar al gato de los Drake, que limpiaba sus patas sobre unas redes al otro lado de la habitación.

Un hombre pasó con rapidez y ella lo miró. Tenía las manos en los bolsillos y usaba una chaqueta de piel, cerrada hasta el cuello. Era alto, delgado y con cabello un poco más oscuro que los habitantes de ese lugar.

En ese momento, Tom Drake se encontraba en la puerta del hotel y Olivia se fijó en que intercambiaron un saludo. Lo que más le impresionó era su parecido con Conor Brennan. "Bueno, debe haber muchos hombres parecidos a él", pensó ella, pero aún así se trataba de una coincidencia, ya que tan sólo unos minutos antes había pensado en el paradero de Conor.

Cuando la señora Drake regresó con su desayuno, ella pensó en inquirir acerca de ese hombre. Pero sabía que si lo hacia, era una invitación abierta para entablar conversación, cosa que ella deseaba evitar a toda costa.

Por otra parte, era una locura. Si Conor hubiera regresado a su país por cualquier razón, ella estaba segura de que la hubiera buscado. Ya no vivía donde solía hacerlo, pero su trabajo era el mismo.

Su apetito no había sido muy bueno desde el accidente, pero tomó su café de buena gana y comió la mitad de un pan tostado. Después, dejando el invitante calor de la chimenea en el comedor se dirigió a su habitación. Había decidido dar un paseo, así que se cubrió muy bien y se dispuso a salir nuevo. Pero ese día no caminó por el muelle ni a través de los pantanos. En lugar de eso, ella decidió aventurarse y caminar por las empedradas calles de Paget; hacía las cosas que le traían recuerdos.

Era el primer intento que hacía para caminar tan lejos, pero decidió que ya era tiempo que rebasara sus propios límites. Además, deseaba ver la vieja casa de su abuela, y sentía curiosidad por saber quién vivía en la casa de los Brennan. Había pasado mucho tiempo desde que había sido vendida para pagar por la educación de Conor.

Cuando por fin llegó a Gulf Rise, la pierna le empezó a doler. Las irregulares fechadas victorianas lucían de la misma manera en que ella las recordaba. Casi todas eran tipo cabaña, algunas con terraza, como la de su abuela, otras sin ella. La casa que pertenecía a los Brennan era la más grande, pero Olivia recordó que Sally le había dicho que cuando la compraron había sido bastante barata, ya que necesitaba muchas reparaciones. La joven pareja dedicó los cinco primeros años de su matrimonio para arreglarla. Cuando Conor contaba con diez años de edad, la casa era su orgullo.

Todavía lo era, Olivia pudo comprobar. Parecía que alguien se había ocupado de conservarla tal y como era. Parecía recién pintada y

hasta el patio estaba limpio.

Se acercó un poco más a la casa. Había cubierto bien su cabeza y con la mano trataba de disimular un poco. Olivia no pensó que la reconocerían.

Se acercó lo suficiente como para ver un pequeño Peugeot en el estacionamiento. Mientras miraba, una joven mujer salió de la casa y abrió la puerta del auto. Antes de introducirse se volvió hacia la puerta de la casa, que había dejado entreabierta, y dejando las llaves en el auto, regresó.

Olivia pensó que era de muy mal gusto estar espiando a otros. Era obvio que la casa estaba habitada por alguien que la cuidaba. Decidió marcharse.

En ese momento, un hombre alto, vistiendo una chaqueta de piel, hizo su aparición. Olivia se quedó boquiabierta, al mirar su rostro supo que se trataba de Conor.

Pero no podía ser, se dijo ella, rehusando aceptar lo que sus ojos miraban.

Conor no vivía en Inglaterra, él vivía en América. No era posible que ahora viviera en su antigua casa. Era demasiado increíble.

Aún así, ella titubeó un poco. La pierna le dolía demasiado. ¿Cómo iba a regresar al muelle? Si no empezaba a caminar, perdería la fuerza y caería.

Pero la verdad era que no se trataba de algo físico, era psicológico. Quien quiera que fuera el hombre y la mujer, ahora besándolo, sabía que no apreciarían que alguien los espiara. Por otro lado, si en realidad se trataba de Conor, era evidente que no necesitaba su ayuda.

Pero le dolía que hubiera regresado sin hacérselo saber. Era su tía "postiza", ¡sus padres habían sido muy buenos amigos! ¡Y ella conocía a Conor desde que él tenía dos años de edad! Algo debía haber significado para él.

Claro, Conor ya no era un niño. Era todo un hombre, y uno muy apuesto por lo que ella podía ver. Desde lejos, Olivia se dio cuenta de que era mucho más alto y fuerte que su padre. Y era obvio que la mujer con cabello rubio y largas piernas, también pensaba así.

¿Quién era ella?, ¿quiénes eran ellos? Si se trataba de Conor, ¿acaso ella era su esposa?, ¿acaso significaba mucho para ella? Era obvio que él no necesitaba permiso de su antigua tía pensó Olivia con tristeza.

Hizo una mueca al sentir el intenso dolor en su pierna. Trató de pensar que la vida de Conor no era de su incumbencia. Podría checar el directorio de regreso al hotel. En realidad, deseó haberlo hecho antes.

De repente, sintió que las lágrimas cubrían su rostro.

"Lo que me faltaba", pensó ella. "Quedarme congelada en medio de

la tormenta".

Después de eso, no supo qué ocurrió, si su pierna había cedido o si había resbalado con el hielo. Pero, cayó cuan larga era, golpeándose contra el suelo.

Fue tan humillante. Nunca se había considerado muy graciosa, pero tampoco había sido tan torpe como lo era ahora. Aterrizó en su trasero y sintió un terrible dolor en su columna, mas sabía que debía estar agradecida de que el impacto no fuera en su pierna.

Pestañeando para poder ver bien entre las lágrimas, trató de incorporarse cuando sintió que fuertes manos la ayudaban a ponerse en pie.

—¡Tranquila! —la voz varonil resonó—. Tómelo con calma, señora. Tuvo una caída bastante fuerte.

# CAPÍTULO 2

Olivia deseaba que la tierra se abriera y la tragara. El se encontraba al lado de ella, pero ella escondía su rostro entre sus manos. Si acaso había albergado alguna duda acerca de su identidad, ahora estaba convencida. No podía existir otro hombre como Conor en Paget, no con ese acento trasatlántico.

—E… estoy bien —ella murmuró sacudiendo las manos y tratando de disimular. Se percató de que la mujer se aproximaba a ellos, ya que escuchó el sonido de los tacones sobre el suelo y el típico: "¿está bien?", haciendo sentirla como una carga.

—Dice que sí —repuso Conor sin prestar mayor atención. Después, tratando de buscar el rostro de ella preguntó—. ¿Es verdad?

Olivia suspiró. Resignada, se hizo a la idea de que no habría modo alguno de escapar sin ser vista por Conor. A pesar de no desearlo, levantó su rostro y enfrento a Conor. Este se quedó muy sorprendido y exclamó:

—¡Tía Livia! —era típico de él hacerla sentir más grande de lo que en realidad era.

—Hola Conor —respondió, aprovechándose de la sorpresa de él para poder incorporarse un poco. Después, con la ayuda de una barda cercana, ella soportó el dolor del fémur y por fin se puso en pie. Se alegraba de llevar un pantalón puesto.

— No sabía que estabas en Inglaterra —agregó.

—No —respondió. Parecía tener dificultades para acostumbrarse a su apariencia, Olivia trató de arreglarse el cabello con mano nerviosa. Se preguntaba si lucía tan mal como se sentía. Era evidente que él todavía no salía de la sorpresa y ella adivinó que era por la impresión al darse cuenta de cuanto había envejecido.

—Conor —la mujer lo tomó del brazo, mientras él se incorporaba y repitió al no obtener respuesta alguna—. Conor… no sabía que tenías parientes en Inglaterra. ¿Es la hermana de tu madre o algo así?

—¡No! —negó con rudeza. La chica abrió los azules ojos con sorpresa.

—Pero la llamaste……

—Tía Livia. Sí, lo sé —asintió y volviendo a mirar a Olivia como si todavía no pudiera creer lo que veía, explicó—: Es una manera de llamarla, eso es todo.

—Entonces, ¿quién es…?

—Era vecina de Conor y sus padres, hace muchos años —explicó Olivia, dándose cuenta que también su chaqueta había sufrido algunas raspaduras debido a la caída. Trato de checar la fuerza en su pierna.

"¡Oh Dios!", pensó "No creo poder regresar".

—Oh, ya veo —la chica repuso, y volviéndose a Conor agregó—: Con que me temo que ya debo irme. Le dije a Mary que estaría con ella a las once.

—Está bien —repuso él sin interés. Olivia sintió gran alivio al no tener la mirada de Conor sobre ella, pero a Conor pareció molestarle y la chica hizo un gesto, notándolo.

—Bueno. ¿Vas a venir? Pensé que tenías una cita en la clínica.

—La tengo —respondió él todavía molesto, y por un momento Olivia recordó al pequeño Conor siendo reprimido después de una travesura. De repente se sintió ansiosa, ¿por qué debía ir a una clínica?

—Bueno ¿no nos vas a presentar antes? —la chica inquirió mirando a Olivia con resentimiento. Pero ella sabía que era lo que menos deseaba. Parecía desear llevarse a Conor. Sí, no deseaba que permaneciera con ella. De eso, estaba segura.

Olivia deseaba poder marcharse. Inventar una excusa y empezar a caminar hacia el hotel. Pero cada minuto que pasaba, la pierna parecía dolerle más al mismo tiempo que se debilitaba.

—Sharon Holmes; Olivia… Perry —Conor por fin dijo después de titubear, Olivia se preguntaba cómo era que él sabía de su matrimonio. Pero antes de que se pudiera recobrar de la sorpresa, él se había inclinado sobre ella otra vez y empezó a examinar su pierna lastimada.

—¡No hagas eso! —exclamó Olivia con horror, casi al mismo tiempo que la otra mujer exclamaba: "¡Con!" Olivia se estremeció visiblemente cuando él masajeó su pierna.

—Bueno, estabas como una grulla —le explicó, mirándola a los ojos con seriedad—. Pensé que tal vez te habías lastimado la pierna al caer, pero se trata de algo más, ¿verdad? Es mejor que entres a la casa mientras te examino.

—¿Perdón? —Olivia carraspeó.

—Dije que…

—Escuché lo que dijiste —interrumpió cerrándose la chaqueta—. Pero no deseo que me examines. Sería mejor que llamaras un taxi. Admito que no podré caminar hasta el hotel. Pero eso será suficiente. Gracias de todos modos.

Conor se volvió hacia Sharon, quien lo miraba irritada, pero decidió hacer caso omiso de su enojo y continuó:

—Yo mismo te llevaré después de que me digas que te pasó. Ahora, ¿puedes caminar hasta la casa o es mejor que te cargue? Olivia deseó poder hacerlo, pero sabía que cualquier esfuerzo le causaría un dolor intenso. Ahora se arrepentía de no haber traído el bastón consigo, por pretender que no lo necesitaba.

Conor pudo leer su pensamiento y sin esperar a que ella respondiera, se inclinó y la cargó. Sharon, contrariada, caminaba al lado de él hacia la casa.

Era inútil alegar. Por otra parte, Olivia había sentido un completo alivio al no tener que apoyar la pierna. Dicha emoción causó que más lágrimas se agolparan en sus ojos. Conor debía ser muy fuerte, pensó ella. La había levantado del suelo como a una muñeca, además no mostraba signo de fatiga.

—¿Con, qué vas a hacer? —Sharon preguntó al pasar por el estacionamiento para atraer su atención. Olivia se sentía muy apenada, ¿pero, qué podía hacer, excepto prometer alejarse en lo futuro de la frustrada muchacha?

—Voy a darle un "trago" a Liv, y después la llevaré a su hotel —respondió con simpleza y le hizo una seña para que lo dejara pasar—. Pensé que ya te ibas a trabajar. Hace unos minutos estabas desesperada por irte.

Hace algunos minutos ninguna mujer extraña entraba en su casa para quedarse con su esposo, reflexionó Olivia, sabiendo exactamente lo que Sharon sentía. Pero no era ella la que pondría un pretexto para retirarse, por otra parte, Conor la había llamado "tía". Seguramente Sharon se podría dar cuenta que no tenía competencia alguna de su parte.

—¿Bueno, vas a ir a la clínica? —Sharon inquirió, esta vez con resentimiento.

Olivia sintió que debía decir algo.

—¿Clínica? —Repitió al mismo tiempo que Conor la bajaba sobre el sofá—.

Mmm… si tienes una cita, quiero decir, si necesitas tratamiento, sería mejor que te marcharas.

—El no necesita tratamiento. Es doctor —declaró Sharon molesta y lo miró con impaciencia—. Con… sólo trato de saber qué está ocurriendo. ¿Quieres que llame a David?

—Quiero que te vayas a trabajar —le respondió con voz calmada, pero firme—.

Si es necesario que llame a Marshall, yo lo haré.

—Oh… Bueno, si así lo deseas.

Conor no dijo nada, sólo la miró. Pero Olivia sabía que el mensaje era bastante claro. Era evidente que Sharon también lo supo, ya que, después de un momento, se despidió con rapidez, y al salir azotó la puerta. Olivia trató de evitar la mirada de Conor. No le fue difícil. La habitación era tan familiar. Parecía increíble, pero, muy poco había cambiado desde hacía once años, cuando ella había estado ahí por última vez. La habitación había sido redecorada, pero las altas vitrinas donde Sally había conservado su colección de cristal Waterford,

todavía se encontraban ahí, junto con el escritorio que Keith usaba para conservar las cuentas. Hasta los adornos que estaban en la repisa de la chimenea, eran los mismos que los padres de Conor habían coleccionado en sus múltiples viajes. Olivia recordó que solían pasar sus vacaciones acampando en el sur de Francia. También recordaba haber ido con ellos un par de veces, cuando Conor contaba con seis o siete años de edad.

—Traeré café —dijo él, dándose cuenta de que necesitaba algunos minutos para relajarse—. No me tardaré. Ya debe estar listo. Lo estaba preparando antes de verte.

Olivia no respondió. Todavía no volvía en sí de su sorpresa. Después de todo, la casa no había sido vendida. Su abuela nunca se lo mencionó antes de morir.

Suspirando, Olivia se recorrió al otro lado del sillón. Después bajó las piernas y se percató que el dolor empezaba a ceder. Si tan sólo hubiera ocurrido antes de que se hubiera metido en ese predicamento.

—¿Qué haces?

La voz de Conor resonó en la habitación, haciéndola estremecerse. En realidad ella no podría irse sin su ayuda, y aunque insistiera en tomar un taxi, tendría que llamarlo desde la casa de Conor.

Conor colocó la bandeja con el café junto al sofá, al alcance de Olivia.

Al sentarse, Olivia tuvo que sostenerse del brazo del sillón para evitar apoyarse sobre él, ya que su peso la hizo perder el balance.

Conor ya no era el adolescente flacucho que Olivia recordaba. No pudo evitar sorprenderse al darse cuenta del musculoso cuerpo que ahora poseía. Por un momento, ella sintió deseos de poner su mano sobre el muslo de él, pero de inmediato se detuvo. Sabía que muchos años habían pasado.

Para ella era imposible comparar aquel muchacho inseguro con el hombre que ahora era.

—¿Crema? —preguntó él, interrumpiendo sus pensamientos.

—No, así está bien.

—¿Bueno…? —Continuó Conor—. ¿Quieres decirme qué hacías aquí?

Olivia permaneció en silencio un momento. Estaba agradecida de que él no la mirara. Esto le daba una oportunidad de escudriñar sus facciones sin ser vista. "¡Oh Dios!", pensó, mirando la fuerte mandíbula los delgados labios que eran tan familiares para ella.

Claro, Conor era más grande y más seguro de mismo, pero en esencia era el mismo. También se preguntaba cuánto tiempo había estado en Inglaterra, mientras juzgaba su bronceado; parecía que no por mucho tiempo.

Conor terminó de servirse su café y Olivia se volvió con rapidez. A

pesar que la casa contaba con calefacción, parecía que alguien había usado la chimenea el día anterior. El sólo pensar en Conor compartiendo el fuego con su esposa, o tal vez hasta haciendo el amor con ella, la hicieron sentirse molesta sin saber el porqué.

—¿Y bien? —él preguntó otra vez, volviéndose hacia ella.

—Bueno —respondió nerviosa—. ¿Es un mundo pequeño, no es verdad?

¡Quién hubiera pensado que volverías a Paget!

—¿Por qué no? Es mi hogar.

—Sí, tienes razón. No me había enterado de que la casa no había sido vendida, sino hasta ahora. ¡Es increíble! ¡Todo luce de la misma manera!

—¿Quieres decir que cuando viniste no sabías que era mi casa?

El tono de Conor era acusador. Olivia se volvió y respondió con indignación:

—¡Claro que no! ¡Yo sólo deseaba… echar un vistazo! —al decir esto, se ruborizó.

—¿Para recordar viejos tiempos?

—Sí —respondió enfrentándolo—. Después de todo, nunca me dijiste que habías regresado. ¿Cómo podría saberlo?

—¿Es un reclamo? En realidad no creí que te interesara. Después de todo tú tampoco me has mantenido informado de lo que has hecho.

Olivia cambió su mirada y sintió que el corazón le latía más rápido que de costumbre. Casi podía sentir que estaba sudando. Haciendo caso omiso al comentario de Conor, repuso:

—¿Así que ahora eres doctor?

—¿Acaso no lo recuerdas? Te lo dije cuando vine a Londres. De hecho, aún estoy trabajando en la especialización, en desórdenes psicológicos. He trabajado en el centro de rehabilitación de drogas, en la unidad de Witterthorpe, por seis meses.

—Ya veo —Olivia estaba impresionada—. ¿Estudiaste en Inglaterra?

—No. El tío Philip sufría del corazón. Murió al poco tiempo que yo empecé a estudiar la carrera. Permanecí en Estados Unidos hasta que terminé Medicina. La tía Elizabeth así lo deseaba y ella ha sido muy buena conmigo. Cuando llegué aquí, empecé la especialización.

Olivia permaneció callada. ¿Así que Philip Cox también había muerto? Otro aspecto de la vida de Conor que ella ignoraba. Por lo menos Elizabeth Cox debió haber encontrado consuelo en Conor, el resto de sus hijos eran mujeres.

Olivia había terminado su café y trató de probar si su pierna la podría sostener.

Decidió que estaba lista para marcharse. Trató de incorporarse, pero en ese momento Conor la tomó del brazo.

—Ya hablamos de mí, pero aún no me has dicho nada acerca de ti. Mencionaste que te estás quedando en Paget. ¿Acaso estás en la hostería de Tom Drake? Lo vi esta mañana, pero no mencionó que tuviera visitantes.

—¿Por qué habría de hacerlo? —Preguntó tratando de librarse de Conor—. El no me recuerda. Mi apellido de casada nada significa para él.

—Ah sí, tú nombre de casada —la miró con fijeza—. ¿Eres una mujer casada, verdad? ¿Acaso tu esposo está contigo? ¿Tendré la oportunidad de conocerlo?

—No.

Olivia no sintió deseos de decirle a Conor acerca de su divorcio. Quería evitar que se vieran en lo futuro. Si él sabía que estaba casada, Conor no trataría de buscarla, ella no deseaba lastimar a nadie.

—¿No? ¿Por qué? ¿Acaso te apena presentarme?

—No seas tonto —repuso—. No está conmigo. Eso es todo. El… yo estoy tomando unas vacaciones… sola.

—Recuperándote —sugirió Conor y después de titubear un momento, continuó

—: ¿Qué pasó? ¿Deseas hablar de ello?

—¿Para que puedas psicoanalizarme? —inquirió—. No gracias. Tuve un accidente en mi auto. Eso es todo. Una historia muy común. Me temo que nada emocionante…

—¿Cuándo?

—Hace algún tiempo. Ocho o nueve meses, creo —ella suspiro tratando de incorporarse otra vez, finalizó—: Mira, ya debo irme. Debo hacer algunas llamadas.

Conor no se movió.

—¿Y fue entonces cuando te lastimaste la pierna, hace ocho o nueve meses?

—Bueno, no ocurrió en una caída —respondió tratando de ser amigable y añadió—: Conor, fue muy agradable verte de nuevo, y siento mucho haber molestado a tu esposa…

—¿Esposa? —por lo menos algo que había dicho ella lo hacía reaccionar.

Pasándose la mano por su cabello blanqueado por el sol, respondió: —¡Sharon no es mi esposa!

—Oh —Olivia pudo sentir que se ruborizaba—. Bueno, tu novia —haciendo un gran esfuerzo se puso en pie y dando algunos pasos continuó—: Por favor, explícale que no acostumbro espiar a la gente.

—¿Espiar a la gente?

Conor se levantó y acercándose a ella le recordó que era mucho más alto y fuerte. Parecía imposible que algún día hubiera llorado en su hombro.

—Bueno, tú sabes a lo que me refiero —murmuró—. Estaba tan emocionada de ver la casa otra vez, que permanecí algunos minutos frente a ella. Es sólo mi mala suerte la que me hizo resbalar y caer.

—O la mía —dijo con suavidad, mirándola con dulzura.

Cielos, ella pensó, Conor era muy apuesto, ella no podía soportar su mirada un segundo más. Ahora recordaba la manera en que lo había tratado cuando era niño.

—Mira, tengo cosas que hacer —ella dijo al fin, deseando que la dejara llegar hasta la puerta. No deseaba que la cargara otra vez, o que siquiera la tocara.

—Muy bien —se apartó como si hubiera sentido la frustración en ella. Olivia llegó hasta la puerta, pero podía sentir la mirada de él. Tal vez quería darse una idea de lo serio de sus heridas. Después de todo, él también era doctor.

—Traeré el auto —repuso él y Olivia no pudo decir nada.

—¿Y tu cita? —ella protestó.

—Déjame preocuparme por eso —apuntó Conor, poniéndose la chaqueta que había dejado sobre una silla en la cocina. Después, salió.

El auto de Conor estaba dentro de la cochera. Era un Audi. Olivia se alegró de haber podido llegar hasta la entrada sin que él la hubiera visto.

Conor estaba listo para salir del auto y ayudarla, pero ella repuso de inmediato:

—Yo puedo hacerlo.

—No es pecado recibir ayuda —dijo con seriedad. Olivia se preguntaba por qué se sentía tan nerviosa cerca de él. Era absurdo. Si no tenía cuidado, terminaría llorando.

Siempre sentía temor al estar en un auto. Después del accidente, insistió en comprar un auto automático para probarse que podía ser más fuerte que el temor que sentía. Pero tan sólo pensar que podía descomponerse en el camino, la hizo desanimarse y prefirió dejarlo en casa.

Conor manejaba bien, algo aprisa, pero con mucha seguridad. Atravesó las pequeñas calles con una familiaridad que ella no poseía. Olivia se dio cuenta de su gran error al creer que Conor no conocería Paget muy bien.

Al llegar al hotel, Olivia apretó su bolsa con fuerza y declaró:

—Bueno, gracias. Fue muy amable de tu…

—¿Cuándo te puedo ver otra vez?

La voz de Conor interrumpió la de ella. Antes de que Olivia pudiera salir del auto, se percató que Conor había pasado su brazo por el respaldo de ella.

—Bueno, no creo que… —trató de responder, pero estaba nerviosa.

—¿Por qué no? ¡No nos hemos visto en años! ¿No crees que por lo

menos nos debamos una buena cena para recordar viejos tiempos?

—¡No creo que desees cenar conmigo —protestó.

—¿Por qué no?

—Bueno… yo era amiga de tu madre, no tuya. No tienes por qué sentir ninguna obligación.

—¿Quién ha dicho que lo hago por obligación?

—Aun así…

—Aun así. ¡Nada! ¿Eras como mi tía, no es verdad? Si te place recordar nuestra relación de ese modo, está bien. ¿Qué te parece que invite a mi "tía favorita" a cenar?

Tal vez hoy, si no estas ocupada.

Las palabras salieron como para no poner en duda lo que había dicho. No pensaba tener más emociones de ese tipo durante el día.

—Muy bien, entonces mañana —apuntó él sin titubear, al mismo tiempo que acariciaba la bufanda de seda que ella llevaba puesta. Sus manos eran fuertes y muy capaces. ¡Vaya! ¿Cómo podía pensar eso? ¿Qué diablos le ocurría?

—Bueno… no sé —murmuró, deseando tener determinación para negarse a dicha invitación. Pero la verdad era que no estaba tan segura de no desear verlo otra vez. Después de todo, se trataba del hijo de Sally, y a ella le hubiera gustado mucho que fueran amigos. Pero lo que le molestaba era la ambivalencia de sus sentimientos.

Eso, y el presentimiento de que las cosas serían muy complicadas entre ellos.

Conor jugaba con la bufanda y acercándose a su oído, dijo sonriendo:

—Mañana. Pasaré por ti a las siete ¿qué dices?

—Yo… —Olivia abrió la boca para protestar de nuevo, pero no pudo hacerlo. El rostro de Conor se encontraba tan cercano que ella casi podía sentir sus largas pestañas sobre el rostro. Parecían más claras, como su cabello, pero su mirada era tan vulnerable como antes —. Bueno, está bien.

—Muy bien —asintió él y antes de que ella pudiera decir algo, había salido del auto y se encontraba del lado de su puerta ofreciéndole la mano para ayudarla a salir.

—Puedo sola: —exclamó frustrada, al darse cuenta de su debilidad. No debió haber permitido que eso ocurriera, pensó furiosa, sabiendo que fruncir el ceño no ayudaba en nada a mejorar su apariencia. Pero la oportunidad que tuvo para terminar de una vez por todas, con esa relación, se había esfumado. Ahora tendría que pasar toda una velada en compañía de un hombre que apenas conocía.

# CAPÍTULO 3

El siguiente día pasó con demasiada lentitud. No era que Olivia estuviera ansiosa por volver a ver a Conor, por el contrario, cada vez que pensaba en su cita, se reprochaba no haber tratado de evitarla antes. Además, ya no parecían tener nada en común. Él actual Conor no era ni la sombra del adolescente inseguro que había sido.

No. Lo que ella deseaba en realidad era terminar con esa relación de una vez por todas. Sí, cenarían tal vez en el hotel e intercambiarían algunas impresiones. Ella le podría contar algunos de sus más interesantes casos como abogada, evitando hablar de su matrimonio, claro. Tal vez él hablaría de su trabajo en la unidad de rehabilitación, y de algunas de las diferencias del trato entre Estados Unidos e Inglaterra.

Todo sería increíblemente amable y aburrido, pensó ella, en especial para alguien cuyo gusto por las mujeres hermosas era obvio, a juzgar por Sharon Holmes, recordó Olivia irritada.

Y era la imagen de ella la que vio al siguiente día, mientras se maquillaba. ¿Por eso era que las rubias siempre parecían llevarse los mejores partidos? ¿Acaso era por que usualmente su cabello rubio iba acompañado de una piel de color durazno, tan diferente de su pálida tez?

Fuera lo que fuera, ella no estaba ahí para competir con la novia de Conor. Si prefería usar un vestido en lugar de un pantalón y rizar su cabello para lucir mejor, era por ella misma. ¡Lo fondo de satén que vistió después de bañarse, se abrió un poco revelando parte de sus senos. En realidad, el sostén que usaba no era necesario, nunca había sido muy dotada en ese aspecto. Además, desde el accidente, había perdido bastante.

Cerrándose el fondo al frente, ella miró su reflejo en el espejo un poco desanimada. No había mucho que pudiera hacer para cambiar sus negros ojos, que parecían ocupar gran parte de su rostro. Tampoco podía disimular su rostro angular que destacaba los huesos en sus pómulos. Pensó usar un poco de rubor y lápiz labial, en el mismo tono, para destacar sus labios.

Al terminar de maquillarse y recoger su cabello con un broche a la altura de su nuca, ella se dio por bien servida. Sombría, abrió el ropero y sacó el único vestido que había traído en su viaje. Lucía más grande de lo que era, pero, ¿a quién le importaba? Por lo menos no le temía a su madurez. La gente pensaría que se trataba de la madre de Conor. ¿Por qué se había metido en eso?, pensó contrariada.

Su vestido era un modelo de Laura Ashley en tonos verde y café.

Era de cuello alto y manga larga. Lo completó con medias negras y zapatos de tacón bajo. Se sintió satisfecha con el resultado.

Cuando miró su reloj, eran cinco para las siete. ¿Debería bajar y aguardarlo en la recepción? ¿Acaso debía llevar su abrigo con ella? Pero si lo hacía, ¿no sería una indicación de que deseaba que Conor la llevara a cenar fuera?

¡Qué problema! Lo último que deseaba era hacerlo sentir obligado a llevarla a un restaurante caro. La comida en el hotel no era mala. Pero si él iba decidido a ir a otro lugar y ella no tenía su abrigo, representaría subir otra vez por el. Dadas las circunstancias, era lo que menos deseaba hacer.

En ese momento el teléfono sonó. Tal vez era él avisándole que había tenido una emergencia. Por fin respondió:

—¿Bueno?

—¿Liv? —la voz de Conor era única—. ¿Estás lista?

—Sí —respondió ella con timidez.

—¿Quieres que suba por ti, o bajas? Pensé que tal vez podamos tomar algo antes de marcharnos.

—Bajaré —dijo ella de inmediato. Así que después de todo; saldrían a cenar.

Pero no deseaba que la viera subir otra vez como lo había hecho el día anterior. La idea de tomar algo en el bar con él, no le gustaba mucho. Tal vez podría sugerir ir a algún otro lugar. No deseaba ser interrogada por los Drake al día siguiente.

Conor aceptó su decisión. Ella tomó su abrigo y su bolsa, y bajó. Por suerte, su pierna estaba mucho mejor esa noche. Había descansado bastante y el clima no había estado tan frío. La pequeña escalinata llegaba hasta la pequeña recepción del hotel.

Había un pequeño kiosco que llegaba por un lado hasta la habitación de los Drake, y por el otro, hasta el pequeño comedor que se comunicaba con el bar. Al no ver a Conor ahí, ella pensó que tal vez se encontraba esperándola en el bar. Al entrar a éste, no pudo ver a Conor de inmediato. Había bastante gente ya, pero ninguno de ellos era él. En eso, escuchó una voz decir su nombre y se volvió.

Eran ellos, pensó incrédula, al percatarse que Tom Drake lo acompañaba, bebiendo una copa de vino blanco. Al lado de él se encontraba Sharon Holmes, portando un vestido corto, de color púrpura, que no escondía sus bien torneadas piernas.

Olivia se quedó boquiabierta. A pesar de la impresión que él le había dado la tarde anterior, ella nunca hubiera imaginado que traería a su novia con él. Había sido tonto pensar que él deseaba cenar con ella a solas. Después de todo ella había sido la mejor amiga de su madre y tal vez él sentía lástima. Como ella apareció de repente, tal vez Conor sintió que invitándola a cenar se libraría de cualquier

responsabilidad que su cercanía a Sally pudiera representar para él. ¿Cómo había podido pensar de otra manera?

Al verla, se aproximó hacia donde estaba. Ella extendió la mano para saludarlo, pero Conor la besó en la mejilla. El aroma de la loción que usaba la aturdió un poco, además, él tenía un aroma muy suyo, muy masculino. Aún así, trató de aparentar calma y lo saludó con amabilidad.

—¿Cómo está tu pierna hoy? —le preguntó.

—Mucho mejor, gracias.

Conor lucía mucho más atractivo esa tarde, aunque su ropa era tan formal como ella había esperado. Lo que pasaba es que ella estaba muy acostumbrada a salir a cenar con hombres mayores, los cuales siempre vestían ropa extremadamente formal.

Esa era otra de las marcadas diferencias entre ellos.

Como si temiera por Conor, Sharon se acercó a ellos un poco después.

—Hola, señora Perry —la saludó, remarcando la diferencia generacional, tal vez a propósito—. ¿Tiene frío? Apuesto a que hubiera preferido el Caribe para vacacionar.

—Así es —murmuró Olivia, tratando de sonreír, preguntándose lo que Conor le había contado acerca de ella. Era obvio que había mencionado que era casada.

Esperaba que no le hubiera contado lo del accidente.

—Te traeré algo que beber —interrumpió Conor—. Tal vez puedan elegir una mesa para sentarse.

—Creo que puedo permanecer en pie —respondió ella, mirando a Conor con resentimiento—. Me gustaría beber un vodka tonic, sin hielo.

Conor asintió y aunque no dijo nada, ella se dio cuenta que también se sintió indignado. Bueno, ¡qué diablos!, pensó, ella no era una viejita. Tal vez él no había tratado de implicar eso, pero a ella no le agradaba.

—¿Nos sentamos? —sugirió Sharon, cuando Conor se fue. Olivia suspiró.

Bueno, no perdería nada sentándose y era una oportunidad para descansar su pierna.

Ya había experimentado lo que ocurría cuando se portaba necia.

—Si gustas —respondió y siguió a Sharon hacia una mesa en una esquina.

Después de sentarse, Sharon bebió un sorbo de su copa y se dirigió hacia Olivia.

—Conor me dijo que usted es abogada. Pero imagino que esa no fue la manera en que conoció a la señora Brennan, ¿verdad?

—¿Te refieres a Sally? —Respondió sacudiendo la cabeza—. Como

creo que te dije, mi abuela solía vivir en la casa de al lado. En el número diecisiete de la calle Gull Rise. Después que mis padres murieron, yo me crié con ella.

—Ya veo. Entonces ha conocido a Conor por muchos años.

—Por bastante tiempo —Olivia asintió, dándose cuenta de que Conor había sido bastante discreto en lo referente a ella—. A propósito, trabaja con Conor, señorita Holmes?

—¡Por favor, llámeme Sharon! "Señorita Holmes" me hace sentir como una anciana —pidió Sharon con una risita de niña. Después continuó—: No, una amiga y yo tenemos una boutique en Ashford. No creo que a Conor le agraden las mujeres profesionistas.

"O las inteligentes", pensó Olivia con malicia, mirando a Sharon con detenimiento.

—A excepción de las presentes —Sharon añadió, como para disculpar su comentario—. Pero usted es diferente, señora Perry. Usted es, bueno… es…

—¿Más grande? —Olivia completó con amabilidad. Sabía que no tenía razón alguna para buscarse problemas con Sharon. Después de todo, no era su culpa que ella hubiera malinterpretando las intenciones de Conor.

—Bueno, sí —Sharon continuó con confianza—. Usted no se imagina lo que Conor tiene que soportar en la clínica, al trabajar con tantas mujeres. Las doctoras, claro está. Las pacientes también se sienten atraídas, pero eso es diferente ya que en parte, dependen de él. ¡Pero algunas de esas doctoras parecen tener "hambre" de hombres! Supongo que por algo los hospitales tienen fama de ser algo así como semilleros de intrigas. Tal vez se deba a que las personas están más cerca de la muerte de cierta manera.

Olivia pensó que Sharon tal vez miraba demasiadas telenovelas.

—¿Acaso Conor te dijo eso?

—Bueno, no con tantas palabras —admitió, pero en ese momento volvió la vista hacia otro lugar—. ¡Aquí viene Con! —Olivia se percató de la forma en que Sharon lo miraba, en su opinión, la mirada muy parecida a la de las doctoras que ella misma había descrito. ¿Acaso Sharon era tan ingenua como le había hecho pensar?

—Vodka tonic —dijo Conor colocando la bebida al frente de Olivia. Después se sentó a lado de Sharon. El también tenía un vaso. Olivia notó que tal vez se trataba de jugo de naranja.

—Bueno, yo manejo —repuso, como adivinando la expresión en el rostro de Olivia—. ¡Salud! —declaró después, levantando su vaso.

—¡Salud! —ella respondió y tomó un buen sorbo de su bebida, pensando que tal vez hubiera sido mejor pedir algo menos fuerte. De todas formas necesitaría toda la fuerza que ésta le proporcionara.

—Le estoy platicando a la señora Perry algunas cosas acerca de la

clínica —

indicó Sharon como para prevenir a Olivia de hacer comentario alguno acerca de lo que le había dicho—. ¡Usted no creería lo que algunos pacientes hacen para mantener su hábito a las drogas! Algunas veces pienso que yo debería tomarlas también. Conor es tan paciente con ellos, que me imagino que si yo fuera una de ellos, él me pondría más atención.

Olivia no sabía dónde mirar. Conor la observaba y ella se preguntaba si acaso él imaginaba lo incómoda que ella se sentía.

Pero era claro que sí lo sabía. De seguro que hasta lo estaba disfrutando. Sólo deseaba ver cómo reaccionaba ante tal situación.

Para su sorpresa, fue Conor quien la sacó del aprieto.

—Me imagino que Liv tiene que lidiar con muchos casos de este tipo. No creo que necesite pasar toda la noche hablando de eso. ¡Y por favor, llámale Olivia, no es mi madre!

—¡Gracias! —dijo ella. Sabía que era verdad, en realidad Conor estaba disfrutando todo. ¡El muy astuto!

—De nada —respondió él. Sharon dejó su vaso en la mesa.

—Bueno, también le conté a… Olivia acerca de la boutique —era obvio que no le gustaba mucho usar el nombre de pila de Olivia—. Tal vez le gustaría visitarnos algún día. Vendemos ropa a toda clase de personas.

"Incluyendo a mujeres mayores", pensó Olivia con desagrado.

—Estoy seguro que Liv acepta la invitación —repuso Conor—. Pero no creo que vaya hasta Ashford, es muy lejos, y Liv no conduce.

—Claro que sí —repuso Olivia—. Admito que no quise traer el auto conmigo, pero si tengo auto. A pesar de todo… —terminó.

—¿Acaso el doctor dijo que estaba bien? —Conor la interrogó sorprendido.

—Claro.

—Es automático, ¿verdad?

—Sí —ella respondió y añadió—: En verdad Conor, no soy una inválida, a pesar de la sorpresa que te causé.

Fue algo imperdonable decirlo; ella se arrepintió casi de inmediato y deseó tener una buena excusa para disculparse y tal vez unirse a Tom Drake, quien bebía vino y charlaba con algún otro de sus amigos. No deseaba pasar la noche con los celos de Sharon y la lástima de Conor.

Hubo un silencio que por suerte Sharon terminó.

—¿No crees que debíamos marcharnos ya, Con? ¿Dijiste que reservaste una mesa para ocho? Y si el camino está difícil por la nieve…

—Tienes razón —terminó su jugo de naranja y volviéndose a Olivia le preguntó

—: ¿Estás lista Liv? deja el resto de tu bebida si gustas, tomaremos un poco de vino al llegar al restaurante.

Contrariamente a lo que él había sugerido, Olivia apuró su bebida y la terminó, mirando a Conor desafiante.

Durante todo el camino, Sharon continuó hablando acerca de la boutique y de la otra chica que Conor parecía conocer también. Olivia permaneció en silencio en la parte trasera del auto.

El restaurante era un viejo molino que había sido arreglado para dicho propósito. Era llamado Roundhouse, y un pequeño bar adjunto le daba un aire todavía más típico.

Conor sugirió que dejara su abrigo en el guardarropa. Fue una buena oportunidad para estar a solas. Pero había dos mujeres charlando que habían volteado a verla. Se empezaba a dar cuenta de lo frustrante que era tener algún impedimento. La gente no la trataba igual.

Al mirar su reflejo ante el espejo, se sintió peor. No le agradaba el lápiz de labios de color cereza que había elegido. Por otra parte, su rostro lucía sonrojado, tal vez por la rapidez con que había tomado el vodka. No le extrañaría que Sharon pensara que se encontraba en la menopausia. Bueno, comportándose como lo hacía, no la haría cambiar de opinión. Pero la verdad era que ya no estaba acostumbrada a estar con otras personas. Desde el accidente, había evitado casi todo el contacto social. Esa había sido una de las razones por la que había sido difícil incorporarse a su trabajo otra vez. Parecía haber perdido la habilidad de comunicarse con los demás. Necesitaba más espacio para ella. Tiempo para curar su mente, al igual que su cuerpo.

Para su alegría, las dos mujeres se marcharon antes que ella se quitara el abrigo.

También descubrió que se había equivocado, no habían estado hablando de ella.

—¿No es terrible? —La persona a cargo del guardarropa comentó —: ¿Perder una hija tan pequeña? ¿Escuchó lo que dijeron, verdad? ¡Sólo tenía trece años! ¡Pobre mujer! ¿Cómo se puede reponer uno de algo así?

Olivia decidió regresar con una actitud más positiva. Después de todo no era su culpa que ella se, sintiera de esa manera. Trataría de ser más amable, pensó.

—Te pedí una copa con vino —repuso Conor al verla regresar. Los dos aguardaban en el bar anexo. ¿Acaso imaginaba que no podía esperar a llegar a la mesa? ¿O que tal vez "se le había subido el vodka", y por eso había hecho su comentario anterior?

Prefirió pensar que Conor había sido atento, y además, el vino estaba muy bueno y tal vez era mucho mejor para ella.

—Nuestra mesa ya casi está lista —comentó Sharon—. La comida aquí es realmente especial. Debes probar el *mousse de brócoli*, ¡es estupendo!

—Tal vez lo haga —repuso Olivia con amabilidad—. ¿Vienen aquí seguido?

—Algunas veces, si no nos dan ganas de cocinar —ella respondió, mirando a Conor de una manera muy íntima—. ¿Pero no nos importa quedarnos en casa verdad, Con? Nos podemos entretener mucho mejor.

—Estoy segura de que así es.

Olivia tomó un trago de su copa esperando a que el mesero la salvara, pero,

¿acaso debía ser tan obvia? Era un hecho que vivían juntos, Conor lo había mencionado. Pero y qué, a ella no le interesaba mucho…

Por suerte para ella, el mesero se aproximo y se dirigió hacia su mesa. Olivia tuvo un buen pretexto para evitar cualquier contacto visual con Conor, ya que le trajeron el menú. Pero cuando les tomaron la orden, él la miró con fijeza. Olivia se arrepintió de no haber elegido una silla a lado de él. Decidió, preguntar acerca de su tía para poder continuar una conversación normal.

—Sí, mi tía todavía vive en Port Douglas. En la misma casa. Somos una familia consistente, como puedes ver. Y además todas sus amistades viven ahí.

—¿Y tus primas? ¿Ya se casaron? ¿Todavía viven allá?

—Una de ellas vive en Port Douglas también. La otra, vive, en California, pero me visitan bastante seguido, es una casa muy amplia, hay muchas habitaciones desocupadas.

—Y supongo que tú también lo haces —comentó.

—Paget es mi hogar —declaró con frialdad—. ¿Dónde más supones que me gustaría vivir?

—Bueno, después de vivir en Estados Unidos por tantos años…

—Sólo nueve años, Liv. Regresé a Inglaterra hace algún tiempo. Antes de venir a Paget, estuve de residente en un hospital de Londres.

—¡No lo sabía!

—¿Cómo ibas a saberlo? Estabas muy ocupada con tu propia vida —Conor lo hizo parecer como una crítica—. ¿Y qué hace tu esposo?

—Es… es gerente de ventas —respondió titubeando—. Sabía que no tenía caso alguno seguir ocultando su divorcio ante Conor, pero no quiso decir nada, ya que no deseaba que Sharon pensara que era incapaz de mantener una relación—. Se dedica a vender procesadores de alimentos y esa clase de cosas —finalizó.

—Apuesto a que tienes las últimas creaciones electrónicas en tu cocina —

comentó Sharon, haciéndola sentir peor.

—No necesariamente —ella murmuró.

Después hubo otro silencio, pero a Sharon no pareció importarle hablar de ella misma, y así lo hizo.

La comida en verdad era muy buena, Olivia había pedido la *mousse* que Sharon le había recomendado, también la carne era suave y deliciosa. Sin embargo, ella había perdido el apetito y había tomado tal vez demasiado vino. Como consecuencia, cuando se pusieron en pie, ella estaba desbalanceada, y no era sólo por su problema de la pierna.

Conor percibió esto y, acercándose a ella, trató de ayudarla poniendo su mano bajo el codo de ella. Olivia lo miró con indignación, pero no dijo nada, sabía que necesitaba su ayuda.

—Trae el abrigo de Olivia, Sharon —ordenó al llegar al guardarropa y aunque a Sharon no le gustó mucho la orden, no dijo nada y lo hizo.

—No había necesidad —alegó Olivia alejándose de él—. Gracias, yo puedo sostenerme en pie.

—¿De veras? —inquirió Conor no muy convencido.

—Sí —respondió y retrocedió—: ¡Desearía que dejaras de comportarte como si estuvieras frente a una inválida!

—¡No exageres, Liv! Lo único que hice fue tomarte del brazo.

—Porque temías que te dejara en ridículo otra vez —exclamó molesta—: ¡No te preocupes, Conor, no permitiré que ocurra de nuevo!

—¿No?

—No. Estoy segura que estás ansioso de que esta velada termine, al igual que yo. Fue amable de tu parte haberme invitado, pero creo que estarás de acuerdo en que fue un error.

El rostro de Conor se ensombreció, pero no pudo contestar nada, ya que Sharon había regresado. El encargado la ayudó a ponerse el abrigo, y después salieron.

La mayor parte del viaje de regreso al hotel, fue en silencio. Ni Sharon habló mucho. Sólo dijo que tenía mucho sueño y que estaba rendida. "Sueño", pensó Olivia, pero no demasiado.

Sin embargo, cuando llegaron al hotel Olivia escuchó decir a Conor que no se tardaría mucho. "Cielos", pensó, ¿acaso trataba de acompañarla hasta su habitación?

Olivia se volvió y dirigiéndose a Sharon, dijo:

—Gracias a los dos por una velada muy agradable. Me divertí…

—Me alegra oírlo —dijo Conor antes de que ella pudiera terminar, después sugirió—. ¡Hace mucho frío, subamos!

—Buenas noches —repuso Olivia—. No lo pienso entretener por mucho tiempo.

Por fortuna, el vestíbulo estaba vacío. Olivia pudo sostenerse del

brazo de Conor con confianza. Al llegar a su habitación, ella estaba rendida.

—Muy bien —indicó Olivia al llegar frente a su puerta—. ¿Ahora, te puedes marchar? Has hecho todo lo posible por humillarme, así que, por favor, retírate.

—¿Cómo? —repuso Conor con sorpresa.

—¿Como qué?

—¿Cómo te he humillado? ¿Qué hice?

—¿Que qué hiciste…? —Repitió incrédula, asiéndose de la puerta —. Mira, en realidad no quiero discutirlo. ¿Por qué no me das las buenas noches? Sólo deseo irme a la cama.

Conor frunció el ceño y con delicadeza acomodó un mechón de cabello que había caído al rostro de Olivia.

—¿Estás molesta porque invité a Sharon?

—¿Perdón…? —preguntó Olivia sin creer lo que oía. —Pensé que haría que las cosas fueran más fáciles para ti —Conor le explicó y mirándola con inocencia, agregó

—: Ayer parecías tan nerviosa al estar conmigo, y a decir verdad, yo también lo estaba. Tuve temor de decir alguna tontería, después de tanto tiempo de no vernos.

"Conor, temeroso", Olivia no podía creerlo.

—¿De veras? —ella preguntó con ironía.

—Quiero decir… escúchame por favor.

—Muy bien —trató de no mirarlo, pero seguía los dedos que acomodaban su camisa. Por un momento pensó en lo que sentiría si la tocaran a ella.

—Sé muy bien que siempre digo lo que no debo decir —empezó casi con un murmullo—. Además, sé muy bien que la última vez que vine a Londres me comporté como un verdadero patán, pero es demasiado tarde para poder remediarlo.

Y en verdad Liv, no sabes cuánto me he arrepentido de haberme comportado como un idiota, hiriendo tus sentimientos. ¡Créeme, lo siento mucho!

—Conor, en realidad no tiene tanta importancia…

—Sí la tiene —repuso con desesperación, y tomando la solapa del abrigo de Liv, continuó—: Liv, deseaba que empezáramos de nuevo, que fuéramos amigos.

—Somos amigos —dijo encogiendo los hombros.

—¿De veras?

—Claro —ella empezaba a sentirse un poco mal por estar en pie tanto tiempo—.

En realidad, Conor, ya se me olvidó ese suceso en Londres —era mentira, pero eso nunca lo sabría él—. ¡Vaya, ocurrió hace años! Tal vez tú también lo debas olvidar.

Además, estoy segura de que Sharon debe estar impaciente.

—¿Me dejarás verte otra vez?

—¿Qué? ¡No, no lo creo!

—¿Por qué no? —La miró con intensidad, y antes de que ella pudiera decir algo, Conor levantó su mano y la tomó del rostro—. Si somos amigos…

Su mirada se ensombreció y Olivia pudo sentir la presión de sus dedos enterrándose en su piel.

—¡Demonios, desearía que no estuvieras casada! —exclamó de repente, molesto, después inclinó su rostro y rozó los labios de Olivia con rapidez.

# CAPÍTULO 4

A las dos de la mañana, Olivia se levantó para tomar una pastilla y poder dormir. Al mirar su reflejo en el espejo, trató de poner lo ocurrido en perspectiva, pero no podía. Estaba demasiado cansada, demasiado confusa para poder pensar con claridad.

¿Por qué la había besado Conor? Al sacar una de las capsulas del frasco, se percató de que esa era la razón por la que no podía conciliar el sueño. La había tomado por sorpresa y aunque ella creía que estaba exagerando un poco, el hecho era que la había besado en los labios.

Al llenar un vaso con agua y tomar la pastilla, pensó que en el círculo donde ella se movía, los hombres y las mujeres se besaban todo el tiempo al saludarse y al despedirse.

Pero lo que la preocupaba era la forma en que él la había besado. Estaba casi segura que había sentido su lengua probando sus labios. ¡Dios!, se había sentido tan sorprendida como una virgen en su primera cita. Y cuando él había dicho que deseaba no estuviera casada, se había sentido como esposa infiel. Se sentía cansada, pero su cabeza no parecía recibir el mensaje. Era el resultado del alcohol que había ingerido.

Se metió en la cama de nuevo. Sentía frío, a pesar de la colcha que la tapaba.

Sharon no tendría ese problema. No con el musculoso cuerpo de Conor junto a ella…

"¡Demonios!"

Olivia trató de dormir. ¿Por qué había pensado eso? ¿Acaso estaba celosa de la chica? El hecho que Conor la hubiera besado, no significaba nada. Por otra parte, él era tan sólo un niño, pensar en él como otra cosa, ¡era ridículo!

Pero Conor no era un niño, una voz en su interior se lo decía. Era un hombre en todos los sentidos, y además, uno muy atractivo. No era sorprendente que lo que había dicho Sharon acerca de las mujeres en la clínica fuera verdad. Sería muy fácil sentirse seducida por sus invitantes ojos y su franca sonrisa.

Pero no ella, no señor. Ella era alguien que había conocido a su madre, y por lo tanto, se sentía cercana a él. Pero una atracción muy diferente de la que sentía Sharon. Sin ninguna connotación sexual.

El sólo pensar en que Conor se encontraba en la misma cama con Sharon, la hizo sentirse mal, pero a la vez, algo la hizo sentir deseosa, y se dio cuenta de que sus pezones estaban endurecidos. Trató de pensar en algo más, pero notó que la excitación provenía de otra parte de su cuerpo.

Se sintió alarmada ante tal provocación. A pesar de que ya habían pasado dos años desde que había compartido su lecho con Stephen, nunca había sentido que extrañara algo. Por el contrario, se sentía orgullosa de describirse como una mujer bastante fría. Por eso era tan buena en su trabajo, las pasiones no le afectaban. Y a pesar de no oponerse a que Stephen le hiciera el amor, no se sentía ansiosa por hacerlo.

Ahora, era difícil reconocer esas emociones que nunca antes había experimentado.

Pero a la mañana siguiente, descubrió que el problema seguía ahí. Era de esperarse, había pasado la noche en medio de una frustración sexual. Sabía que debía controlarse, antes de volver a ver a Conor. Odiaría que él notara lo que su inocente beso había causado.

Un baño de agua fría fue la solución. Después de vestirse, Olivia pensó que había exagerado. Se sentía mucho más tranquila y después de recogerse el cabello, bajó al comedor.

—Oh, recibió una llamada más temprano —la señora Drake le informó con el rostro preocupado—. Casi lo olvido. Era el doctor Brennan.

—¿De veras? —le preguntó sintiéndose casi ruborizada.

—Sí. Claro que Tom trató de pasar la llamada a su habitación, pero usted no respondió. Tal vez estaba en la ducha. Es imposible oír el teléfono cuando uno se está duchando.

—Ya veo. ¿Dejó algún recado?

—Sólo que llamaría después. Parecía muy desilusionado. ¿Acaso se conocen desde hace mucho?

Eso era lo que había temido. Hasta ahora se las había arreglado para conservar su privacidad. Pero al hacer acto de presencia Conor en el hotel, la curiosidad de los dueños era irreprimible.

—Desde hace bastante —respondió pretendiendo estar leyendo el diario, y volviéndose a la sorprendida señora Drake, añadió—: Tomaré café y pan tostado, como siempre.

No era una respuesta muy amable, pero Olivia no deseaba tener como confidente a la persona que estaba a cargo del hotel donde se hospedaba. Sin embargo, la mujer insistió:

—¿Cenó con él y Sharon anoche, verdad? Sharon es una chica muy agradable.

Su madre y yo fuimos a la escuela juntas, Connie Simmons es su nombre. Vivían en Witterthorpe. Ella es asistente en la misma clínica donde el doctor Brennan trabaja.

—¿De veras?

El tono casual de Olivia al preguntar eso, no reflejaba el remolino que había dentro de su cabeza. No pensaba que Sharon viviera en Londres. De cierto modo, no se imaginaba que también Sharon lo

hubiera conocido desde más joven.

—Así es —la señora Drake decidió marcharse, ya que era evidente que su huésped no era del tipo comunicativo. Cuando se marchó, Olivia bajó el diario y miró a través de la ventana. Tal vez Conor había conocido a Sharon desde que estaban en la escuela. También se preguntaba cuánto tiempo habrían vivido juntos, y qué tan seria era su relación.

Olivia decidió que se interesaba demasiado en Conor. Después de su breve desayuno, tomó su abrigo y sus guantes, y decidió salir a caminar un poco. Si él volvía a llamar, los Drake deberían decirle que aún no contestaba, ya que no les habían dicho a dónde se dirigía.

Tomó un camino que la dirigió hacia las dunas que rodeaban el mar. Podía ver a las gaviotas tratando de buscar alimento. Era una mañana fría, un poco soleada, pero fría. Olivia podía sentir el viento helado a pesar de sus guantes y su grueso abrigo.

Ella se sentía bastante bien. A pesar de la mala noche que había pasado, los días de descanso le habían caído muy bien. Todavía tenía algunas cicatrices, pero no eran nada que la inhabilitara, como había pensado al principio.

Olivia regresó al hotel a la hora del almuerzo. Se sentía mucho más optimista.

Se las había arreglado para pasar la mañana sin pensar en Conor. Estaba decidida a terminar todos sus problemas personales, y hasta la idea de regresar a Londres, ahora le parecía diferente.

—¿Disfrutó su caminata, señora Perry? —la señora Drake le preguntó cuando subía por la escalinata hacia su habitación.

—Mucho, gracias —le respondió de buen humor—. Llegué hasta el faro. Fue muy emocionante —añadió.

—Ya veo —repuso sonriendo—. Oh, antes de que me olvide, recibió otra llamada. Creo que era de su esposo… De todas formas, le dejó el número donde lo puede localizar.

Olivia se mordió un labio. Reconocía el número a la perfección. Era del teléfono celular, sin el cual, Stephen nunca salía. ¿Pero, cómo se las había arreglado para encontrarla?

—¿Le gustaría que la comunicara con él? —le preguntó. Olivia sabia que se moría por saber lo que ocurría. Después de todo, ella había pasado ya una semana en el hotel sin tener comunicación alguna con Stephen.

—No, le llamaré mas tarde —respondió metiendo el pedazo de papel en su bolsillo—. ¿No hubo otras llamadas?

—Él doctor Brennan no volvió a llamar, si se refiere a él —declaró la señora Drake de inmediato—. Creo que estará muy ocupado con sus pacientes. Ya sabe usted, los que sólo tratan de arriesgar su vida inyectándose heroína y esa clase de drogas. No lo puedo comprender,

lo hacen para disfrutar sus vidas un poco más, pero la mayoría de las veces se encuentran demasiado drogados como para poder hacerlo.

—Yo tampoco —asintió Olivia. No deseaba enfrascarse en una conversación que no la llevaría a ningún lado.

Olivia se disponía a subir otra vez cuando escuchó la voz de la señora Drake nuevamente:

—¿Va a comer en el hotel, señora Perry?

—Sí, en unos quince minutos —repuso y continuó ascendiendo.

—Le dará tiempo para hacer su llamada —observó la señora Drake sin poder evitarlo—. Hay torta de carne y riñón. Justo lo que necesita para un día como éste.

Olivia se dio prisa, antes de que la señora Drake pudiera pensar en otra cosa.

Era curioso, durante las últimas horas habían conversado más que toda la semana que ella había estado en el hotel. Olivia deseaba que no continuara así. Era una persona muy reservada como para hablar de sus cosas personales.

Pero claro, si Conor sabía más acerca de ella, era muy probable que se lo dijera a Sharon, y ella a su vez, a su madre… Olivia prefirió pensar en otra cosa, si había complicaciones, prefería marcharse.

Más tarde, sentada frente a un plato de humeante torta de carne y riñón, deseó que las cosas no ocurrieran así. Paget era el lugar donde estaban sus raíces, y aunque ella viviera en Londres, ese pequeño lugar era donde en realidad le gustaría vivir. No permitiría que por la influencia de Conor, debiera cambiar sus planes.

Por el momento, estaba más preocupada por la razón que tendría Stephen para haberle llamado. Habían pasado meses desde la última vez que lo vio. En realidad esperaba que no hubiera más contratiempos con su divorcio, deseaba firmar el acta cuanto antes y ser libre otra vez.

El diario que había dejado sobre la mesa aún estaba ahí. Ella lo tomó y al mismo tiempo que probaba el delicioso guiso, leía algunos encabezados del mundo financiero. De repente sintió una sombra y bajó el diario.

Esperaba ver a la señora Drake y estaba lista para felicitarla por lo bueno de su guisado, pero qué desilusión se llevó al darse cuenta que era una figura masculina, y la última que ella deseaba ver: su esposo.

—¿Puedo acompañarte? —Dijo él con una sonrisa triunfante, acercando una silla sin esperar el permiso de Olivia—. ¡Hace mucho tiempo que no nos vemos!

—¿Qué haces aquí, Stephen? —no pudo contener el disgusto que sintió al verlo.

¿Qué se imaginaría la señora Drake? ¿Y le preguntaría si se iba a quedar en la misma habitación? ¡Oh, no! Ahora debería ponerla al

tanto de su vida personal.

—No pareces muy feliz por verme —repuso él quitándose la chaqueta y tomando la minuta de la mesa—. ¿Qué tal está la comida aquí? Lo que estás comiendo huele muy bien —en ese momento la miro y agregó—. Debo reconocer que te ves bien, muy bien Ollie.

—¡No me llames Ollie! —exclamó furiosa—. ¿Y, cómo supiste dónde estaba?

¡Ni siquiera le dije al señor Halliday!

La presencia de la señora Drake era inevitable. Mirando a sus dos huéspedes con cara de satisfacción, se acercó a la mesa.

—¿También el caballero comerá, señora Perry? —Preguntó mirando a Stephen de pies a cabeza—. ¿Acaso se trata del caballero que llamó más temprano? Oh, mucho gusto en conocerlo, señor Perry. Soy la señora Drake.

Olivia no dijo nada. Sólo escuchó a Stephen presentarse. ¡Eso no podía estar sucediendo!, pensó con incredulidad. Ella y Stephen no tenían nada más de qué hablar. Su matrimonio había fracasado. ¿Cómo se atrevía a irrumpir en su privacidad?

Pero, mirando la forma en que hablaba con la señora Drake, supo que poco le importaba lo que ella pensara. Siempre había sido así. En realidad, debió pedirle el divorcio desde hacía mucho tiempo, pero siempre tenía la ilusión de que las cosas se pudieran solucionar.

Ni siquiera podía pensar en lo que había visto en él. Claro, ahora no era tan joven como cuando se habían casado. Parecía que el tiempo no había sido muy benevolente con él. Su cabello se empezaba a cubrir con canas y su estómago empezaba a abultarse. Se veía como lo que era, un vendedor de edad madura quien había pasado muchos años viajando y alimentándose con una dieta deficiente.

Cuando la señora Drake se marchó para traer la orden de Stephen, Olivia le dijo furiosa:

—¡No sé a qué has venido, Stephen, pero sea lo que sea, estás perdiendo tu tiempo! ¡Quiero que te vayas, cuanto antes! ¡Si es posible, antes de que la señora Drake regrese! ¡Y no te preocupes acerca de la cuenta, lo consideraré un privilegio!

—¡Ollie! ¡Qué manera de tratar a tu esposo! —espetó con cinismo.

—¡No eres mi esposo! —Exclamó, agradecida de que ellos fueran los únicos en el comedor—. ¿No crees que esto sea estúpido? La última vez que te vi en el hospital no podías esperar más para liberarte de toda responsabilidad al verme así.

Stephen se ruborizó y se defendió:

—Eso no es verdad, Ollie. Tú eras la que deseabas el divorcio, no yo. Cuando supe que estabas tan grave, quise hacer lo que fuera con tal de ayudarte.

—¿De veras? —inquirió ella con ironía.

—¡Claro! —Respondió con seguridad—. Yo mismo te hubiera cuidado si tú lo hubieras querido así. Pero los doctores dijeron que tu condición era crítica, así que hice lo que pude para que te sintieras mejor, aceptando el divorcio que tú tanto querías.

—¡Basta, Stephen! —su disgusto era evidente—. ¡Deja de mentir! ¡Quedaste horrorizado cuando viste mis heridas! Una esposa inválida era lo que menos deseabas, ¡por favor, sé honesto por una vez en tu vida!

—Bueno, ahora no estás inválida, ¿verdad? —repuso—. De hecho, nunca luciste mejor. Te queda muy bien haber perdido peso. Si no usaras el cabello recogido como una anciana, estarías perfecta.

—¡Stephen!

—Bueno, siempre pensé que eras una mujer hermosa. Sino hubiera sido así, no me hubiera casado contigo. Ahora, me arrepiento de lo que pasó entre nosotros. Creo que éramos felices. Darcy siempre aprobó todo de ti.

—¿De veras? —no sabía cómo responder. Era increíble el atrevimiento—. Sin embargo, la opinión de tu jefe, no es cosa que me interese, y nada tiene qué ver con nuestro divorcio.

—Pero sí tiene mucho qué ver —interrumpió él—. Bueno, Darcy no aprueba lo de nuestro divorcio. Le gusta que sus vendedores estén casados. Piensa que los mantiene interesados en su trabajo. ¿Entiendes a lo que me refiero?

—¿Como lo que hiciste tú, quieres decir? —repuso con indignación y después echó una carcajada. Ahora todo parecía ridículo.

—Eso no fue muy gracioso —declaró él con seriedad—. Sólo porque cometí un pequeño error.

—¿Un pequeño error? —repuso —. ¿No quieres decir una bolsa llena de ellos?

Vamos, Stephen, solía ser muy ingenua, pero ya no lo soy.

La señora Drake apareció otra vez, tal parecía que era a propósito. Olivia se sentía furiosa. Le había advertido a Stephen irse antes de que ella volviera. No había modo alguno de que pudiera convencerla de que sus motivos no eran egoístas.

Estaba harta de él. Y si acaso imaginaba tener la oportunidad de persuadirla para cambiar su opinión acerca del divorcio, era mucho más estúpido de lo que parecía.

Además, ¿qué diablos podría desear ahora? Ella no podía creer la historia de Harry Darcy acerca de preferir hombres casados, él mismo era divorciado, por otra parte, querer hacerla creer que todavía le importaba, era ridículo.

—¿Se quedará su esposo esta noche? —la señora Drake preguntó al mismo tiempo que colocaba ante él un platillo y la cerveza que había pedido.

—No…

—Sí.

La respuesta fue simultánea, Olivia estaba a punto de explicar que él se iría después de la comida, pero no lo hizo así su respuesta la dejó boquiabierta.

—Muy bien, entonces le pediré a Dorothy que cambie las sábanas. La compañía le hará bien a la señora Perry. No hay mucho qué hacer en Paget en esta época del año. Bueno, pero como ustedes tienen conocidos…

Esta vez fue Stephen el que abrió la boca. Pero Olivia no pensaba explicar nada.

Furiosa, dijo:

—¡No se moleste en cambiar las sábanas, señora Drake! ¡No dormimos juntos!

¡Ni siquiera compartimos la misma habitación!

—Oh… ¿de veras? —la señora Drake se volvió hacia Stephen como para cerciorarse de lo que había escuchado.

—¡Así es, señora Drake! —Ella respondió mirando amenazante a Stephen—.

¡Además, si el señor Perry desea quedarse, deberá buscarle otra habitación!

Stephen lucía nervioso, cambiando la mirada hacia otro lugar, tomó aliento para explicar:

—Me temo que mi esposa tiene razón, señora Drake —con cinismo él continuó

—: No dormimos juntos estos días. Después del accidente, el doctor le recomendó dormir sola, ya que durmiendo con ella, la podría lastimar y no deseo hacerlo. Por desgracia… —él continuó ignorando la expresión de Olivia— ya se acostumbró a dormir sola, aunque me gustaría hacerla cambiar de opinión, pero por ahora…

La señora Drake puso cara de lástima. Sin mirar a Olivia continuó:

—Lo sabía. Yo le dije a mi marido que la señora Perry tenía un problema con su pierna. Y ahora usted me dice que sufrió un accidenté. Bueno, en realidad no puedo decir que sospechaba eso también.

Olivia apretó los labios, pero dándose cuenta de que la imaginación de la señora Drake podría inventar cosas peores, prefirió explicar:

—Sí, sufrí un accidente, eso es todo. Pero no fue nada dramático, se lo puedo asegurar.

—Es lo mismo —asintió la señora Drake—. Con razón lucía así cuando llegó.

Esta mañana lucía mucho mejor. Hasta le dije a Tom hace algún rato: "La señora Perry luce bien esta mañana, ya se le ve color en las

mejillas".

—Es lo que yo pensé al verla —repuso Stephen. Olivia se preguntaba por qué no era capaz de decirle a la señora Drake acerca del divorcio y quitársela de encima de una vez por todas. Pero al hacerlo implicaría que había estado mintiendo antes.

—Bueno, le puedo decir que su presencia aquí la ha ayudado —y mirando el plato casi vacío de Olivia, continuó—: Veo que le gustó su comida, señora Perry.

¿Desea algo más antes de que me retire?

—Nada —dijo ella con frialdad. Si la mujer creía que sus comentarios eran bien recibidos, Olivia estaba a punto de explotar. Sólo deseaba que se marchara para poder decirle a Stephen lo que realmente pensaba de él.

Pero cuando se marchó, Stephen fue el que habló:

—Tal parece que tendrás que soportarme. Por lo que veo no le has dicho a nadie que nos vamos a divorciar. Eso me queda a la perfección.

—¡Stephen! —Olivia casi grita—: ¿Qué demonios haces aquí? ¿Qué quieres de mí? ¡No es posible que puedas imaginar que volveré contigo!

Stephen siguió comiendo como si nada ocurriera y después añadió:

—Bueno, aún no estamos divorciados, Ollie… Si le dijera a tu abogado que hemos tenido una reconciliación…

—Pero no ha ocurrido, ¡y no ocurrirá! ¡No me amenaces, Stephen! ¡En estos momentos, creo que tú tienes mucho más que perder que yo!

—¡Vamos, Ollie! —la expresión de él cambió por completo. Puso una cara de sufrido y antes de que ella pudiera evitarlo, la había tomado del suéter—. ¿Acaso tenemos que pelear siempre? Nos amamos alguna vez, ¿puedes decir con honestidad que eso ha terminado?

—Sí —respondió molesta—. Stephen, si en realidad te importa lo que siento, terminarás tu comida y te irás. No deseo verte, ni hablar contigo, Y si quieres que deje de odiarte tanto, olvidarás que alguna vez viniste a este lugar.

—No puedo hacer eso, Ollie —respondió con un suspiro.

—Entonces lo haré yo —se puso en pie y se dirigió hasta la puerta.

—Todavía puedo decir que tuvimos una reconciliación —la voz de Stephen se escuchó—. Puede que no ayude mucho a agilizar el divorcio que tanto quieres.

—¡Bastardo! —exclamó retrocediendo.

—¡No, es sólo que estoy desesperado! —repuso mirándola—. Si regresas y te sientas un momento, te diré lo que pasó.

—¡No me importa lo que haya pasado! —repitió desesperada.

Sabía lo difícil que un divorcio se podía tornar cuando el abogado

defensor no estaba totalmente convencido.

—¿Aunque te prometa que si me ayudas esta vez, no pondré en peligro el asunto del divorcio otra vez?

—¿Por qué creerte? Me has mentido otras veces.

—Porque no tienes alternativa —repuso él con cinismo. Y habiendo logrado su cometido, siguió comiendo con tranquilidad.

## CAPÍTULO 5

Como Conor no volvió a llamar, a eso de las siete, Olivia decidió llamarlo. Sabía que no era la mejor opción. La llegada de Stephen la había confundido más, en cuanto a sus sentimientos hacia Conor, pero por lo menos la ayudaba a justificar su proceder. Necesitaba hablar con alguien y no había nadie más.

No pretendía discutir de Stephen con Conor. Aunque ahora se encontrara ocupando una habitación frente a la de ella, Olivia estaba resuelta a ignorarlo.

No, ahora necesitaba a alguien que no fuese Stephen, y que no lo conociera.

Alguien que no le dijera que era una tonta por dejarlo quedarse en el hotel.

Suspiró. En realidad era una tonta por permitirle quedarse. Sabía bien que el predicamento en el que se encontraba era resultado directo de su libido. Además, la historia que le había contado, que Karen Darcy lo había seguido después de la fiesta de Navidad, era más probable que fuese al revés, pero el problema era que si Harry Dracy lo descubría, el resultado sería desastroso.

Era bien sabido que Harry Darcy celaba mucho a su joven esposa. Descubrir que uno de sus empleados había estado con ella, causaría muchísimas repercusiones para Stephen, la primera de ellas perder su empleo. Harry también era un hombre vengativo y muy poderoso, podría arruinar a Stephen para el resto de su vida. Oliva no deseaba tener responsabilidad alguna por la miseria de Stephen, así que, si podía ayudarlo fingiendo que su relación estaba en buenos términos, afirmando que estuvo con ella una determinada noche para salvarlo lo haría.

No le gustaba hacerlo,

pero sólo él le garantizaba dejarla en paz de una vez por todas. Ahora se encontraba con el teléfono en la mano, marcó el número que había encontrado en el directorio.

Por un momento trató de pensar en lo que diría si es que contestaba Sharon. Bueno, si eso ocurría, ella alegaría que Conor la había llamado antes y ella sólo se reportaba a su llamada. Mientras pensaba, se escuchó un "click", y la voz grabada de Conor le informó que no se encontraba y que debía dejar el mensaje después de oír el tono.

"No puede ser", pensó Oliva, frustrada, ¿qué tal si Sharon era la que escuchaba el mensaje? Por fin se decidió a dejar el mensaje.

—¿Conor? Mmm… habla… Olivia…

—"¡Liv!" —la voz exaltada de Conor se escuchó—. ¿Liv, estás ahí? siento haber hecho esto, pero estaba en la ducha y me tomó algunos minutos llegar hasta aquí.

—Oh —murmuró aún sorprendida.

—Te llamaría más tarde. ¿No recibiste mi mensaje?

—Bueno, sí —Olivia sabía lo patética que se oía—. Es sólo que, bueno voy a cenar y no deseaba que me llamaras en medio de la cena…

—¿Vas a cenar, ahora? ¡Liv, son sólo las siete!

—Ya lo sé —le respondió también con impaciencia—. Bueno, aprovecho la oportunidad para agradecerte la cena de ayer. Fue un buen detalle compartir parte de tu privacidad conmigo, agradécele a Sharon también. Sé muy bien que estropeé tu velada, no creas que no me doy cuenta de…

—¡Basta, Liv! deja de hablar como si se tratara de una obra de caridad o algo así. ¡Sólo deseaba que me permitieras pasar una noche contigo, y es lo mismo que deseo hoy!

—¿Hoy? —repitió Olivia.

—Sí, hoy —suspiró—. Bueno, acepto que debí haberte llamado antes, pero tuve un día muy agitado y no pude llamarte otra vez. Tuvimos una emergencia en el hospital y no salí hasta las seis. Pensaba llegar a la casa, darme un duchazo y vestirme, pensé que sería más difícil para ti rehusarte si me veías en persona.

—Ya veo —murmuró, pero en realidad no lo comprendía. ¿Acaso estaba pidiéndole pasar otra velada con él y Sharon?

—Pensé que tal vez podría convencerte de venir a la casa, podríamos preparar pizza o te podría preparar una deliciosa omelette. ¿Qué te parece? ¿Qué dices?

—Bueno… no sé.

—¿Qué es lo que no sabes? —Conor parecía impaciente—. Mira, dame cinco minutos para que me vista. Lo discutiremos tomando una cerveza.

—¡No!

—¡Liv!

—Quiero decir… —Olivia pensó que cualquier cosa era mejor que Stephen los viera juntos—. Iré contigo. Nos vemos en veinte minutos a la entrada del hotel.

—Que sean quince —le sugirió y colgó de inmediato.

Olivia se sentía más confundida. Estaba bien que no deseara estar con Stephen, pero… ¿salir con Conor era una alternativa sensible?

Además, ¿qué diría la señora Drake al verla salir sin su esposo?

No era momento para pensar en lo que otros opinarían. Trató de buscar algo casual en su equipaje. El pantalón de lana que había usado en la mañana para ir a caminar, parecía lo mejor. Un suéter de color crema completó el atuendo. Era una suerte que no le hiciera falta usar sostén, no se había acordado de empacar un strapless, y era lo que necesitaba para ese suéter, ya que revelaba uno de sus hombros.

Después se sentó frente al tocador. Se soltó el cabello, pero por un momento pensó en lo que Conor opinaría, que trataba de lucir más joven.

Además, si Sharon estaba ahí, ella pensaría lo mismo. En ese momento alguien llamó a la puerta.

—¿Conor?

—¿Sí? —La voz que respondió no era de Conor—. ¿Ollie? —la voz contrariada de Stephen se escuchó—. ¿Ya estás lista? Pensé que sería buena idea tomar una copa antes de cenar.

Olivia se quedó sorprendida. Nada más eso faltaba. El creía que se podría comportar como si nada hubiera ocurrido. ¡No le sorprendería que le pidiera pasar la noche con él! ¿Por qué no?, después de todo, acostarse con mujeres no era algo a lo que Stephen no estuviera acostumbrado.

—Yo —ella trató de responder mordiéndose los labios—. Bueno… aún no estoy lista. ¿Por qué no te adelantas? Te alcanzaré más tarde.

—Muy bien. Te veré en el bar.

—Esta bien.

El corazón de Olivia parecía estar saliéndose de su pecho. Después de unos momentos, escuchó el crujir de la escalera.

¡Vaya, había venido a Paget para relajarse un poco! ¡Y ahora tendría que enfrentarse a la difícil misión de salir del hotel sin ser vista por Stephen o por los Drake!

Bueno, no fue tan difícil como ella había imaginado. El bar había estado abierto desde temprano y ya se encontraban varios clientes. Tom Drake entre ellos. Por otra parte, esa era la hora cuando la señora Drake estaba más, ocupada. Le gustaba supervisar que todo en la cocina marchara sobre ruedas. Olivia estaba casi segura de que prepararía algo especial para dar la "bienvenida" a su esposo. De cualquier modo, Stephen lo disfrutaría.

Estaba lloviendo, pero por lo menos no hacía tanto frío como el día anterior. Al ver el pequeño Audi acercarse, ella se aproximó de inmediato.

La puerta delantera casi la golpeó al abrirse de improviso.

—¿Qué diablos haces en medio de la lluvia? ¡Cuando me dijiste que nos veíamos afuera, no pensé que te referías a esto!

—No creo que haya necesidad de ser groseros. Estoy aquí después de todo, Conor. No tuviste que esperarme, como yo. Debiste haber respetado los veinte minutos que yo te dije.

—¡No me trates como a un chiquillo, Liv! —Repuso furioso y mirándola preguntó—: ¿Qué pasa, acaso estás cambiando de opinión?

—Me parece que tú eres el que se está arrepintiendo, Conor. Pero no te preocupes, puedes llevarme de vuelta al hotel.

—¡Tonterías! —exclamó furioso y exasperado—. ¡Sólo porqué me

preocupo por tu salud!

—¿De veras? ¿Acaso de eso se trataba? Me alegra que me lo hayas dicho.

—¡Basta! ¡No trates de darme actitudes que no me corresponden! ¡Sólo estaba molesto, eso es todo! ¿Acaso estás apenada de que te vean conmigo?

—¡Qué estupidez!

—¿Entonces, por qué decidiste encontrarme fuera del hotel?

—Tengo mis razones.

—¿Qué razones?

—Mira, no tiene importancia. Debes creer que nada tiene que ver contigo. Es sólo que los Drake son muy entrometidos, la señora Drake me contó cuando iba a la escuela con la madre de Sharon.

—¿De veras?, tenía la impresión de que no gustabas de hablar acerca de ti.

Nunca pensé que eras de la clase que te gusta platicar con alguien como la señora Drake. La "vieja" Eva.

—La "vieja' Eva, ¿te refieres a la señora Drake? ¡Bueno, eso es lo que las mujeres

"viejas" hacemos, hablar acerca del pasado!

—¡No me refiero a ti, Liv! ¿Por Dios, qué tratas de hacer, arruinar la velada antes de que empiece?

—Creo que ya lo hiciste tú —repuso y guardó silencio por el resto del viaje.

Al llegar a la casa de Conor, Olivia ya estaba tratando de pensar en un buen pretexto para retirarse lo antes posible, orno era su costumbre, ya se había arrepentido de haber accedido a tal invitación.

Conor bajó del auto y se dirigió hacia la otra puerta.

—¡Vamos! —repuso—. Si a ti no te importa mojarte, a mí sí.

Olivia tuvo que permitir que él la ayudara a salir del auto.

—Gracias —dijo ella mientras él azotó la puerta del auto.

—Lo siento —explicó Conor, y acariciando la mejilla de Olivia continuó—: Imagino que piensas que soy de lo peor.

—¡Claro que… no! —Repuso de inmediato—. No seas tonto, Conor.

—Si insistes en tratarme como a un chiquillo de escuela, me veré forzado a demostrarte que no lo soy —objetó él mirándola con seriedad. Después volviéndose hacia la entrada, agregó— ¿Vienes o necesitas ayuda?

—Puedo hacerlo sola.

Olivia se ayudó con el pasamano. Dentro de la casa alguien había encendido leña y como las cortinas no habían sido corridas aún, ella pudo apreciar el precioso comedor. Al entrar, ella sintió un aire tan familiar que no le hubiera parecido extraño ver a los padres de Conor

sentados ante la chimenea. Con razón, él había querido conservar la casa. Estaba llena de recuerdos.

—Ahora, ¿cuál es el problema? —preguntó él demandando el porqué su expresión se había tornado tan triste.

—Estaba pensando en tus padres —respondió siguiéndolo a través del corredor

—. Comprendo muy bien por qué quisiste conservar la casa.

—¿De veras?

La respuesta de Conor fue enigmática. Olivia cerró la puerta y quitándose los guantes los guardó en su bolsillo. En cualquier momento esperaba que Sharon saliera a saludarla y a demostrarle que ella era la dueña de Conor.

Se estaba quitando el abrigo, cuando Conor pareció recordar sus modales y se acercó para ayudarla. Olivia pudo sentir las fuertes manos rozando su cuello, y se preguntó qué sentiría si la tocaran no accidentalmente, pero con toda la pasión que parecían estar listas a dar.

Conor colocó el abrigo en la vieja percha para ropa y volviéndose a ella la invitó:

—¡Adelante! Ya conoces el camino.

—¿A la sala de estar? —le preguntó, esperando toparse con Sharon en cualquier momento.

—Claro —él respondió y se quitó la chaqueta de piel que traía puesta. Caminó tras ella. Olivia podía sentir el calor que su cuerpo despedía.

—¿Dónde está… Sharon?

—¿Acaso te di alguna razón para que pensaras que ella estaría aquí?

—Bueno, no, pero… ¿Dónde está? ¿Acaso salió porque sabía que vendría?

Conor la miró extrañado.

—¿Por qué tengo la impresión de que hay un malentendido?

—¿ Acaso Sharon te dijo que vivía aquí? ¿O te lo dije yo?

—No…

—Muy bien, me alegra haber clarificado ese punto. Ahora, ¿Qué te gustaría beber? Tengo whisky y jerez. Iba a comprar una botella de ginebra en el bar, pero…

ya sabes lo que ocurrió.

—¿Así que Sharon no vive aquí? —Olivia preguntó sin escuchar el ofrecimiento de Conor.

—No —repuso él al servir whisky en dos vasos, le ofreció uno—. Supongo que no te rehusarás a tomar una copa, ¿verdad?

Olivia tomó el vaso que le ofrecía y extendió el brazo:

—¡Salud!

—¡Salud!

—Vaya, está bastante bueno —repuso ella al beber un poco.

—¡Qué bien! —Conor secundó—. Bueno, ¿qué te hizo pensar que Sharon vivía aquí? ¿Acaso te lo dijo la señora Drake?

—No. Es obvio que me equivoqué.

—¿Viviendo aquí? —Inquirió con sequedad—. ¿Por qué no nos sentamos?

Podremos platicar más a gusto. Tengo el presentimiento que si digo algo incorrecto, querrás que pida un taxi de inmediato.

—¡Qué tontería!

—¿Entonces? —Dijo Conor al inclinarse para encender la otra lámpara—. ¡No muerdo! Sólo en ocasiones.

Olivia rodeó el sofá para sentarse en el sillón. Conor tenía razón, parecía como si le temiera.

Conor también se sentó ahí, pero en lugar de orillarse como Olivia, se dejó caer pesadamente sobre los múltiples cojines que lo cubrían.

—Cómodo, ¿verdad? No sabes cuánto deseaba volver a tener un verdadero invierno mientras vivía en Florida.

—¿Acaso no tienen inviernos ahí?

—Sí los hay, pero no se comparan. En el lugar donde vivíamos, en la costa del golfo, la temperatura nunca baja a más de sesenta, ¡pero grados Fahrenheit!

—Déjame decirte que conozco a mucha gente que te envidiaría, viviendo en un clima semitropical —repuso ella y bebió un poco más —.Creo que yo misma lo hago.

—¿Entonces, por qué no fuiste a un lugar tropical para recuperarte?

—Bueno, no deseaba ir a un lugar con demasiada gente. Deseaba paz y tranquilidad, y debes admitirlo, en Paget puedes encontrar eso.

—Pero sin tu marido.

—Bueno, Stephen tiene trabajo —respondió ruborizándose un poco —. Pero, vamos, cuéntame de tu trabajo. ¿Es como un hospital?

—Bueno, es un hospital. Pero creo que parece más una prisión que un hospital.

Tratamos a adictos. Me imagino que de la clase que tú defiendes en la corte. Adictos, que por una razón u otra, no pueden dejar de serlo.

—¿Muy jóvenes?

—Bueno casi todos los adictos son jóvenes. Pocos de ellos pueden alcanzar la edad madura.

—¿Menores de edad?

—No. La mayoría de ellos ya tienen la mayoría de edad, están en los veinte años. Se trata de muchísimas clases de personas, no sólo prostitutas y vividores.

—¿Tú te encargas de ellos? ¿Los aconsejas?

—Bueno, digamos que tratamos de hacerlo. David Marshal, el director de la institución, tiene una teoría. El piensa que el individuo debe desear curarse, antes de que ocurra.

—Entonces, ¿por qué se vuelven adictos? ¿Curiosidad? ¿Presión?

—No es tan simple como parece. La teoría de que los jóvenes lo hacen para imitar a sus amigos, no es cierta. Si fuera verdad, entonces todos los jóvenes serían adictos en potencia, pero no es así. De cierto modo todas las personas están expuestas a diferentes tipos de droga en sus vidas. Ahora, es común encontrar jeringas escondidas en los útiles de los jóvenes. Por desgracia, el uso de drogas como la cocaína y la heroína, se ha extendido con mucha rapidez.

—¿Y cuál es tu teoría?

—Bueno, yo creo que se debe a varias cosas, entre ellas; la televisión.

—¿Quieres decir, la violencia?

—No en este caso. Estoy seguro que la cantidad de violencia mostrada en televisión, es sólo una copia de la realidad. Ahora los niños son expuestos a escenas horribles con cuerpos sin vida, y ya no se impresionan.

—¿Entonces, que quieres decir?

—Creo que es cuestión de aspiraciones. La televisión los hace sentirse inadecuados. Mirando gente que vive en la opulencia, usando vestidos de millones de dólares y manejando autos que ellos nunca jamás podrán siquiera ver. ¿Cómo crees que esto afecta una mente joven?

—Bueno, pero no se trata de gente verdadera —repuso Olivia.

—Pero para ellos lo son —dijo Conor frunciendo el ceño—. Para algunos de ellos, son tan reales como las víctimas del Napal en Vietnam.

—¿Y qué podemos hacer?

—¿Es una pregunta hipotética? ¿O te refieres a lo que yo puedo hacer por ellos?

—Supongo que ambas.

—Bueno… —Conor pasó su mano sobre su cabello y con un suspiro respondió

—: Creo que los debo convencer que la vida es mucho más que la televisión.

—¿Tienes éxito?

—Quien sabe —al decir esto, Conor bajó su mano hasta su pecho, dejando entrever el fino vello que lo cubría—. Tratamos de hacerlo, pero es difícil seguir la pista de los enfermos una vez que dejan la clínica.

—¿Y, qué clase de tratamiento se les da?

—¿Quieres decir, después de qué están limpios por completo?

Bueno, existe la terapia, algunas veces, psicoterapia, aunque no funciona con todas las personas.

—Entonces, ¿qué hacen?

—¡Basta, creo que es suficiente acerca de mí! —Exclamó Conor antes de responder—. No pienso pasar la noche hablando de mí.

Olivia se estremeció. Los dedos de Conor todavía recorrían su pecho haciendo que Olivia perdiera toda atención.

Conor sólo la miró con ojos sensuales. No había nada que Olivia pudiera hacer para evitar que sus propias emociones la aturdieran.

# CAPÍTULO 6

—Bueno—, mi vida no es muy interesante —repuso ella y su hombro quedó al descubierto.

—No estoy de acuerdo —declaró Conor, admirando la exposición momentánea de la piel de Olivia, y sin poder evitarlo, acarició el suave cuello hasta llegar al hombro—. ¡Es como seda! —Señaló, soltándola por un momento—. Pero tú estás muy delgada, ¿qué te ha sucedido?

—Pensé que estar delgada es parte de la moda —protestó para distraer su atención. De repente se puso en pie y agregó—: ¿Dijiste algo acerca de ser experto en omelettes. ¡Tengo hambre!

No era verdad, claro. Y ella era consciente que Conor también lo sabía; él se puso en pie y respondió:

—¡Puedes elegir! ¡Encontré unas costillas en el congelador, aparte de la pizza.

Ven a ver.

Ella lo siguió hacia la cocina que se encontraba en la parte trasera de la casa. Los terminados de madera y de tejas de terracota habían sido el orgullo de Sally. Olivia recordaba los innumerables desayunos que había compartido con su amiga sobre la mesa de pino.

Cuando Conor encendió la luz de la cocina, Olivia pudo ver una pila de platos en el fregadero.

—Por desgracia, mi madre no pensó que una lavadora de loza era indispensable. Por favor, ignora el desorden, ya limpiaré más tarde.

—Yo lo haré —exclamó Olivia triunfante, ante la situación de hacer algo lejos de él—. ¿Quieres que prepare los omelettes, también?

—¡No! —Repuso Conor con seriedad—. No creas que soy uno de esos hombres que no saben hacer nada. He sobrevivido por varios años viviendo solo, ¿y no he muerto, verdad?

—¡Es cierto! —afirmó convencida.

—¿Crees que no luzco bien?

—¡No, claro que no! —le respondió, acercándose a los platos, pero sin dejar de pensar en el cuerpo atlético de Conor. Tal vez él la había acariciado inocentemente, pero sus emociones no estaban del todo bajo su control. Eso la molestaba.

—¿Qué te parece si cenamos pizza-omelette —sugirió él, abriendo el congelador.

—¿Pizza-omelette? ¿Es posible?

—¡Claro! Cuando estudiaba medicina, comía todo lo que se me ocurría. Pero, creo que tienes razón, lo mejor sería, pizza y omelette, acompañado de una ensalada verde, para satisfacer a los vegetarianos.

Olivia soltó una carcajada. Se sentía muy relajada. Ya tenía tiempo que no se sentía de ese modo. Estar con Conor la hacía sentirse mucho más joven. Ya se le había olvidado lo que se sentía actuar de una manera despreocupada y boba.

—¡Se oye muy bien! —Exclamó Conor y acercándose a ella, recorrió sus hombros con las manos—. Deberías reír más seguido. ¡Me gusta mucho!

Olivia se las arregló para no distraerse. Cuando terminó de lavar todos los platos, la pizza estaba lista dentro del microondas y la omelette en la sartén.

Después de eso se dispusieron a comer. Conor sugirió ir al comedor, pero Olivia prefirió hacerlo en la mesa de pino de la cocina, como tantas veces lo había hecho.

—Es más agradable aquí, más acogedor —explicó Olivia. Por un momento, ella reflexionó acerca de Sharon, sólo porque no se encontrara con ellos, no significaba que no existía.

A pesar de eso, cenaron y ella comió con entusiasmo por primera vez en meses.

La pizza, con queso derretido, era el acompañamiento ideal para las omelettes.

También había pan francés y mantequilla.

—¿Te gustó? —Conor preguntó con flojera cuando lo único que les quedaba era vino en sus copas. Olivia asintió.

—¡Mucho! Me siento satisfecha y…

—¿Con flojera? —le preguntó, poniéndose en pie—.Vamos a la otra habitación para terminar el vino.

—¿No vamos a levantar los platos? —ella protestó.

—No ahorita —repuso, invitándola a levantarse—. ¡Vamos, es la hora feliz!

Conor cerró las cortinas haciendo que el espacio en la sala pareciera mucho más acogedor. Luego, mirando que Olivia se había sentado en el sofá otra vez, atizando el fuego, se sentó a lado de ella.

—Muy bien —empezó él—. ¿No vas a decirme por qué pensaste que vivía con Sharon? ¿Y, te podrías sentar del otro lado? Me gustaría ver tu rostro mientras hablamos.

Olivia deseaba decirle que en realidad eso era lo que deseaba evitar, encogiendo los hombros, murmuró:

—Creo que ya te lo dije.

—No —alegó, volviendo a posar la mano sobre el hombro de ella —. Dijiste que habías cometido un error, me gustaría saber a qué te referías.

—¡Vamos!—exclamó agradecida de que Conor la soltara—. Esa mañana, cuando caminé hasta acá, bueno… ¿no vas a negar que había dormido aquí?

—¿Por qué no? —dio él con sorpresa.

—Bueno… porque…

—De hecho, pasó por aquí de camino a su trabajo —al decir esto, él buscó el rostro de Olivia y continuó—: ¡Bueno, no estoy tratando de negar que ha dormido aquí! Lo ha hecho, Liv. Bueno, no soy un santo y necesito satisfacción sexual, al igual que el resto de la gente. Como tú…

Olivia cambió su mirada hacia la copa con vino.

—Aun así —murmuró.

—¿Aun así, qué? ¿Sharon actuó como si fuera mi dueña, es lo que tratas de insinuar?

—Bueno, eso no es de mi incumbencia —declaró tartamudeando.

—No lo es —dijo él, con suavidad—. ¿No te interesa lo que yo haga con Sharon?

—Conor —lo interrumpió antes de que el pudiera terminar—. ¿No crees que esta conversación sea inútil? Tú tienes una vida por delante, y yo… yo también… ¿Te dije que el bufete Halliday me ofreció una buena oportunidad?

—No me sorprende. Siempre has sido ambiciosa.

—¿Así lo crees? —inquirió sorprendida.

—¡Es así! ¡Lo sé!

—¿Cómo?

—¿No tienes familia, verdad Liv?

—¿Te refieres a hijos?

—¿Qué más podría ser?

—¿No crees que tu comentario es prejuicioso?

—Me imagino que todos lo son.

—No. ¡Sabes a lo que me refiero!

—¿Acaso crees que tu feminidad ha sido atacada?

—¿Cómo sabes si he tratado de tener hijos?

—¿Lo has hecho?

—¡Es algo privado! —exclamó ella. Tratando de buscar un pretexto para retirarse, miró su reloj y continuó—: ¿Es tan tarde?

—¡Sólo son las nueve y media! —Remarcó él y antes de que ella pudiera impedirlo, rodeó su cuello con uno de sus brazos—. ¡Aún no te vas!

Ella nunca pensó que Conor haría algo así. Su corazón palpitó más fuerte al sentir los masculinos dedos presionar sus hombros.

¿Qué pretendía? ¿Y por qué ella lo permitía?

—¡Conor! —Exclamo y tratando de parecer más autoritaria, continuó—: ¡No hagas eso!

—¿No hagas eso? —Conor repitió con cinismo. Su aliento la hizo sentir calor al acariciar su mejilla—. ¡Oh, Liv! No tienes la menor idea de lo que deseo hacer.

—Conor —repitió—. Conor, creo que te estás burlando de mí. ¡Vamos, suéltame!

Pero no dio resultado. Con rapidez, él le quitó los pasadores que sujetaban el negro cabello. Una cascada azabache cubrió sus hombros al instante.

—¡Está mucho mejor! —Repuso vehemente y deslizó sus dedos por la cabellera de Olivia—. ¡Desde que llegaste deseaba hacerlo! —finalizó.

—Y lo hiciste —repuso muy molesta—. Conor, no sé lo que estás tratando de hacer, pero creo que has llegado demasiado lejos. Por favor, pídeme un taxi.

—No he llegado demasiado lejos —alegó de inmediato y abrazándola acarició el desnudo hombro con la punta de su lengua—. Ni siquiera he llegado lejos.

Olivia se alejo de inmediato.

—Conor, ¿qué diablos crees que soy?

Los ojos de Conor la encontraron.

—Creo que eres una mujer hermosa —declaró con simpleza.

—Creo que te dejas llevar por tus emociones. ¡Conor, ya no eres un niño pequeño!

—¿Me permitirías hacerlo si lo fuera?

—¡No! —Olivia se empezaba a preocupar—. ¡Conor, estoy casada! —objetó desesperada cuando Conor trató de tomar su rostro con la mano.

—¿Y no crees que ya estoy enterado? —respondió, apretando la suave mejilla con el pulgar y mirándola hambriento—. De todas formas, ¿qué tiene de malo el que desee besarte? Antes nunca objetaste por que lo hiciera.

—¡Tú sabes lo que tiene de malo! ¡Además… —continuó temblorosa—. Como antes dije, ya no eres un niño pequeño! Y no me agrada estar en esta difícil posición.

—¿Qué posición? —al decir eso, acarició los suaves labios con el pulgar. Sin poder evitarlo, ella los abrió un poco más. Conor exploró aún más, acariciando la piel suave y húmeda del interior del labio—. ¿Cuántas posiciones sabes?

—Conor… —murmuró, pero antes de que pudiera decir más, los labios de Conor sustituyeron a sus dedos.

Olivia sintió pánico. Los labios de Conor habían encontrado los de ella y su mano se había posado en su cuello. No podía soportar lo que hacía. Pero se percató que lo que la horrorizaba más que Conor, era saber que ella lo deseaba tanto como él a ella.

—Suave —él presionó un poco más sus labios contra los de ella. Olivia sintió la invasión de su húmeda lengua que la llenó con su sabor seductor. Ella anhelaba sentirlo en todo su cuerpo.

Olivia trató de alejarse para protestar, pero en ese momento la camisa de Conor se abrió un poco más y Olivia pudo sentir el palpitar de su corazón, que la hizo estremecerse fuera de control. Sin poder evitarlo, ella acarició su pecho. ¿Qué le ocurría? ¿Qué era capaz de hacerla sentir?

Olivia sintió que los cojines sobre el sillón, daban de sí bajo el peso de su cabeza mientras Conor la aprisionaba entre sus brazos. Por un momento, sus labios viajaron por todo su rostro, cerrando los ojos de Olivia con besos. Ahora ella era presa de los sentimientos y las emociones que Conor le proporcionaba. Cada vez sentía que perdía más el control.

Y además se daba cuenta de lo sensible que muchas partes de su rostro eran.

Sintió que su sangre corría como nunca, y que le era muy difícil obtener oxígeno para poder recuperar el control. Sintió ahogarse entre los labios de él. Sus brazos buscaron automáticamente el cuello de Conor y se entrelazaron allí. La razón era más vieja que el tiempo mismo.

La respiración de Conor también se había acelerado, y cuando encontró los labios de Olivia otra vez, fue como un torrente que buscaba una salida. Ella pudo sentir que los dedos de Conor buscaban su cuerpo. Había encontrado la entrada de su amplio suéter y parecía buscar sus senos con desesperación. Pero la amplitud del suéter no era suficiente y él saco la mano para buscar por otro lado. Por fin, encontró la orilla del suéter y sus manos exploraron su cintura subiendo más hacia su torso.

Olivia no pudo suprimir un gemido angustiado al sentir la masculina mano sobre uno de sus senos. Como si él hubiera sentido la incomodidad que eso le causaba, bajo la mano y trató de buscar el botón de su pantalón. Al desabotonarlo, volvió a posarse sobre el seno femenino.

—¿Mejor? —murmuró él sobre sus labios. La forma en que ella se sentía era inexplicable, pero de una cosa estaba segura, si él hubiera deseado desnudarla ahí mismo, no habría podido negarle nada.

Se encontraba casi por completo bajo el cuerpo de Conor, cuando él trató de acomodarse para no perder el equilibrio y caer, sus piernas se abrieron casi automáticamente. En ese momento, ella pudo sentir su masculinidad sobre una de sus piernas. Sí, cada vez que se movía, podía percibirlo con claridad.

—¡Liv! —él suspiró y en ese momento ella se percató que también estaba temblando—. ¡Deja que te haga el amor!

Pero, a pesar de todo lo que sentía, Olivia trató de recuperar él control sobre sus emociones, y en lugar de tratar de buscar la cremallera del pantalón de Conor y bajarlo… prefirió afrontar todo el

arrepentimiento que dichas acciones le causaban.

¿Qué estaba haciendo?, se preguntaba. ¿Cómo era posible que hubiera permitido que una situación de ese tipo ocurriera?

Se sintió como un cómplice. "¡Dios mío!", pensó; no se trataba de una

"quinceañera" a quien le falta la experiencia suficiente como para saber lo que puede ocurrir cuando un hombre y una mujer se besan de esa manera, y la mujer le permite al hombre acariciarle los senos. Ella era una mujer que se había casado y divorciado, y cuyo marido había resultado ser demasiado débil como para soportar las tentaciones de la "carne".

No era posible. No existían excusas para lo que había hecho. Sobre todo, haberse abandonado a sus emociones. ¡Eso nunca le había ocurrido con anterioridad!

Ella trató de apartarse un poco. Empujó la pierna de Conor lo más que pudo y quitó los cojines debajo de ella para poder recuperar el movimiento. Tal vez había bebido más vino de lo que debería, pensó.

—¡Liv! —Exclamó Conor ante tal reacción—. ¡No hagas esto! —protestó mientras ella trataba de apartarlo de sí, poniendo sus dos manos en el rostro de él y empujándolo—. ¿Qué tratas de hacer? ¿Romperme el cuello?

—Déjame ir, Conor —un sollozo salió de su garganta—. ¡Por Dios, déjame ir!

—¿Qué ocurre! —inquirió contrariado—. ¿Acaso te lastimé? ¡Vamos, dime qué pasa! ¿Qué hice para molestarte tanto?

—¡Qué no hiciste! —Chilló mirándolo con reproche—. ¡Conor, retírate de mí!

¡Deseo levantarme!

Conor la escudriñaba sorprendido.

—¿No crees que exageras? —preguntó con suavidad, pero sin poder ocultar el disgusto que esa situación le causaba.

—Tal vez —ella respondió, deseando poder manejar la situación de la mejor manera posible—. Mira —añadió—. Como o tengo bastante más edad que tú, tendrás que aceptar que fue un error, ¡créeme!

—¡Ni tanta más edad! —él exclamó.

—Mira, yo era la amiga de tu madre —señaló Olivia, sabiendo que aun no recobrara el completo control de su cuerpo—. ¿Cómo crees que se sentiría si pudiera vernos en este momento?

—¡Vamos, Liv, tú no tienes edad suficiente como para ser mi madre! Además, me pareció que no te oponías por completo a lo que estábamos haciendo.

—¡Bueno, te equivocaste! —respondió Olivia mintiendo—. Fui una tonta al venir aquí. Debí haber hecho lo que ya había decidido. ¡Nunca debí aceptar esta segunda invitación!

—¿Así que esa era tu intención? ¿Dejarme plantado?

—Así es.

—¿Porqué?

—¿Por qué? —repitió nerviosa—. ¡Te lo acabo de decir!

—¡No! ¡Ese tonto pretexto de que eres demasiado grande para mí! ¡Es una tontería!

—Conor, es la realidad.

Sin decir nada más. Conor tomó las manos de Olivia y la inmovilizó. Después inclinándose hacia ella, la besó. Olivia se estremeció sin poder evitarlo.

—No tienes la menor idea de lo mucho que deseaba tenerte así. Solía fantasear acerca de tu aroma, de tu cuerpo… Así que no esperes que reaccione de un modo favorable cuando me dices todo esto acerca de la edad. ¡Y no esperes tampoco que yo piense que sea un error!

—¿Aunque lo sea?

—¡Yo no lo creo así! —declaró—. ¡Y antes de que me digas que eres casada, y que no debería pretender a una mujer en esa situación, déjame decirte que yo no creo en el esposo que deja a su mujer alejarse por tanto tiempo sin acompañarla!

—¿Y cómo sabes que no lo ha hecho?

—Porque Tom Drake me dijo que nadie te ha visitado hasta ahora. Y aunque no lo creas, lo último que me dijo fue que se alegraba de que te haya puesto algo de atención. El y Eva sienten un poco de pena por ti…

—¿Cómo te atreves? —demandó ella, encontrando suficiente fuerza para empujarlo—. ¿Cómo te atreves? ¿En realidad pensaste que decirme que has estado hablando de mí con el dueño del hotel me haría sentir mejor? ¡Dios mío! ¿Qué crees que soy? ¿Acaso estás insinuando que por mi problema sientes alguna clase de responsabilidad malsana?

—¡No! —exclamó—. ¡Demonios, Liv! —en ese momento se levantó y Olivia notó que su camisa estaba abierta. ¿Acaso ella había hecho eso?—. ¡No he estado hablando acerca de ti con nadie! Lo único que estoy diciendo es que… bueno, si me lo preguntas, creo que a los Drake les interesa más lo que te pasa que a ese marido tuyo.

—Pero no te lo pregunté, ¿o sí? Y ahora comprendo muy bien de lo que se trata, tú también sientes pena por mí. Dime algo más, ¿acaso Sharon sabe que estás pasando la velada, consolando a esta pobre mujer abandonada?

—¡Vaya! —respondió exasperado—. ¿Acaso no escuchaste todo lo que dije antes? ¡Ya te dije porque te invité, y Sharon nada tiene que ver! —La tomó del brazo

—. ¿Qué diablos? ¡Se trata de ti y de mí!

—Y… Stephen —comentó herida, evadiendo la mano de él—. Se

me olvidó decirte. Llegó esta tarde. Me espera en el hotel.

—¡Estás mintiendo! —repuso Conor con frustración.

—¿Por qué mentiría? —Repuso, aunque había un cierto temblor en sus palabras

—. Esa es la razón por la que no deseaba que entraras al bar. Si no lo crees, llama a Tom Drake. Estoy segura que estará feliz de poder confirmarlo.

# CAPÍTULO 7

Por suerte, Olivia no vio a Stephen sino hasta el desayuno. Había llamado a un taxi de regreso al hotel y se las arregló para subir a su habitación sin ser vista. Estaba segura de que Stephen se detuvo ante su puerta, antes de irse a su habitación, pero por suerte, tampoco trató de importunarla.

La velada había sido en verdad desastrosa, y eso sin completar el cuadro con la presencia de su ex esposo. Se sentía deshecha y no fue sino hasta mucho después, que pudo conciliar el sueño.

El problema fue que, tan pronto como cerró los ojos, la imagen de Conor apareció y ella no la podía borrar de su mente.

Olivia tampoco podía olvidar el gesto de desilusión en el rostro de Conor, al decirle que Stephen se encontraba en Paget. Ella deseó poder consolarlo en ese momento, pero sabía que era la mejor manera de terminar con esa ridícula situación.

Al fin y al cabo, ella se iría de Paget y todo volvería a la normalidad. Además, sabía que era demasiado mayor para Conor, sin tomar en cuenta el hecho de que sería una invalida para el resto de su vida. Conor necesitaba a alguien energético como Sharon, alguien que tomara lo que él deseaba dar sin pedir nada a cambio. Por otra parte, Olivia tenía mucho más qué perder que él.

Para continuar con la farsa de que su matrimonio aún estaba en buenos términos, sabía que debía fingir, así que decidió bajar a desayunar con Stephen. ¿O

acaso sería mejor irse de una vez? No era que se sintiera lista para regresar a su trabajo, pero tal vez podría hacer algún cambio de planes. Sabía que le tomaría mucho tiempo olvidarse de las emociones que Conor la había hecho sentir.

Stephen se encontraba sentado junto a la ventana, leyendo el diario.

Sin poder evitarlo, Olivia hizo la comparación de las ojeras en el rostro de Stephen con la perfección del rostro de Conor.

—¡Dios mío! —exclamó ella—. ¿Qué hiciste anoche? ¡Luces terrible!

—Gracias —respondió él. Olivia le arrebató el diario y se sentó frente a él.

Después empezó a hojearlo. Sin poder evitarlo, Stephen bajó un poco el diario para poder ver el rostro de Olivia y la interrogó:

—¿Se puede saber a dónde fuiste anoche? ¡Esperé por dos horas y finalmente mi cena se enfrió! Supongo que fue una broma de mal gusto hacerme quedar en ridículo frente a los Drake.

Olivia le arrebató el diario de nuevo y sin mirarlo, respondió:

—En realidad, ni siquiera pensé en ello. Por otra parte, no tengo que darte una bitácora de mis movimientos. Donde fui es asunto mío.

—Supongo que saliste con ese doctor y su novia, otra vez, ¿verdad? ¡Adiviné!

—Añadió él con ironía—: Ya sé todo acerca de ese doctor Brennan. Los Drake me pusieron al tanto y, claro, yo también los puse al tanto de lo bien que los conoces. Se sorprendieron mucho cuando les dije que ya los conocías con anterioridad.

—¿Les dijiste que solía vivir en Paget? —exclamó furiosa.

—Así es —respondió, triunfante—. ¿Por qué no? ¿No es un secreto, verdad?

—No tenías derecho… —ella empezó a subir el tono de su voz, pero prefirió ignorarlo y guardo silencio.

—Además, los Drake mostraron mucho interés cuando les comenté que eres la nieta de la señora Holland. ¡Oh! Y se impresionaron más cuando les dije que eres abogada. Paget no produce muchas abogadas ni otro tipo de profesionistas.

Olivia estaba sumamente molesta. Cerró los puños con fuerza para evitar saltar sobre Stephen y ahorcarlo. Era increíble que, en tan sólo una noche, él hubiera destruido el anonimato que ella había tratado de guardar.

—Sí —Stephen insistió en contarle—. Debes admitir que poseo una memoria extraordinaria. Quiero decir, cuando los Drake me empezaron a hablar del doctor Brennan, no lo reconocí. Pero después recordé que tú dijiste algo acerca de él cuando nos casamos. Recordé que su apellido era Brennan y la forma terrible en que sus padres habían muerto, y como él tuvo que ir a vivir a Estados Unidos. Tan pronto cuando el señor Drake mencionó que él había venido de Estados Unidos, puse a trabajar mi mente, y ya ves, di en el clavo.

—Muy astuto —concedió Olivia y agregó—: ¿Y acaso les dijiste a los Drake que tú eres una rata, quien ha estado engañando a su jefe con su propia esposa?

La expresión de Stephen cambió. Era un cínico.

—¡Cuidado con lo que dices! ¿Qué tal si Harry mandó a alguien para que me espiara? Fue tan fácil saber dónde te encontrabas, solo le ofrecí dinero al portero del edificio donde vives para que me diera la dirección que habías dejado en caso de emergencia. Esta es una emergencia, y estoy seguro que Harry podría hacer lo mismo.

—¿Y? —Repuso molesta al saber que el señor Parkinson se había prestado a tan sucia trampa—. ¿Por qué habría de preocuparme lo que te ocurra? ¡Harry me haría un favor si te cerrara la boca para siempre!

—Vamos, ¿no quieres decir eso, Ollie?

—¿No? —Lo miró con curiosidad y añadió—: ¿Lo crees acaso

capaz de algo…

criminal?

—¡Sólo Dios sabe! —respondió—. Creo que sería capaz… O tal vez no iría tan lejos, pero estoy seguro que me haría pagar muy caro.

—Oh, Stephen…

—Bueno, es verdad Ollie. Y tú sabes bien que no puedo soportar el dolor físico.

Imagínate, ni siquiera soporto ver sangre sin desmayarme. Aquella vez que te fui a visitar al hospital, cuando tenías tubos y jeringas sobre casi todo el cuerpo, no pude resistirlo y saliendo volví el estómago. ¡Ya me imagino si los matones de Darcy me pusieran una mano encima!

—Oh, ¡cállate!

Ella no podía soportar escucharlo. Pero tampoco deseaba sentir ninguna responsabilidad si algo le ocurría. No deseaba imaginarlo todo golpeado por esos vagos.

La señora Drake apareció para tomar sus órdenes.

—¡Qué bien que ya está aquí, señora Perry! —Exclamó, y mirando a Stephen continuó—: Su esposo estaba muy preocupado por usted anoche. Desaparecer así nomás, sin decir nada. ¡Además, yo preparé un platillo especial de pollo para ustedes dos!

—¿De veras? —Olivia respondió apartando el diario—. Bueno, me temo, señora Drake, que el señor Perry se está volviendo algo olvidadizo. Le dije que tenía un compromiso para cenar. Debió haberlo olvidado.

—¿Habla en serio? —la señora Drake se volvió hacia Stephen y Olivia se sintió muy satisfecha de haber hecho lo que él hizo antes con ella.

—Sí, creo que algo me dijo… pero me confundí… —trató de explicar sonrojado.

La señora Drake no pareció convencerse mucho, pero sabía que ese no era su lugar, así que tomando sus órdenes, desapareció.

—¡Vaya, ahora soy tu "chivo expiatorio"! Por lo menos pudiste invitarme también para poder hacer un cuarteto "amistoso". Te aseguro que eso es lo que piensan los Drake.

—En realidad no me importa lo que piensen los Drake —repuso ella cortante, y tomando el diario de nuevo, le advirtió—: Sugiero que vayas pensando la hora en que te marches. Creo que después del desayuno será lo más apropiado.

—¿De veras? —Respondió con seriedad y después de encoger los hombros, completó—: Bueno, supongo que deberé marcharme tarde o temprano. Tengo una cita en Eastbourne a las tres y media.

Olivia trató de aparentar calma. Stephen no lo sabía, pero una vez que él se marchara, ella también haría nuevos planes, solo que esta

vez nadie sabría a dónde se iría.

Se encontraba mirando a través de la ventana mientras Stephen devoraba un par de huevos, acompañados con salchicha y papas, pensando en pedir otro café, cuando alguien entró. Ella lanzó un pequeño gemido y Stephen se distrajo:

—¿Te quemaste la boca? ¡Me alegro, Ollie! Deberías comer algo más, creo que lo necesitas.

Olivia alejó la vista de la boca grasosa de Stephen para posarse en la bronceada tez de Conor. "Oh, no", ella pensó. ¿Qué hacía Conor ahí? ¿Y por qué le parecía escuchar campanas en su cabeza?

Al ver la expresión en el rostro de Olivia, Stephen se percató de que no estaban solos. Cuando Conor llegó hasta su mesa y se detuvo frente a ellos, tomó una servilleta y limpiándose la boca con nerviosismo se volvió a él y exclamó con frialdad.

—¿Qué desea?

Olivia se dio cuenta del terror que Stephen experimentaba. Era Obvio que no sabía de quién se trataba. El contraste entre el rostro tranquilo y seguro de sí, de Conor, y el de Stephen, era en realidad como un océano.

—Pregunté, ¿qué desea? —repitió Stephen y trató de levantarse titubeando.

Pero antes de que terminara de hacerlo, Conor habló con resolución.

—Soy Conor Brennan —repuso con calma, ofreciendo la mano—. Un amigo de… su esposa. Y usted debe ser Stephen.

Olivia recordó lo que le había dicho a Conor. ¿Pero acaso había sido necesario ir al hotel? ¿No pudo llamar para investigar si era verdad que el esposo de Olivia se encontraba en Paget también?

Stephen ofreció su mano casi automáticamente, pero no le quitó los ojos de encima, al estrechar las manos, dijo:

—Usted es… el doctor Brennan. ¿Usted es el amigo de la familia de Ollie, con quien cenó ayer?

—Así es —respondió él, volviendo a poner las manos dentro de los bolsillos de su chaqueta negra. Olivia notó que el resto de su ropa también era negra y que no usaba corbata. Aún así, lucía mucho mejor que Stephen con su traje de negocios.

—Me dijeron que acaba de llegar de Londres —Conor continuó—. ¿Acaso se quedará por mucho tiempo?

Stephen frunció el ceño y miró a Olivia. Ignoraba si le había dicho a Conor acerca de su divorcio.

—Stephen se irá después del desayuno —indicó ella antes de que el pudiera cambiar sus planes de nuevo. Cuando Conor la miró, se sintió por completo mareada.

—¿De veras? —Inquirió Conor sorprendido, y mirando otra vez a

Stephen continuó—: "Una visita de doctor", como le llaman.

Stephen titubeó un momento y después, sentándose de nuevo, continuó:

—De cierto modo. Bueno, necesitaba venir a ver cómo le estaba yendo a mí…

esposa. Le agradezco mucho que la haya cuidado, doctor Brennan. Ollie ha sufrido bastante recientemente, y no hay muchos jóvenes como usted, que deseen pasar una velada con una vieja amiga de su madre.

El rostro de Olivia se ruborizó. Sabía que era mayor que Conor, pero Stephen no tenía derecho a hablar de ella de esa manera.

Por suerte, Conor fue el que intercedió por ella.

—Es un placer —respondió—. Por otra parte, yo no trato a Liv como una vieja amiga de mi madre. Verá usted, crecimos juntos.

—Oh, vamos —Stephen alegó—. ¿No cree que su gentileza es demasiada? Ollie es mucho más grande que usted.

El rostro de Conor se endureció al responder:

—Bueno, no creo que nadie lo pudiera acusar de demasiada gentileza, ¿verdad?

—la amabilidad de las palabras de Conor hizo que Stephen titubeara sin saber cómo tomar dicho comentario. Pero al ver a Conor de pies a cabeza, prefirió ser discreto y murmuró:

—Bueno, no tiene caso negar los hechos. "Decir siempre la verdad", ese ha sido mi lema toda mi vida. Y creo que no me ha ido tan mal.

—¿Es verdad lo que dice? —inquirió Conor muy molesto—. Entonces, estoy seguro que apreciará que le diga otra verdad: tal como puedo ver, a usted no le importa más que sí mismo.

Stephen se quedó boquiabierto. Esta vez era difícil pretender que no había sido insultado. Se puso en pie mientras el corazón parecía salírsele del pecho.

—¿A quién diablos crees que le hablas? —demandó incrédulo. Mira… —se limpió con la servilleta y la arrojó sobre la mesa—. Desconozco las mentiras que Ollie te ha estado diciendo hijo. Pero créeme, no sabes lo que dices.

—¿De veras?

Conor había sacado las manos de los bolsillos y lo miraba de pies a cabeza con insolencia. Olivia deseaba morir. ¿Qué diablos se proponía? Sabía que Stephen era un cobarde, pero si lo provocaban, pelearía, eso era un hecho.

—¿Qué tratas de hacer? —Stephen gruñó—. ¿Quieres pelear? ¿Por qué, qué significa Ollie para ti?

—¡Basta! —Olivia se puso en pie y se interpuso entre ellos—. ¡Ni siquiera son las nueve de la mañana! ¿Se dan cuenta de ello? ¡Ni siquiera tienen la excusa de que han bebido! ¿Cómo creen que la

señora Drake va a reaccionar si los encuentra aquí, discutiendo de ese modo?

—¡No es mi culpa! —exclamó Stephen, Y aunque sabía que Conor la estaba defendiendo, se daba cuenta de que él había empezado—. ¡Es mejor que le digas a tu novio que se disculpe!

—¡Ni en un millón de años! —Repuso Conor—. ¡Todo lo que dije es verdad!

Stephen lo miró incrédulo. ¿Qué trataba de hacer Conor? ¿Provocar a Stephen para que lo atacara primero?

—Creo que es mejor que te marches —dijo Stephen. Era evidente que no estaba dispuesto a pelear—. Te haré un favor y pretenderé que esto nunca ocurrió. Pero si deseas seguir trabajando en este país, te sugiero que hagas lo mismo.

—¿Y eso por qué? —preguntó Conor con una sonrisa.

—Pensé que era obvio para ti —contestó Stephen levantando la cara—. La Asociación Médica Británica no contrata a médicos que se comportan como vagos atacando a ciudadanos pacíficos.

Conor encogió los hombros, indicando que sus manos se encontraban en los bolsillos de su chaqueta.

—¿Acaso te estoy amenazando? No puedo evitar que no te guste tu propia medicina.

Stephen miró a Olivia con resentimiento y le dijo:

—¿Qué demonios le has estado diciendo? —demandó—. ¡Por Dios! Sabes bien que yo no fui culpable por tu accidente. Si hubieras pasado menos tiempo en la oficina y más tiempo contigo, no te encontrarías en este problema.

Olivia puso la mano sobre su cuello. No sabía si sentirse agradecida o molesta por lo que Stephen había entendido. Pero antes de que pudiera decir palabra, Conor le dijo:

—Trae tu abrigo, Liv —y la miró a los ojos—. ¡Vamos! Te esperaré en el auto.

—¿Mi… abrigo? —preguntó confusa.

—Sí. Te llevaré a otro lugar —respondió mirando a Stephen—. No te preocupes, no lo tocaré en tu ausencia.

—¡Claro que no lo harás! —exclamó Stephen furioso, pero Olivia sabía que nada haría. Ya había tenido oportunidad y no la había tomado. De cualquier manera estaba determinado a decir la última palabra—. ¡Vaya, vaya, así que las cosas están así!

—¡Cállate, Perry! —exclamó Conor con tranquilidad, pero con firmeza. Después miró a Olivia—. ¿Bueno, qué estás esperando?

—No creo que… —repuso ella con timidez.

—No es necesario que lo creas —respondió Conor, desesperado—. ¿O prefieres que yo vaya por él?

—No… —dijo y los miró—. No, yo lo haré.

Pero la situación no estaba por completo en sus manos.
Conor la siguió a través del corredor.
—No te tardes —dijo y se dirigió hacia la puerta.
Olivia estaba retocando el lápiz labial cuando la puerta se abrió y Stephen entró furioso. Sin poder decir nada, se volvió y lo enfrentó.
—¿Por cuánto tiempo has salido con él? —demandó.
—¡No salgo con él! —Respondió ella tomando su cepillo para el cabello—. ¡Sal de mi habitación, Stephen! ¡No tenemos nada de qué hablar!
—No lo creo así —dijo haciendo un movimiento agresivo, pero dándose cuenta de que no era lo mejor, metió las manos en los bolsillos y continuó—: ¿Tienes prisa, verdad? Yo también la tendría si alguien lo suficientemente joven para ser mi hija me estuviera esperando.
—¡Eres un animal!
—¿De veras? Y yo me preguntaba por qué habías venido a este lugar olvidado por Dios. Ahora entiendo a la perfección.
—¿Puedes salir de mi habitación? —insistió—. ¡Y no creas que todos son como tú! Conor y yo somos amigos. ¡Eso es todo! Un hombre y una mujer pueden tener una amistad, aunque no creo que tú sepas nada al respecto.
Aún así, al decir eso, Olivia pensó en lo que había sucedido entre ellos la noche anterior. No era un encuentro entre "amigos".
—Sólo para tu información, Stephen, cuando llegué a Paget ni siquiera sabía que Conor había regresado. Pensé que la casa de los Brennan había sido vendida hacía años. Pero no fue así.
—¿Y te lo encontraste casualmente?
—Si.
Stephen se quedó en silencio por un momento. No sabía si creerle o no.
—Muy bien —repuso al fin—. ¿Entonces, qué ocurre?
—¿A qué te refieres?
—¡Vamos, no puedes pretender no saber lo que él busca en ti!
—Stephen, por favor.
—Bueno, es la verdad —continuó Stephen—: Pero creo que te engañas a ti misma si crees que te toma en serio. No es que te quiera herir, Ollie, pero eres una mujer madura y no te ha ido muy bien. ¡Claro, tienes un cabello muy hermoso y también los ojos, y… solías tener piernas hermosas también…!
—Gracias —Olivia lo detuvo antes de que dijera más. Se sentía furiosa por permitir que algo que Stephen dijera la molestara.
—Bueno —añadió encogiendo los hombros—. Lo único que trato de decir es que no creo que te tome en serio. Quiero decir, él es joven y… muy apuesto, hasta yo lo admito. Pero Ollie, tienes que ver la

verdad, se conocen desde que eran pequeños, es muy probable que sienta lástima por ti. Tal vez piense que la vida no te ha tratado muy bien. Tal vez tenga un poco de razón en pensar que te abandoné cuando más me necesitabas. Pero, bueno… no sabía cómo iban a resultar las cosas. Yo nunca quise el divorcio, ¿recuerdas? Espero que le hayas dicho eso.

—Creo que es tiempo de que te marches, Stephen.

—Muy bien. Pero debes reflexionar en lo que te dije. Eres una mujer inteligente y sabes que tengo razón.

—Stephen…

—Muy bien, ya me voy —se dirigió hacia la puerta—; ¿Nos veremos después?

Ella no respondió. Cuando cerró la puerta, sintió que las la grimas se agolpaban en sus ojos. "¿Por qué debía tener la razón?", pensó con tristeza y sollozó.

# CAPÍTULO 8

Al pensar que Conor se impacientaría y subiría por ella, Olivia tomó su abrigo después de recogerse el cabello en la nuca y se dirigió hacia abajo. Pero no se iría con él. Le diría que se sentía indispuesta y regresaría a su habitación.

El Audi estaba estacionado a la entrada del hotel. Cuando ella salió de inmediato, Conor abrió la puerta.

—Entra —repuso con rapidez.

—No —ella retrocedió—. Sólo vine a decirte que tengo jaqueca y prefiero recostarme un rato en mi habitación.

—Dije que entraras —repitió con una mueca—. ¿O deseas que te obligue a hacerlo?

—¡No te atreverías!

Conor no respondió y salió del auto decidido a hacerlo.

—Está bien —Olivia y se sentó en la parte delantera.

Tan pronto como ella entró en el auto, Conor puso el pie en el acelerador como para prevenir que a ella se le ocurriera otra cosa.

—¿Estás loco? —exclamó, asegurándose el cinturón.

—Disculpa —observó y dejó de acelerar—. ¡No sé qué estoy pensando! ¿Es esta la razón por la que no quisiste que te trajera anoche? ¿Manejo muy rápido?

—Sabes muy bien por qué preferí tomar un taxi —repuso y Conor encogió los hombros.

—¡Ah, sí! Porque bebí un poco y tú no deseabas que me quitaran la licencia.

Olivia lo miró sin decir nada, después le preguntó:

—¿Por qué viniste al hotel? ¡Sabías que Stephen estaría aquí! ¿Qué tratas de probar?

—Que no eres feliz con él —respondió—. Ya sé que estás molesta, pero Liv, yo no empecé.

—¿Es una broma?

—No —frunció el ceño—. ¡Caray Liv!, ¿cómo pudiste casarte con ese tipejo?

—No es como piensas. Es sólo que a veces no razona —repuso ella sabiendo que Conor tenía razón.

—¡Es de lo peor! —Exclamó Conor—. Cuando dijo lo del accidente, tuve que contenerme para no golpearlo.

—Sí, tienes razón —declaró Olivia sin pensar—. Bueno, todos sabemos lo que es. Pero no es tu problema.

—¿Y si deseo que lo sea?

—No puedes

—¿Por qué no?

—No tienes ningún derecho de haberle hablado así. En realidad tú fuiste el que lo provocó. Y además, él tiene razón, no creo que a la Asociación Médica Británica le guste tu proceder.

—Al diablo con ellos —clamó, impacientado—. Y en cuanto a tu esposo, creo que actué como un caballero, dadas las circunstancias.

—¿Qué circunstancias?

—Lo que pasó anoche.

Olivia miró a través de la ventana, rehusándose a aceptar las palabras de Conor.

Habían salido de Pager y se encontraban sobre el camino hacia la costa, dirigiéndose a Witterthorpe.

—¿A dónde me llevas?

—Liv… —Conor soltó una mano del volante y tomó la de Liv, que estaban sobre su regazo—. Liv… no me desprecies. Necesito saber lo que sientes por ese…

Stephen.

Olivia sintió los dedos de él rozar sus piernas. En ese momento anheló que él la tocara ahí… en ese centro de emoción que había tocado la noche anterior. ¿Qué diablos le pasaba? nunca antes se había sentido así.

—¡Dímelo, Liv! Tengo derecho a saberlo.

Las palabras de Conor interrumpieron su divagar. De repente, empujó la mano de Conor y cerró las piernas con fuerza.

—En lo que a mí concierne, no tienes derecho alguno. Ahora, ¿me vas a decir a dónde me llevas, o se trata de otro de tus tontos juegos?

—Debo ir a la clínica.

—¿La clínica de rehabilitación?

—Así es. Pero, no te preocupes, no me tardaré. Sólo debo ver a un paciente al que no pude atender ayer.

—¿La emergencia? —preguntó recordando lo que Conor le había dicho el día anterior—. ¿Qué pasó? ¿Puedes contármelo?

—Claro —respondió—. Pero tal vez no te interese.

—¿Por qué no?

—¡Vamos! Acabas de decirme que no te interesa nada acerca de mí. Que todavía estás interesada en tu esposo y que es mejor que te olvide porque no podré acercarme más a ti. Si esa es tu decisión debo respetarla, a pesar de lo que ocurrió anoche, y de que estoy casi seguro que tú me deseas tanto como yo. Eres casada y creo que debo respetarte.

Olivia se acomodó el cuello de la blusa que vestía, una blusa de color crema que hacía juego con una chaqueta café. Sobre ésta llevaba el abrigo.

Esa era la razón por la que sentía tanto calor de repente. Sí, era la

ropa, el abrigo, el auto. Todo, menos lo que Conor acababa de decir, algo que la llenaba de tristeza, ya que parecía que él se estaba arrepintiendo.

—¿Verdad? —preguntó él mirándola, y ella asintió.

—Así es —murmuró volviéndose hacia el camino, desconcertada. Eso era lo que deseaba, ¿o no? ¿Por qué no usar a Stephen, tal como él la usaba a ella para salir de sus aprietos?

La clínica se encontraba en la periferia del pequeño pueblo. Había sido una clínica ginecológica, mucho antes de ser usada como centro de rehabilitación, le informó Conor.

—Bueno, la clínica no es precisamente un lujo —añadió, estacionándose frente a la entrada—, Es mejor que bajes, puedes esperarme en la oficina.

Ella entendió lo que Conor trataba de decir al entrar al lugar. A pesar de que las paredes habían sido pintadas recientemente, los corredores y pabellones todavía conservaban un aire Victoriano. Olivia imaginaba cuánto costaría la calefacción para calentar todo ese espacio. Por otra parte, un olor a antiséptico llenaba el lugar, trayéndole memorias no gratas a su recuerdo.

Conor la miró y entendiendo lo que ella sentía añadió: —Después de todo, tal vez sea mejor que aguardes en el auto.

—Está bien —repuso, cerrándose el abrigo—. ¿Dónde está tu oficina? Espero que tengas calefacción.

La recepcionista saludó a Conor con amabilidad, pero a Olivia la miró de pies a cabeza. Tal vez pensaría que se trataba de otra paciente.

El corredor estaba alfombrado, tal vez para mejorar la imagen. Conor caminó más rápido que Olivia y después se detuvo para aguardarla. Ella lo alcanzó casi de inmediato.

—¡Qué idiota! —repuso él—. Debes pensar que soy muy cruel. Esa es la razón por la que palideciste al entrar. Debí haber imaginado que un lugar así te traería memorias que prefieres enterrar.

Olivia metió las manos en los bolsillos de su abrigo y comentó calmada:

—No te preocupes, no voy a morir de la impresión.

Conor la tomó del brazo y caminando hacia la oficina, añadió:

—Bueno, por lo menos, tengo un calentador eléctrico en mi oficina.

En el camino, Conor habló con algunos colegas. La conversación fue muy rápida, hablaban de un chico que había tratado de suicidarse el día anterior.

Aparentemente, había tomado una droga llamada "crack".

A pesar de la seriedad de la situación, Olivia no pudo dejar de mirar a Conor con un sentimiento de orgullo. Habló con los otros con

naturalidad y gran confianza en sí mismo. Las dos mujeres eran mayores que él, pero parecían muy interesadas en la opinión del joven doctor. Olivia se percató que la edad no era sinónimo de habilidad o inteligencia, y sin querer, pensó en Stephen.

Ella se preguntó si las dos doctoras sentían curiosidad por saber su identidad.

¿Acaso ellas serían algunas de las "come hombres" que Sharon había mencionado? Lo dudaba, era mucho más probable que Sharon la estuviera advirtiendo, aunque no de un modo muy sutil.

De cualquier forma, las doctoras se despidieron antes de que ella pudiera ser presentada y por fin llegaron frente a una puerta con un letrero que decía: C.

Brennan. M. D.

Sin poder contener la emoción, ella pasó la mano por el letrero, Sally y Keith estarían muy orgullosos de su hijo. Pero al darse cuenta de la inescrutable mirada de Conor, escondió sus emociones y bajó la mano.

Su oficina era muy diferente, mucho más agradable que el resto de la clínica.

Había carteles en las paredes, y la alfombra era de un color muy atractivo; también había un escritorio y dos sofás, una planta artificial y varios adornos que le daban un aire de apartamento más que de consultorio.

—Está muy bonito —repuso ella mirando a su alrededor, en especial a las plantas—. ¿Acaso… Sharon te las dio?

Conor la miró impaciente y respondió:

—¿Cómo? No, claro que no. La planta artificial ya estaba aquí cuando yo llegué y la tía Elizabeth me envió la otra, la Navidad pasada; para que me recordara nuestro hogar, afirmó. Todavía cree que Florida es mi hogar.

—¿Y tú?

—¡No! ¡Creo que ya te lo dije, Paget es mi hogar y siempre lo será! Bueno, ahora debo irme. Estarás bien aquí. Le diré a una de las enfermeras que te traiga café.

Olivia titubeó y comentó:

—No pude evitar escuchar lo que estabas diciendo. ¿Es verdad que uno de tus pacientes ingirió una sobredosis?

—Así fue —le respondió.

—Pero… —ella encogió los hombros—. ¿Cómo sucedió?

—Alguien le dio la droga.

—¿Alguien del hospital?

—Es muy posible.

—¿De veras? —preguntó sorprendida.

—Con dinero puedes hacer todo —él se dirigió hacia la puerta—.

No tardaré.

Olivia lo siguió sin poder evitarlo y preguntó:

—¿Hay algún peligro?

—No para mí —le aseguró él, poniendo un mechón del cabello de Olivia tras su oreja—. ¿Me esperarás, verdad?

—¿Acaso tengo otra elección?

—Bueno, podrías llamar un taxi —repuso seriamente.

Tero no lo harás ¿verdad? Me darás el placer de llevarte a casa ¿No es así?

Después que Conor se fue, ella pensó en todas las respuestas que le pudo haber dado. Parecía que las cosas no eran justas para Stephen, al pensar en lo que Conor opinaría, le parecía que no era muy correcto lo que había dicho.

Pero, por otra parte, era casi imposible sentir respeto alguno por Stepnen. La manera en que se había comportado era sumamente reprobable. En realidad, lo único que la frenaba dar rienda suelta a sus emociones era la memoria de Sally, pero parecía que empezaba a serle muy difícil hacerlo, en especial, cuando Conor se encontraba cerca.

Encendió el calentador eléctrico y se sentó frente al escritorio de Conor, justo cuando la puerta se abrió. De inmediato, vio el rostro de una mujer.

Era una mujer madura, probablemente de cincuenta años, imaginó ella. Su cabello estaba teñido de rubio con mechones grises. Vestía un mono blanco que revelaba una blusa en un tono de brillante rosa, acompañado por tacones bastante altos, como para el tipo de trabajo que parecía desempeñar. Traía un vaso desechable con café, que al colocar sobre el escritorio de Conor, con un movimiento torpe, hizo que un poco de su contenido cayera sobre los papeles de éste.

Olivia sacó un pañuelo de su bolsa y trató de limpiarlos de inmediato, pero en ese momento se percató de que la mujer parecía muy familiar. Le pareció que la había visto antes. De inmediato supo que se trataba de la madre de Sharon. La señora Drake le había comentado que trabajaba en la clínica. Y la hostilidad de sus acciones le aseguraron que estaba en lo cierto.

—Gracias —repuso de todas formas y titubeó acerca de saludarla o no, pero antes de que pudiera decidirlo, la mujer habló:

—Leche, pero no azúcar —indicó señalando el contenido del vaso —. No tenemos azúcar dentro de la clínica por razones obvias. Pero creo que Conor guarda algunos sobres de azúcar en su cajón, si desea una poca.

—No —respondió Olivia, arrojando el pañuelo empapado dentro del cesto de basura—. Así está bien. No tomo azúcar.

—Eso pensé —observó la mujer, con la misma discreción de su hija —. Aún así, no mucha gente lo hace en estos días. Es como el cigarro.

Está pasando de moda.

Olivia pensó decirle que su decisión nada tenía que ver con la moda, pero no deseaba meterse en problemas.

—Usted es la señora Perry, ¿verdad? —La mujer se atrevió a preguntar—: Sharon me dijo todo acerca de usted, a propósito, yo soy la madre de Sharon, la señora Holmes.

Olivia no supo qué decir o hacer, pero pensó que tal vez la mujer esperaba que dijera algo acerca del café que le había traído. Tomo el vaso entre sus manos y bebió un pequeño sorbo. —Mmm, está sabroso —afirmó. La señora Holmes se cruzó de brazos y agregó: —Sharon me dijo que está pasando sus vacaciones en Paget —se atrevió a decir y Olivia deseó que se marchara en ese momento—. Es un lugar extraño para vacacionar, ¿no lo cree así?, quiero decir, en esta época del año.

Olivia tomó otro sorbo de café, en realidad no era tan bueno como había dicho, pero le dio tiempo para pensar en la respuesta:

—Bueno —indicó por fin—. Yo solía vivir aquí y me pareció un lugar muy bueno para relajarme.

La señora Holmes suspiró y dijo:

—Bueno, creo que hay otros lugares mejores —murmuró. Después, volviéndose a ella, continuó—: imagino que le agrada ver a Conor otra vez. Imagino que ha notado un gran cambio en él. Tan sólo era un niño cuando lo vio por última vez. ¿No es verdad?

—Algo así —declaró Olivia después de unos momentos. ¿Acaso la señora Holmes había decidido hacerse cargo de Conor?

—¡Claro! Todos lo queremos mucho aquí —el atrevimiento de la mujer empezaba a colmar los nervios de Olivia—. El profesor Marshal, el administrador, habla maravillas acerca de él. Desea que se quede aquí, claro. Conor tiene… tiene…

oh, usted sabe… le es fácil comunicarse con los pacientes. Es el único con quien hablan cuando no desean a nadie más. Tal vez es porque, bueno, su edad es muy cercana, ¿no lo cree usted así?

—Sí, claro.

Olivia no podía soportar la algarabía de esa mujer, quien continuó:

—¡Claro! algunas veces uno olvida lo joven que él es. Pero muchas veces nos ha hecho reír a carcajadas al contarnos acerca de sus días de estudiante. Sus tiempos de interno, ¡es un milagro que sus pacientes hayan sobrevivido!

Olivia terminó el café de un trago. Sentía deseos de abofetear a la mujer. Arrojó el vaso al basurero y sintió deseos de pedirle a la mujer que lo vaciara, pero no lo hizo, pensó que sería demasiado cruel.

Pero la forma en que la mujer parecía defender a Sharon. Su manera deliberada de recalcar que ésta salía con Conor. ¿Por qué molestarse? Se preguntó irritada, ¿es que acaso la consideraban una

amenaza?

—Bueno, señora Perry —la mujer dijo—: Fue un placer hablar con usted, pero debo regresar a mis labores, no puedo perder el tiempo platicando con usted.

"De cualquier manera, ¿quién se lo pidió?", pensó Olivia tratando de sonreír.

—¿Conor la trajo? —Preguntó la señora Holmes, al acercarse a la puerta—.

Olivia no supo qué responder. ¿Qué excusa había dado Conor para tenerla allí?

—Así es —murmuró Olivia—. Debía ver a un paciente.

—¡Ah, a Stuart Henley, claro! ¡El muy tonto casi se mata inhalando una revoltura de "crack" y polvo para hornear! ¡Su corazón se detuvo por un momento! Si no hubiera sido por Conor, estaría muerto.

—¿Pero, está bien ahora? —preguntó Olivia, alarmada.

—Bueno, por lo menos todavía está vivo —respondió la madre de Sharon como si ella hubiera ayudado a salvarlo—. ¡Ya sabe la juventud, a veces actúan sin pensar!

¡Gracias a Dios que mi Sharon nunca fue así!

—Mmm…

Por suerte, la señora Holmes abrió la puerta y salió.

—Es mejor que me marche. Tengo trabajo que hacer.

—Estoy segura de ello —repuso Olivia, tratando de sonreír.

—Pídale a Conor que la invite a tomar el té con nosotros uno de estos días —

finalizó—. Le diré a Sharon que lo prepare. ¡Estoy segura que al padre de Sharon le encantara conocer una vieja amiga de los padres de Conor!

# CAPÍTULO 9

Cuando Conor regresó, Olivia estaba de pie mirando a través de la ventana. La madre de Sharon la había enfurecido tanto que no podía esperar para salir de ahí.

Sabía que era una tonta, que no debía permitir que esa mujer la influenciara.

Pero el último comentario acerca del padre de Sharon la sacó de sus casillas. ¡Por Dios, no era tan mayor! Si aún Sally y Keith vivieran, tendrían cuarenta y seis y cuarenta y ocho respectivamente. Ella tenía treinta y cuatro. Ocho años mayor que Conor, pero no de la edad de sus padres.

Cuando Conor entró, supo de inmediato que algo la molestaba y le preguntó:

—¿Que pasa? ¿Acaso nadie te trajo café?

—¡Oh sí! ¡Una señora Holmes lo hizo! —Después sonrió con ironía —. Creo que sólo deseaba conocerme en persona.

—¡Oh no! —Exclamó Conor—. ¿Cómo diablos supo que estabas aquí?

—¡Quién sabe! ¿Estás listo para marcharnos? Porque si no, yo…

—Estoy listo, estoy listo —respondió y mirando hacia el escritorio, agregó—: imagino que regresara más tarde por la bandeja.

—¿Cuál bandeja? —inquirió—. ¡No se necesita bandeja para un vaso desechable!

Conor exhaló molesto.

—Connie debe haber estado desesperada —caminó hacia el escritorio, tomó el expediente que Olivia había tratado de secar y, después de revisarlo, preguntó—:

¿Qué hizo? ¿Acaso te arrojó el café?

—Algo así —repuso ella, tratando de sonreír—. ¿Algún documento importante se estropeó?

—No, pero créeme, le pedí a una de las enfermeras que te trajera café, café de verdad y no esa porquería de la máquina.

—No importa. ¿Cómo está él?

—¿Cómo sabes que es "él"?

—Hasta sé su nombre. Tu "señora Holmes" es muy comunicativa.

—No es "mi señora Holmes".

—Bueno, la madre de "tu Sharon", entonces —declaró—. Una vez que se aseguró de que no represento una amenaza para tu relación, se tornó amigable.

—¿De veras? —inquirió Conor con una mueca.

—Sí, claro. Hasta me invitó a tomar el té en su casa. Me dijo que tú

y Sharon lo prepararían.

—No lo creo.

—¿No? ¿Por qué no?

—Porque no pienso ver más a Sharon —respondió y puso las manos sobre los hombros de Olivia—. Si fuera tú, trataría de no buscar motivos para discutir.

Olivia se alejó de inmediato de él y se sintió desilusionada porque no intentó detenerla. Se ruborizó y cambió el tema.

—Bueno, no me dijiste como está tu paciente.

—Todavía tiene el respirador, y sus signos vitales son estables —respondió, levantando el expediente de la mesa.

—¿Y averiguaste de dónde sacó la droga? —preguntó y Conor la miro como si supiera lo que se proponía hacer hablando de otras cosas.

Aun así le explicó que los pacientes también recibían visitas y muchas veces, éstas eran las causantes.

—Tal vez nunca sepamos su procedencia —y dirigiéndose hacia la puerta, agregó—: Así que vamos por un verdadero café. Y tal vez yo también tenga la oportunidad de escuchar algo de la madre de Sharon.

Olivia había olvidado lo frío del ambiente fuera del consultorio, se alegró de llegar al auto y entrar. Después Conor se sentó al lado de ella y preguntó:

—¿Ya estoy perdonado?

—¿Por que? —inquirió ella con sorpresa.

—Poniendo en marcha el auto, explicó:

—Bueno… por haber molestado a tu esposo.

—Ah —ella se sorprendió aún más y agregó—: Tal vez le debieras preguntarle a él.

—No deseo preguntárselo. Tal vez lo debí poner de otro modo. No me arrepiento por lo que dije, cada palabra es la verdad. Pero… bueno, es obvio que tu matrimonio no anda muy bien y creo que lo único que hice fue empeorar la situación.

—Apuesto que sí.

—No es nada personal, pero he ayudado a muchos adultos y comprendo bastante bien ese tipo de problemas.

—¿Y qué se supone que debo perdonar?

—No lo sé. Cambiaste mis palabras tanto, que ya no sé ni lo que quiero decir.

—Entonces, creo que es mejor no hablar del tema —repuso ella y poniendo su atención afuera del auto exclamó—: Mira, está empezando a nevar.

—Yo creo que es mejor hablarlo. Si es verdad que tú y Stephen no tienen problemas, ¿por qué aceptaste cenar conmigo anoche?

—Está bien —respondió suspirando—. Supongo que te lo debí

haber dicho antes.

—¡Vaya Liv! Deja de tratarme como a un idiota. Sólo quiero decir que si no eres feliz con él, debes hacer algo al respecto.

—¿Por qué?

Olivia mantuvo la mirada a través de la ventana, pero pudo oír la respiración de Conor.

—Por nosotros —repuso—: Porque si hay alguna posibilidad de que te divorcies, lo quiero saber.

—¿De veras? —Inquirió tratando de parecer irónica—: ¿Acaso deseas aconsejarnos durante el divorcio?

—¡Liv! —exclamó, exasperado—. ¡No me hagas esto! ¡Sabes bien a qué me refiero! ¡Tienes que saber lo que siento por ti! ¡Te lo he tratado de decir desde que cumplí dieciséis años!

—¡No! ¡Basta Conor, no es muy divertido!

—¿Y tú piensas que yo creo que lo es? ¡Vaya Liv, ni siquiera puedo recordar un tiempo en que no formaras parte de mi mundo! ¡Está bien, tenía que madurar y creo que lo he hecho! También acepto que cuando vine a Londres me porté como un perfecto idiota. Pero ahora me doy cuenta de ello porque he recapacitado, en ese tiempo creí saberlo todo.

—¡Oh Conor!

—Ahora escúchame, Liv. Sé muy bien que actué como un tonto. Y también hice cosas de las que no quiero ni acordarme. Pero todo eso está en el pasado, ahora soy un hombre y sé muy bien lo que quiero.

—Pero no yo…

—¿Por qué no? —demandó mirándola—. Además, no creo que no sientas nada por mí.

—Bueno, claro que siento algo por ti…

—¿De veras?

—… pero no… no de esa forma —protestó, ansiosa por convencerlo y convencerse a sí misma—.Conor, lo que ocurra entre Stephen y yo, creo que no debe afectar tu vida.

—¿Ah no?

—No.

—¿Porque soy demasiado joven?

—Sí —ella respondió con un suspiro.

—¡Estás loca!

—¡No, no lo estoy! ¡Mira Conor, no sé por qué te digo esto, pero aparte de cualquier otra cosa, estoy segura de que ya notaste que… que… nunca volveré a caminar como antes!

—¡Esa es la excusa de Stephen, no mía! —repuso desesperado.

—¡Oh Conor! —Olivia no podía soportarlo más—. Por favor, sólo llévame a casa.

La nieve caía copiosamente ahora. Los limpiadores parecían tener

problemas para cumplir con su cometido. Ella cubrió parte de su rostro con el cuello de su suéter y permaneció en silencio. Sería muy fácil aceptar lo que él decía. Era hermoso pensar que pudiera ser realidad.

Pero, aunque podía aceptar que Conor se sentía atraído por ella, no creía posible que hubiera jugado ese papel tan importante en su vida. En los nueve años que habían transcurrido desde la muerte de sus padres, dudaba mucho que siquiera hubiera pensado en ella. Tal vez en su cumpleaños o en Navidad, pero eso era todo.

Después, hacía tres días, ella había aparecido de improviso y él se había sentido adulado, ya que pensó que Olivia lo había buscado. Y tal vez, ya también estaba aburrido de Sharon y se había dado cuenta de ello cuando vio a Olivia, eso era todo.

No fue sino hasta que Conor entró a la calle Gull Rise, que Olivia se percató dónde estaban. Ni siquiera había notado que estaban de regreso en Paget, pues estaba muy inmersa en sus pensamientos.

—¡Este no es el hotel! —protestó y Conor la miró extrañado.

—No —repuso con calma—. Como dije antes, vamos a tomar un poco de café decente.

—También sirven café en el hotel —señaló, mientras él se dirigía a su lado para abrirle la puerta.

—¡Vamos! —Repuso dándole la mano—. ¡Hace frío aquí!

La casa tenía una temperatura muy agradable y Olivia tuvo que reconocer que era también mucho más agradable que el restaurante del hotel. Le traía tantos recuerdos. Al seguir a Conor por el pasillo, no pudo evitar tocar la fina madera que cubría una de las paredes.

Se quedó en la puerta de la cocina mirándolo preparar una cafetera. Conor parecía estar acostumbrado a hacer sus propias cosas y sin importarle que ella lo observara, continuó preparando el café.

Cuando al fin conectó la cafetera, se volvió hacia ella y preguntó:

—¿Tienes hambre? —y observó que Olivia miraba el lugar donde la camisa entraba a su pantalón. Olivia de inmediato trató de aparentar que no lo miraba.

—No, pero si tú…

—Yo estoy bien así.

Nerviosa por la cercanía de Conor, ella decidió cambiar la sí conversación.

—¿Y, se puede saber quién se hacer cargo de este lugar? No puedo creer que tú te hagas cargo de toda la limpieza.

—No —él titubeó por un momento y después respondió—: Una persona viene dos veces por semana.

—¡Ah! —ella suspiró con alivio. Se alegraba de que no fuera Sharon quien cuidara el lugar—: Creo que hace un buen trabajo ¿Verdad? —repuso irónico—.

¿Quieres un tour por la casa?

—Yo… no, claro que no —objetó titubeante—. Creo conocer esta casa tan bien como tú.

—Es cierto —declaró él cruzando los brazos—. Casi me olvido, solías llevarme a la cama, ¿verdad? ¿Cómo pude olvidarme?

—Por favor, Conor —indicó un poco molesta.

—¿Por favor, qué? —sus ojos brillaron—. Por favor no digas nada que te avergüence. Por favor, no hables de cosas que prefieres olvidar, como los deseos que tienes en este momento de que yo te acaricie.

—¡Eso no es verdad! —Olivia estaba impresionada por la manera en que él parecía leer su mente—. Si vas a empezar de nuevo, creo que es mejor que me marche.

—¿Empezar a qué? ¿A hacerte consciente de tus deseos y a aceptarte como eres en realidad, y no como pretendes ser?

—¡No! —Olivia se enderezó tratando de poner su peso sobre la pierna sana—.

Ya te dije lo que siento por ti, Conor. Claro que te quiero, ¿cómo no podría hacerlo después de que… de que…?

—¿Después de todos estos años? —él completo con seriedad y Olivia prefirió salir de la cocina.

—Si tú lo dices —repuso molesto y la siguió—. ¡Muy bien, muy bien, no diré nada que te moleste! —completó golpeando la pared con el puño cerrado—. ¿Dónde lo quieres?

—¿Qué?

—El café —repuso él—. ¿Qué más podría ser?

—Oh —exclamó con un suspiro—. Bueno, creo que la cocina está bien. ¿Puedo usar el baño primero?

—Por favor. Creo que no es necesario que te diga dónde está.

—No —Olivia se dirigió al baño y su mente se llenó de imágenes de cuando Conor era un bebé. Miles de veces lo había bañado.

Claro, el baño no se parecía mucho a como había estado antes. La gran tina de porcelana ya no estaba, en su lugar una regadera muy moderna ocupaba el espacio.

También los mosaicos habían sido cambiados, y el antiguo lavamanos había sido reemplazado por uno muy moderno. También había una toalla. Parecía que Conor con sus prisas la había dejado ahí. Ella la levantó, el aroma del jabón que él había usado todavía estaba impregnado en la toalla. Con un sentimiento de desesperación, ella enterró su rostro en ella.

—¡Liv!

La voz de Conor la hizo volver en sí y ella arrojó la toalla de inmediato. ¿Acaso debía encontrar refugio en una toalla?

—¡Liv! —la voz de Conor se oía mucho más cercana—. ¿Liv, estás bien?

Parecía que se encontraba fuera del baño. Olivia se miró en el espejo. ¡Si tan sólo hubiera traído cosméticos con ella, para poder disfrazar el hecho de que había llorado!

—¿Liv?

—Sí… estoy bien. Bajaré enseguida.

—¿Estás segura? —preguntó, notando la alteración en su voz.

—Claro. Bajaré en seguida. Siento haberme demorado tanto.

Hubo un silencio y después Conor repuso:

—No hay problema —después ella lo pudo escuchar alejarse.

Esperó por algunos minutos y después abrió la puerta. Asegurándose que él no se encontrara cerca, y se atrevió a abrir la puerta de la habitación que Sally y Keith solían ocupar. Pensó que sería la habitación que Conor usaba ahora. Además, sus motivos eran bastante inocentes, pues lo "único que deseaba era lápiz labial, y pensó que en caso de que Sharon se hubiera quedado, tenía esperanza de encontrar alguno.

Aunque no le gustaba mucho la idea, estaba desesperada.

Sin embargo, al caminar a través de la alfombra de color avena, no era el aroma de Sharon el que llenó la habitación, sino el de él. La ropa de Conor se encontraba en desorden, esparcida por la habitación, y su bata también se encontraba al pie de la cama.

Sus ojos se posaron en la ropa y sintió un deseo de tocarla, pero se reprimió y se dirigió hacia el tocador. Si es que Sharon había dejado algún cosmético, estaría ahí con seguridad. Casi con miedo, abrió el primer cajón.

—¿Buscas algo, Liv?

La voz de Conor la hizo estremecer y soltó la pequeña caja conteniendo varios pares de mancuernas de plata que se esparcieron por el suelo. Olivia deseó que la tierra se la tragara.

—Yo… —ella lo miró apenada. Pero necesitaba disculparse—. ¡No estaba espiando!

—¿Acaso lo dije? —Conor la miraba divertido con los brazos cruzados, recargado sobre el marco de la puerta—. Además, no tengo nada que ocultar.

Ella suspiró al verlo acercarse. Se resignó. Ahora él vería lo irritado de sus ojos y lo pálido de sus labios.

—Tan sólo buscaba un… un peine, —improvisó dándose cuenta de que no podría aceptar que buscaba algo que le pertenecía a Sharon—. Lo siento.

—¿Acaso mi peine no es lo suficientemente bueno? —preguntó él, mirando el peine y cepillo sobre el tocador.

Encogiendo los hombros y a punto de desmayarse, ella dijo en un murmullo:

—Yo, no los había visto.

—¿Por qué no admites la verdad, Liv? —Inquirió Conor levantándole la barbilla—. Querías asegurarte de que Sharon no vive conmigo, porque no me creíste cuando te dije que no.

—¡No! —Sus palabras fueron como cuchilladas y Olivia sintió la fuerza suficiente como para sacudir la cabeza y agregar—: Conor Brennan, creo que te das demasiada importancia —después se inclinó y empezó a levantar lo que había tirado.

No era lo más elegante que había hecho en su vida. Como no podía sostenerse en su pierna lastimada, tuvo que sentarse en el suelo con una pierna doblada y la otra estirada. También tuvo que estirarse bastante para poder alcanzar todas las mancuernas.

—¡Liv!—gritó él exasperado y se inclinó sobre ella para no dejarla levantar las demás—. ¡Liv, por Dios!, ¡déjalas ahí, las levantaré más tarde!

—¡Yo puedo hacerlo! —exclamó consciente de que varios mechones de cabello se habían soltado del broche que los aseguraba y ahora estaban sobre su rostro. Ella trató de acomodarlos, pero en ese momento Conor se interpuso entre ella y el banquillo del tocador. Aun así, ella continuó tratando de levantar las mancuernas que quedaban.

—Liv… escúchame —declaró él. Pero ella ya no tenía el control de sus acciones.

Estaba tratando de demostrarle que no era la criatura indefensa que él pensaba que era, así que cuando Conor trató de asirla por las manos, ella lo rechazó.

Por desgracia, Conor no se encontraba en la mejor postura en que podía estar, y cuando ella sin querer lo empujó, perdió el equilibrio por completo, y trató de sostenerse con uno de los postes de la cama, pero no pudo alcanzarlo y su cabeza cayó pesadamente sobre una de las patas de la cama.

—¡Oh no! —dejando lo que estaba haciendo, Olivia se arrastró hacia él y por primera vez después del accidente, ella gritó, al mismo tiempo que le tomaba el pulso.

Todavía estaba ahí, errático y demasiado fuerte. ¿Qué hubiera hecho si eso no hubiera ocurrido?, se preguntó ella angustiada. Lo único que importaba era que él estaba con vida y la mano de Olivia parecía no obedecerla y acariciaba las bronceadas mejillas, casi tocando las largas pestañas de Conor.

—¡Oh, Conor! —ella suspiró, y sin poder evitarlo, se inclinó sobre su rostro y besó las comisuras de sus labios…

# CAPÍTULO 10

La respuesta de Conor fue inesperada e instantánea. Con su lengua acarició los labios, femeninos y ella se acopló a la perfección. Casi sin pensarlo, los dedos de Olivia acariciaron el brillante cabello masculino, y el beso se prolongó por varios minutos.

Abrió los ojos cuando él estaba retorciéndose. Olivia empezaba a sentirse culpable y sabía que debía recuperar la compostura. Pero Conor era demasiado sensual como para poder resistirlo.

—No te vayas —musitó, y ella sintió su mano acariciando la parte posterior de su cabeza—. Tal vez necesite más respiración artificial.

Olivia presionó los labios. No sabía cómo responder. Parecía que todo había sido un engaño, y ella había caído en la trampa.

—¡Eres imposible! —repuso estremeciéndose y se percató de que él se había quitado la chaqueta mientras ella estaba en el baño.

—¡Pase lo que pase y digas lo que digas…! —Explicó él, acercando sus labios hacia ella otra vez y haciéndola caer sobre sus espaldas—. ¡No me digas que no me deseas ahora!

—¡Pero, estoy tan desarreglada! —alegó ella mientras él la besaba con ternura en la mejilla.

—¡Estás loca! —exclamó acariciándole el cabello y tomando el broche que lo sujetaba. Después, con las manos, recorrió su rostro dándose cuenta de que había estado llorando—. ¿Es por eso que estabas llorando?

Ella movió su cabeza de un lado a otro y murmuró:

—No… no debíamos hacer esto…

—Pero lo vamos a hacer —repuso con firmeza y sus ojos recorrieron el rostro de ella—. Esto es para nosotros, nadie más, sólo nosotros.

Olivia no podía resistirse. Donde fuera que él la tocara, se estremecía. Al desabotonar los primeros botones de su blusa, él rozó los senos con levedad, de inmediato ella sintió que sus pezones se endurecían y un anhelo repentino la hizo gemir. Conor la besó con pasión.

Olivia abrió los ojos y vio deseo en los de él, pero… ¿y si lo desilusionaba?, después de todo, ella no sabía mucho de amor, excepto los momentos que había estado con Stephen, que más bien eran un costumbrismo y carecían de la magia que ella anhelaba. ¿Qué tal si todo salía mal? ¿Cómo podría vivir consigo misma si se trataba de un grave error?

—Mírame —repuso Conor, interrumpiendo la introspección de ella, y Olivia vio que la camisa de él también estaba desabotonada,

pero no podía quitársela por la posición en que se encontraba—. Ayúdame.

Ella obedeció y cuando la camisa cayó al piso, su mano continuó acariciando la espalda y el pecho de Conor. Se sentía tan bien, que ella sintió deseos de hundir su rostro allí y olvidarse de todo.

Conor había terminado de desabotonar la blusa para entonces y se las había arreglado para hacer lo mismo con el sostén y una oleada de celos se apoderó de ella al pensar que la experiencia lo había convertido en un experto; mas cuando él terminó y sus labios acariciaron sus senos, ella olvidó cualquier pensamiento negativo.

Su respiración se aceleró al sentir la lengua de Conor sobre sus endurecidos pezones, pero después sintió que la empezaba a morder con suavidad y pareció desmayarse.

—¡Qué hermosa! —Exclamó, tocando el resto del cuerpo de Olivia de una manera más que posesiva—. Pero ahora, deseo verte desnuda.

Olivia suspiró. Todo había sido perfecto hasta ahora, la había llamado hermosa basado en lo que había visto en su torso, pero… ¿cómo reaccionaría al quitarle el pantalón y darse cuenta de…

Ella no pudo continuar.

—No puedo —repuso temerosa—. No puedes entender, yo…

—¿Qué es lo que no entiendo? —preguntó, con una mano en su cintura.

Después con infinita ternura, agregó—: ¿En realidad crees que desconozco la razón por la que temes?

—¡Tú no sabes cómo luzco! —repuso desesperada y Conor suspiró.

—Entonces, veamos —y sin más preámbulo bajó el pantalón de Olivia más abajo de sus caderas.

Fue una impresión tal para ella, que ni siquiera notó que sus bragas de seda habían bajado con el pantalón. No pudo sino cerrar los ojos al mismo tiempo que una oleada de vergüenza la envolvía haciéndola ruborizarse. Pero no era sólo vergüenza, también era humillación, ¿Cómo se había atrevido a hacerlo? ¿Sin tener la protección de alguna sábana para cubrir sus cicatrices?

Pero antes de que pudiera pensar en algo más, sintió cómo los labios de Conor recorrían la cicatriz que ella tenía desde la cadera hasta la rodilla. ¡No podía creerlo!

Las sensuales caricias poco a poco la hacían abandonarse sin poder protestar de manera alguna.

Olivia abrió los ojos por un momento, parecía que la habitación se había iluminado para hacer brillar con destellos plateados el cabello de Conor. Olivia acarició la cabeza de él hasta llegar a su cuello, pero cuando Conor se percató de ello, atrapó su mano y empezó a besarla también. En ese momento su lengua sustituyó los labios haciendo que su excitación se multiplicara.

Fue entonces cuando él decidió tomarla entre sus brazos y caminar la corta distancia hacia el lecho.

Las sábanas se sentían frescas, pero muy suaves en su piel. El tomó unos instantes para despojarse de su pantalón y de inmediato se recostó a lado de ella.

—¿Mejor? —preguntó él, agitado, extendiendo el cabello de ella sobre la almohada y posando su rostro ahí. Lo único que ella pudo hacer fue asentir con la cabeza. Pero el mundo era esa habitación, esa cama y ese hombre, y por primera vez en su vida, se sentía preparada para entregarse a él.

Sintió la varonil lengua deslizarse dentro de su boca llenandola con su sabor, caliente, húmeda y devastadoramente real Contra los senos, el vello que cubría el pecho de Conor era extremadamente erótico. Después, el bajó un poco el rostro para besar el centro de sensibilidad de Olivia entre las piernas; justo cuando ella pudo ver la parte más íntima de él resurgiendo en medio de su excitación.

Ella cerró sus puños, ya que sentía que no podría controlarse. Pero después de algunos momentos, sus dedos buscaron esa parte masculina sin poder evitarlo. La aterciopelada piel que la cubría inflamó los deseos de Conor, y con un gemido, se acercó hacia Olivia otra vez.

—No… no hagas eso —imploró él en un murmullo, y al ver que ella retiraba su mano de inmediato, la tomó entre las suyas e nuevo y la colocó donde habían estado previamente—. Está bien, hazlo, pero no esperes que controle mis emociones…

—¿Qué control? —ella gimió con una sonrisa.

Las piernas de Olivia se abrieron para admitir la mano que empezó a acariciar el húmedo vello que cubría su sexo. Al tocar su parte más sensible, ella no pudo suprimir el deseo de arrojarse hacia él.

—¡Deliciosa! —gimió él y en lugar de responder, Olivia lo rodeó con los brazos.

Era una agonía exquisita. Una dulce tortura que demandaba la consumación de su unión. Ella nunca había sentido eso con Stephen, o con nadie más. Sentía una urgencia porque Conor la poseyera.

Ella empezó a mover sus caderas de un modo invitante. Le estaba diciendo sin palabras lo que deseaba. Sus labios estaban deseosos de encontrarse con los de él otra vez.

Conor empezaba a actuar instintivamente, sin poder controlarse llegó hasta el umbral de su feminidad y después con pasión desbordante entró en el cuerpo deseoso de ella.

—¡Oh…! —gimió al sentir la humedad del sexo de Olivia, ella lo secundó abriendo sus piernas más para permitirle entrar hasta lo más profundo de su ser. Los dos actuaban instintivamente. Ella nunca se había entregado a nadie de una manera total…

—¡Oh, no! —gritó él sintiendo que no podía controlar el río de su pasión. Olivia se percató de lo que había ocurrido.

—Está bien —murmuró en su oído. Y a pesar de que había sido demasiado rápido para ella, lo que importaba era que lo había satisfecho y eso la llenaba más que su propia satisfacción.

Después de unos momentos, él se incorporó sobre sus codos y mirándola le dijo:

—Deseaba que fuera perfecto. ¡Y en lugar de eso, perdí el control como un adolescente! ¡Como un demente!

—Bueno, algo hay de cierto en eso —ella bromeó, jugueteando con el húmedo cabello de Conor.

—¿Algo hay de cierto… en qué?

—Bueno, actuaste como un demente, pero no como un joven demente… ¡créelo!

—Además, no usé nada. Después de todos los consejos que les doy a mis pacientes… cuando me tocaste no pude pensar más y no quise esperar a ponerme alguno.

—¿Te arrepientes de no haberlo hecho? —le preguntó mirándolo.

—¡No, claro que no! Eres tú la que me preocupa, no yo.

—Bueno, no te preocupes —murmuró, esperando que él asumiera que Olivia usaba otra clase de protección—. ¿Te… gustó? —preguntó ella con timidez.

—¿Estas bromeando?

—Penseque…

—¡Liv, he deseado que estés en mi lecho por tanto tiempo, que ya ni siquiera recuerdo cuando empecé a soñar contigo desde esa mañana en que prácticamente caíste frente a mi puerta, no he podido pensar en nada más que en ti —al decir eso besó los labios de ella con pasión y agregó—: ¿Cómo crees que me siento ahora que soy parte tuya? Aunque viviera para siempre nunca olvidaría la magia de este momento.

—Oh, Conor… —Olivia lo abrazó. Tenía tanto temor de perderlo, que cada minuto que pasaba con él era como un tesoro para ella.

Otra vez sintió que Conor estaba listo para continuar amándola. Ella no sabía que un hombre pudiera excitarse tan rápido. Conor la miró con pasión.

—Mira —murmuro, y tomando la mano de ella, la bajó hasta el punto donde sus cuerpos se unían.

—¿Acaso pensabas que ya se había terminado? ¡No me conoces, Liv, podríamos permanecer aquí todo el día, y aún así, desearía más!

—No tienes que decirlo… yo…

—Sí, es mejor advertirte —al decir eso, la besó con tanta pasión que ella no lo dudó ni por un instante.

Pero nada la hubiera podido preparar para lo que sintió cuando

Conor empezó a moverse dentro de Olivia. Al sentir el poderoso cuerpo de él dentro del de ella, supo qué lo que había compartido con Stephen alguna vez, no significaba nada.

Pero esta vez Conor tuvo completo dominio de la situación. Ahora su cuerpo encendido parecía querer entrar hasta lo más recóndito de ella y Olivia solo se dejaba llevar por lo que su cuerpo había anhelado desde hacía tanto tiempo.

Sin saber lo que hacía, ella enterró sus uñas en el cuerpo de Conor. Ahora, su lengua deseaba explorar la de él, y al sentir los labios de Conor, los mordió extasiada y frotó su cuerpo contra el de él.

—¡Liv! —gritó él aceptándola en su totalidad y apretando su perfecto derriere para poder más en ella… Con un sollozo, ella le hizo saber que había llegado al clímax que él le había proporcionado. Segundos después, Conor se le unió; al sentir la pasión de él, otra vez en su cuerpo, ella se convulsionó de nuevo y ardientes lágrimas de emoción rodaron sobre sus mejillas. Después de eso, pasaron algunos minutos antes de que alguno de los dos volviera en sí.

Fue Conor el que la liberó primero, sintiendo que tal vez la lastimaba con el peso de su cuerpo. Después, apoyándose en un codo, se acercó a ella y mirándola suspiró y repuso con ternura algo que ella no pareció comprender:

—Te amo —le dijo con toda la sinceridad que sus verdes ojos podían expresar

—. Y deseo que te divorcies de Stephen para casarte conmigo.

Olivia pestañeó, y sin decir nada sintió cómo él limpiaba las lágrimas sobre su rostro.

Recostada ahí, en lo único que podía pensar era en la manera en que Conor le había hecho el amor. Habiendo probado el paraíso, lo único que deseaba era probar más… y más…

—¿Me estás escuchando? —Demandó él recorriendo el desnudo cuerpo con una mano, y deteniéndose en ese triángulo oscuro que le había proporcionado tanto placer, agregó—: No me digas que aún lo amas, porque no te creo.

Olivia sintió que sus piernas se abrían otra vez al sentir la cercanía de las manos masculinas, pero prefirió tomarlas y alejarlas de ahí.

—No —objetó ella, buscando la sábana que se encontraba bajo Conor—. ¡Por favor…!

—¿Por favor, qué? —inquirió él, molesto por la manera en que trataba de evadirlo. Olivia rodó dentro lado de la cama.

—Debo, debo irme —repuso con timidez y con impaciencia. Conor le arrojó la sábana y agregó—: Si estas tan desesperada por cubrirte, ahí tienes. ¡Pero, por favor Liv, deja de engañarte a ti misma pensando que lo que ha ocurrido debe desaparecer!

—Así debe ser —concluyo ella, sabiendo que debía vestirse, pero

sin saber por dónde empezar—. Conor, no estoy diciendo que no me interesas… es sólo que…

—¡Oh, gracias!

—…pero… tú y yo… esto no debe ser.

—¡No seas tonta! —él la alcanzó y tomándola de los hombros la obligó a mirarlo—. ¡Después de lo que acabamos de compartir, no puedes seguir diciendo eso!

—¡No es suficiente! —insistió Olivia con dolor, las palabras que decía la estaban destrozando—. Conor… lo que acaba de ocurrir fue sólo sexo, sexo simple y puro, nada más. No es suficiente para iniciar un compromiso de por vida, en especial, si existen otros factores que no ayudan.

—Muy bien, dime algunos de esos "factores" —repuso, exasperado —. Te he dicho que me importas mucho, y estoy bastante seguro de lo que siento por ti.

También te dije que te amo, y eso nada tiene que ver con sexo, Liv. ¡Es amor, sólo amor!

Olivia deseaba decirle a Conor que tenia razón, que ella también lo amaba, y que haría lo que él deseara, siempre y cuando permanecieran juntos. ¿Cómo podía negar sus sentimientos hacia él? ¿Acaso había algo para no volverlo a ver?

Pero los hábitos de toda una vida no eran fáciles de eliminar. Debería consolarse sabiendo que por lo menos había conocido él verdadero amor, aunque hubiera sido por tan poco tiempo.

—Soy… soy demasiado grande para ti —apuntó, sabiendo lo que él pensaba de su edad y continuó—: Conor, tú eres joven, ambicioso, tienes toda una vida por delante. Yo sólo sería una carga para ti, tú lo sabes tan bien como yo. Además, todavía tengo un esposo. Y no creo que acepte el divorcio si cree que tú estas mezclado en todo esto.

—Entonces, esperaré —declaró con seriedad—. Tarde o temprano, deberá aceptarlo.

—No.

—Sí —él cerró los ojos ante esa negativa para ocultar el dolor que ello le causaba—. Liv, no me interesa cuánto tiempo deba esperar, de cualquier manera, ya he esperado por once años.

—Si tú lo dices.

—Y lo sé. ¿Qué debo hacer para que lo creas? ¿Qué son cinco años más o menos en una vida?

—La diferencia de tener treinta y cuatro, y casi cuarenta —repuso Olivia con dureza—. Conor, cuando las personas se casan, desean procrear niños, ni siquiera sé si aún puedo hacerlo, no he sido afortunada aún.

—¿Y si te digo que me importa un comino perpetuar la dinastía Brennan?

—Bueno, a mí me importa. Y estoy segura de que a tu madre también le importaría si todavía viviera.

El la miró con una expresión melancólica, pero esta vez no dijo nada, se incorporó y se levantó de la cama.

Se detuvo al alcanzar la puerta y volviéndose a ella con un gesto de profundo dolor, agregó:

—Mi madre nunca se hubiera opuesto a lo nuestro, y tú lo sabes. Pero si esa es la única excusa que puedes ofrecerme, imagino que me ilusioné demasiado.

Olivia cerró los ojos por unos momentos. Después, escuchó el agua en la regadera. Ella deseó ir con él. Sabía que la puerta no estaría cerrada, que lo único que debía hacer era abrirla y él estaría ahí. Esperando a que cambiara de opinión. Podía hacerlo, ella ya no estaba casada, aunque así se lo hubiera hecho pensar. Sabía muy bien que no tenía nada que ocultar.

Pero el temor a ser rechazada la detuvo, el temor a que, al igual que Sharon, sólo se tratara de algo pasajero. Era extraño, pero sabía que Conor la podría herir mucho más de lo que Stephen lo había hecho.

Además, ella también tenía una carrera. No era como Sharon, y nunca había permitido que hombre alguno se interpusiera entre ella y las personas a las que defendía. En eso, Stephen había tenido razón, nunca le había dado el tiempo necesario. ¿Acaso sería lo mismo con Conor? Ella no era una mujer muy emotiva, después de todo.

Pero en su interior sabía que lo amaba. Stephen había sido tan sólo una válvula de escape, o tal vez un matrimonio para arreglar apariencias, pero Conor era diferente, estaba totalmente segura de que lo amaba.

Pero no podía aceptarlo. Ahora recordaba que había jurado nunca meterse en una situación como lo hizo con Stephen, no señor, ¡nunca más permitiría que la hirieran como él lo había hecho!

Claro, eso lo había pensado antes de ver a Conor de nuevo. Pero, ¿y la posibilidad de no tener hijos?, ese era otro problema, y claro, su edad, si tan sólo fuera un poco más joven. Tal vez sólo se hacía ilusiones, para después sufrir una decepción mucho más dolorosa…

En ese momento se dio cuenta de que el sonido del agua se había detenido, y que Conor regresaría en cualquier momento. Buscó de prisa su ropa y se vistió.

Estaba abotonándose la blusa cuando él entró en la habitación y se dirigió hacia una cómoda de donde sacó ropa interior limpia.

—Pudiste haberte bañado también —observó él con frialdad y ella lo miró extrañada. Era como si nunca hubieran sido amigos.

Para entonces, se percató que era posible que el notara sus sentimientos.

—Lo haré más tarde —repuso, poniéndose el suéter y mirando hacia la ventana

—. Por lo menos ya no nieva.

—¿De veras? Ni lo había notado —respondió con frialdad.

—Yo… no seas así, Conor —apuntó, mordiéndose un labio y tratando de ocultar la angustia que le causaba.

—Pensé que es lo que deseabas, tú misma lo dijiste —declaró él, sin volverse a mirarla siquiera. Olivia sabía que tal vez esa sería la última vez que Conor compartiera tal intimidad con ella.

—Sí, sí, tienes razón —murmuró y aunque se sentía despedazada por dentro, enfrentó su acusadora vista y continuo—: ¿Podrías llevarme a casa?

# CAPÍTULO 11

Tres meses más tarde, en un día soleado. Olivia se encontraba a lado de la madre de Stephen, mientras el ataúd era cubierto de tierra. La pobre mujer lloraba a sollozos, y aunque Olivia no lo hacía, también podía sentir un gran dolor oprimir su garganta.

Pero era tan increíble. ¡Stephen estaba muerto! Enterrar a un hombre que cumpliría cuarenta y cinco años, de cierto modo, parecía injusto.

Cuando la madre de Stephen la había llamado, pidiéndole que la confortara, Olivia había pensado al instante que se había tratado de la venganza de ese hombre, Darcy, tal y como lo había temido Stephen durante su estancia en Paget.

Pero, para su alivio, ese no había sido el caso. Aunque había sido difícil para la madre de Stephen confesarle el hecho a Olivia, Stephen había muerto en los brazos de otra mujer. Una mujer casada, ciertamente, pero no se trataba de Karen Darcy. Su hijo había muerto, como había vivido, sin pensar en la consecuencia de sus acciones.

Esta era la razón, por la cual, había dejado en sus manos hasta su propia muerte.

Hasta que su cuñada llegó de Manchester, fue Olivia la que debió soportar la pesada carga de su llanto y recriminaciones.

No había culpado a Olivia exactamente. Pero le había hecho saber que la consideraba responsable del divorcio. Ninguna mujer se preguntaba qué clase de vida le había dado el padre de Stephen, quien, al igual que él, había muerto de un ataque cardíaco a los cincuenta años de edad.

De cualquier manera, el día del funeral, al ver a la hermana de Stephen, Olivia se sintió aliviada. Todo esto había venido a complicar su propia vida.

Harry Darcy se aproximó a ella antes de que se marchara.

—Olivia, en realidad esto es una tragedia. En especial porque Stephen me había comentado que había posibilidades de una reconciliación. ¿Qué puedo decir?

Olivia miró a la rubia que estaba junto a Harry. Ella parecía bastante nerviosa, después de todo no sabía con segundad si Stephen le había confiado su traición o no.

Parecía que Stephen ya había pagado sus deudas, ¿por qué ella debía salir limpia en todo eso?

Pero Olivia no dijo nada. Aceptó las condolencias de Harry en silencio y sólo esperaba que la joven mujer aprendiera su lección.

Aunque al mirarlos alejarse, Olivia supo que no lo había hecho.

Karen no era el tipo de mujer que se conformaba con lo que tenía.

Después del entierro, Olivia se metió en su pequeño Sedan y manejó hacia su casa. Había parecido tan fácil alejarse de Paget interponiendo cientos de millas entre ella y Conor. Estaba determinada a salir adelante y olvidarlo con la ayuda de los pocos amigos que le habían quedado después de su divorcio.

Claro, sus planes habían cambiado después de esa nevada mañana en casa de Conor. Hasta pensar en soportar a Stephen era mucho mejor que volver a ver a Conor, había pensado.

Al abordar el tren a Londres pareció sentirse liberada, pero sólo se trataba de una ilusión que se había esfumado una vez ahí.

Primero vinieron las pesadillas. A veces eran acerca de Conor y Sharon, pero las peores eran cuando imaginaba a otras mujeres que ni siquiera conocía.

Las malas noches empezaron a afectarla. Su pequeño apartamento, que hasta ahora había significado como un escape, empezó a tornarse frío. Su necesidad de Conor era como una enfermedad que le carcomía los sentidos.

Olivia empezó a salir con más frecuencia. Se inscribió en un deportivo y nadaba bastante. Su pierna estaba mejorando, pero mientras su cuerpo parecía mejorar, interiormente sabía que algo le faltaba, y si no lo tenía, enloquecería.

Volvió a la oficina la semana siguiente. El señor Halliday se quedó encantado de verla, y aunque aún no era tiempo para que regresara a sus obligaciones, la entereza y decisión que mostró fueron suficientes para que él la aceptara muy pronto.

Poco a poco ella empezó a sobreponerse a un sentimiento devastador cuando no recibió ninguna llamada de Conor para preguntar si había llegado con bien a Londres. Parecía que la tierra se lo hubiera tragado.

¿Era ella la culpable de tal reacción? Prefería no pensarlo. ¿O tal vez sus propios temores a ser rechazada la habían llevado hasta donde estaba? Prefería rehusarse a analizar la situación de una manera lógica.

La muerte de Stephen la había tomado por sorpresa, pero aunque parecía demasiado cruel, él estaba a su alrededor. Ahora, debería continuar con su vida.

Al llegar al apartamento se deprimió más. Las últimas setenta y dos horas sólo había puesto los pies ahí para dormir. Había restos de comida sobre algunos platos sucios. Su cama no había sido tendida por tres días. Hasta la luz de la contestadora telefónica la dejó encendida.

Bueno, la limpieza tendría que esperar. Lo que necesitaba ahora era un buen baño y algo para comer.

Después de quince minutos, salió de la regadera cubierta con una toalla. Al pasar por el espejo, la toalla se cayó y tuvo que enfrentarse con la imagen de su cuerpo desnudo.

Poniendo sus brazos a los lados de su cuerpo, se atrevió a mirar al lugar donde la cicatriz se encontraba. ¿Acaso todavía era visible? Sí, pero ya era casi imperceptible.

Tarde o temprano, ella debería tomar una decisión. No importaba lo difícil del prospecto, la elección debía ser hecha.

A través de la ventana, los árboles en el parque estaban retoñando después de un largo invierno. Ella también estaba floreciendo, pensó y se dirigió a la cocina donde preparó un emparedado.

Llevándose el emparedado a la sala, ella regresó la cinta de la contestadora, preguntándose si Conor la habría llamado, o si tal vez ella debería llamarlo.

El problema era que, no tenía manera alguna de saber cómo reaccionaría ante la noticia de que pronto sería padre. Bueno, de una cosa estaba segura, él nunca evadiría su responsabilidad. Era un hombre de honor y respetaría sus deseos. Pero

¿deseaba Olivia atarlo a ella, en particular, usando el más viejo de los trucos?

Honestamente, parecía mejor mantenerlo en secreto. Además, ella pensó que al saber que Stephen había pasado una noche en Paget con ella, sería muy fácil decirle a sus amigos que era de él.

Pero muy dentro de ella deseaba decirle a Conor la verdad. Ese era el dilema real. Deseaba que él supiera que tendría a su hijo. Deseaba que compartiera el milagro.

"¿Qué milagro?", pensó al escuchar los mensajes. El primero de ellos era de un compañero de trabajo, quien le informaba que uno de sus clientes, que estaba libre bajo fianza, había abandonado la ciudad. Olivia no se inmutó. Desde que descubrió que estaba embarazada, veía todo de una manera objetiva.

Olivia se dirigió hacia la cocina por un zumo de naranja, después regresó para seguir escuchando los mensajes.

Al escuchar el siguiente mensaje, Olivia no reconoció la voz al principio, pero después supo de quién se trataba. Era la señora Drake, dueña del hotel donde se había hospedado en Paget.

Olivia tomó el auricular para ver si podía hablar con ella, pero no, era tan sólo la grabación:

"Señora Perry, habla la señora Eva Drake de "El Barco", el lugar donde se hospedó cuando vino a Paget. ¿Recuerda? Se quedó con nosotros por algunos días.

Hablo por un asunto personal. Espero que no piense que meto las narices donde no me llaman, señora Perry, pero después de hablar con Connie, bueno…

¿Recuerda a Connie, verdad? La madre de Sharon. Claro, yo no le dije que la llamaría. De hecho, no sé si estoy haciendo lo correcto o no. Pero mi esposo me dijo que usted ha conocido a la familia por mucho tiempo. Y cuando escuché acerca de lo que le paso al pobre doctor Brennan…"

—¡Conor! ¿Qué le sucedió? —Olivia gritó asustada.

"…pensé que tal vez le gustaría saber. Tal parece que ocurrió algo en la clínica.

Claro, tal vez usted ya este enterada de esto, pero cuando Sharon y Connie me dijeron que ellas ya perdieron toda la paciencia con el doctor Brennan, y que él no permite que nadie se acerque a su casa, pensé en hablarle para ver si usted puede hacer algo. Esa es mi naturaleza, señora Perry, me gusta ayudar a los demás.

De cualquier manera, creo que este es mi deber. Si el doctor Brennan tuviera familiares sería diferente. Pero no es así. No tiene a nadie y pensé que, bueno, usted sabe lo que quiero decir…".

Después de eso se escuchó la señal, la conversación había terminado.

Una hora después, Olivia se encontraba en la carretera M20 hacia Folkestone.

Ya eran las siete y hubiera estado más lejos si no hubiera sido por el tráfico de viernes por la tarde, en Londres. Su apartamento era bastante céntrico y salir de la ciudad por la tarde del viernes no era nada fácil.

Gracias a Dios las terribles memorias de su accidente ya habían quedado atrás.

La natación también la había ayudado mucho. Todavía cojeaba un poco, en especial si estaba cansada, pero hasta las cicatrices iban desapareciendo al aumentar de peso.

Era irónico, pero acababa de pasar por uno de los más traumáticos periodos de su vida. Gracias al cielo que había concebido un niño. El mismo que había salvado su vida, tal vez salvaría la de Conor también.

Pero en realidad ella no sabía lo que había ocurrido. La señora Drake había mencionado un accidente en la clínica, ¿o tal vez el hecho de que Sharon le había vuelto la espalda, tenía que ver algo con lo que ocurrió?

Hubiera deseado que la señora Drake le diera más indicios, pero estaba muy agradecida por lo poco que le había informado. Ella apretó el acelerador, parecía estar de suerte y muy pronto se acercó a Paget.

Por suerte, todavía había luz cuando se acercó a la costera. ¡Qué día tan terrible había sido!, primero el funeral de Stephen, después la decisión para informarle a Conor acerca de su hijo, y ahora esto…

Titubeó al llegar a Paget. No sabía si debía pasar a ver a la señora Drake antes de ir a ver a Conor, pero al darse cuenta de que el estacionamiento estaba lleno, prefirió manejar hasta la casa de Conor. Llegó a Gull Rise casi de inmediato, pero ya no sentía la seguridad que la había hecho llegar hasta allí. Después de todo, Conor también podría rechazarla, nada tenía que agradecerle.

Al llegar frente a la casa, no se atrevió a estacionar su auto en el garaje, prefirió hacerlo en la acera de enfrente.

Las cortinas en la habitación de Conor estaban cerradas, se preguntaba si esto significaba que se había retirado a dormir. Además, si lo que la señora Drake había dicho era verdad, tal vez lo último que le interesaría a él sería abrir las ventanas.

Trató de practicar mentalmente la forma en que lo saludaría, pero no podía atreverse a salir del auto.

Ella suspiró, ¿cómo podría explicar su presencia sin mencionar a la señora Drake? El nunca creería que Olivia había decidido visitarlo sólo para saludarlo.

De hecho, la casa se encontraba a oscuras. Si no hubiera sido por la llamada de la señora Drake, Olivia hubiera asumido que él no se encontraba en casa.

Abriendo la puerta del coche, se decidió a salir, sabía que hasta no enfrentarse con Conor, no sabría lo que le ocurría.

Cerró la puerta del coche con lentitud. Sólo trataba de hacer más tiempo, pero sabía que tarde o temprano debería llamar a la puerta. Tres meses habían hecho una gran diferencia, excepto en sus sentimientos hacia él, claro.

Llamó y aguardó por varios minutos, pero parecía que nadie escuchaba el timbre. Decidió golpear las ventanas con sus nudillos, pero el resultado fue el mismo.

—¡Diablos! —exclamó ella. ¿Acaso Conor no podía escuchar, o deliberadamente pretendía no hacerlo?

¿Dónde estaba Conor? ¿Por qué no abría la puerta? Lo último que le quedaba era llamarlo a gritos, esperando que la escuchara esta vez. Así lo hizo, pero el resultado fue igual a los anteriores. La casa permaneció como antes.

Suspiró, ¿qué podría hacer? La idea de llamar a la policía no parecía muy práctica, y además, tal vez pensarían que estaba totalmente desquiciada.

A pesar de la convicción de que tal vez él no deseaba verla, Olivia no intentó marcharse sin antes verlo y cerciorarse de que se encontraba bien. Si tan sólo tuviera una pista de lo que pudo haber pasado. Pensó en Sharon, pero ni siquiera tenía su dirección.

Debía encontrar la manera de entrar. Pensó en romper un cristal, pero no de la parte delantera. Además, las ventanas eran demasiado

grandes.

Había un camino entre la casa y el garaje. Llegaba al jardín de la parte posterior de la casa. Al encontrarse ahí, muchas memorias volvieron a su cabeza. Cuando Sally vivía, solía jugar ahí con el pequeño Conor. El jardín estaba protegido por una puerta para impedirle el paso hacia la avenida. La puerta ya no se encontraba, pero el jardín lucía similar a como Sally lo había conservado. En ese momento recordó que también había una puerta al nivel del suelo, que permitía la entrada a la casa por medio del sótano. Ella y Conor habían jugado ahí un sinnúmero de veces. La puerta se encontraba aun, pero tenía un candado. Olivia empezó a buscar algo y, por suerte, en un rincón se encontraba un viejo pedazo de metal que parecía haber pertenecido a la bicicleta de Conor. Con algo de esfuerzo, el candado cedió por fin, y ella entró asiéndose a una empolvada escalera recargada en una pared. El sótano todavía era usado como bodega. Los vinos que Keith solía tener ahí, sólo habían cambiado de etiqueta. La vieja máquina de coser de Sally también se encontraba aún. Pero tratando de no distraerse con otras cosas, Olivia se dirigió hacia la puerta que daba al interior de la casa. Era una puerta bastante pesada. ¿Y si se encontraba cerrada?

Al tomar la manija, la puerta no se abrió. Olivia insistió y al fin cedió. Lo único que pasaba era que estaba fuera de uso y se había atorado un poco. Casi golpeó la puerta, por la fuerza que ella aplicó para abrirla; pero nada de eso ocurrió y por fin Olivia pudo entrar al recibidor de la casa.

Hasta ahora todo iba bien. Cerrando la puerta tras de sí, se sacudió las manos llenas de polvo. Ahora lo único que debía hacer era hallar a Conor, si es que se encontraba ahí.

El ambiente se sentía muy pesado, como si no hubieran abierto las ventanas por mucho tiempo. También había un olor muy peculiar, algo dulce, ¿Dios, qué había ocurrido ahí?

La cocina y el comedor estaban vacíos también. Ni siquiera había platos sucios, lo único que ella notó fue una taza, que tal vez Conor había usado para tomar café.

Conor debía estar arriba, ¿en la cama acaso? Recordando que las cortinas estaban cerradas, ella titubeó. ¿Qué tal si no se alegraba al verla? ¿Qué tal si prefería a Sharon?

Pero debía verlo. Debía saber si sus sentimientos hacia ella habían cambiado. Si así había ocurrido, ella lo aceptaría, pero necesitaba oírlo de los labios de él.

Se quedó inmóvil. En realidad no sabía lo que encontraría arriba. Por un momento pensó que ese olor dulce podría ser cocaína. Sólo había olido la marihuana y también tenía un olor dulce.

Al dar otro paso, un escalón chirrió. Pero no hubo ningún otro

ruido. Todo estaba tan silencioso como en la parte de abajo. Armándose de valor, terminó de subir por la escalera y por fin se dirigió a la habitación de Conor.

No estaba completamente cerrada, sólo la empujó y enseguida quedó abierta.

Olivia se quedó sin aliento al ver a Conor en su cama con sólo una sábana cubriendo su desnudez. Al lado de la cama, ella también vio cápsulas vacías acompañadas de un vaso con agua, también casi vacío, que seguramente él había usado para tomar el contenido de las cápsulas.

—¡Oh Dios!

Corriendo hacia la cama, ella lo tomó de los hombros y empezó a gritar:

—¡Conor! ¡Conor, despierta!

Sintió que su cuerpo estaba demasiado frío. Por un momento creyó haber llegado demasiado tarde. ¿Y qué era ese olor dulce? ¿Acaso el olor a muerte? Sintió que el estomago se le revolvía. Pero no podía enfermarse en ese momento. Gracias a Dios, sintió que la piel de Conor se entibiaba bajo su tacto. Si es que estaba inconsciente, de seguro había tomado una sobredosis. Nadie sabría la potencia de las drogas, excepto él mismo.

Pero de repente, justo después de pensar en llamar una ambulancia y tratar de despertarlo, se percató que la sabana estaba manchada de sangre. ¿Cómo había sido posible que no la viera antes? No lo sabía. ¡Dios, había muchísima sangre Pero su atención se había enfocado a las capsulas. Ahora identificaba el olor dulce, esta vez no pudo resistirlo. Después de un gemido tuvo que correr hacia el baño alcanzando el excusado, justo a tiempo.

Aún se encontraba ahí, tratando de reunir fuerzas para ponerse en pie, cuando sintió una mano en el hombro.

—¿Liv? ¿Por Dios, Liv, qué estás haciendo aquí?

# CAPÍTULO 12

Olivia trató de ponerse en pie de inmediato, por un momento no pudo decir nada. La sorpresa de verlo levantado fue demasiado para ella. Sólo rezaba para que no se tratara de un sueño.

Conor parecía muy real, aunque mucho más pálido de lo que ella recordaba, su cabello estaba despeinado y no se había rasurado por algunos días. Pero ahora una bata azul cubría todo su cuerpo. De no ser porque ella había visto la sangre en la sábana, pensaría que Conor sólo estaba desvelado.

—Liv —repitió él en medio de su confusión—: ¿Cómo diablos entraste a la casa?

Olivia sacudió la cabeza. Se sentía mareada y confusa.

—¿Puedo lavarme las manos y la cara? —preguntó con un murmullo, dirigiéndose al lavabo.

Conor le permitió el paso, ella lavó su rostro y enjuagó su boca, sintiéndose mucho mejor. Después tomó la toalla y se secó.

—¿Te desperté, quiero decir… estabas dormido? —se atrevió a preguntar, dándose cuenta de que lo que decía era ridículo.

—Es obvio—repuso al fin retrocediendo y Olivia se dirigió hacia la habitación

—. Ahora, ¿me podrías decir que significa esto?

Olivia suspiró, pero la recordar lo que había visto en la habitación, prefirió dirigirse hacia la escalera.

El la siguió en silencio. Olivia deseaba preguntarle qué le pasaba, por qué había sangre en la sábana, pero no se atrevía. Parecía que él no se alegraba mucho por verla. ¿Acaso la acompañaría hasta la puerta sin permitirle decir siquiera a qué había ido?

Pero al llegar abajo, él apuntó:

—La cocina —y se dirigió hacia allá.

Ella notó que estaba anocheciendo. Conor encendió las luces y fue entonces cuando ella pudo ver unas oscuras ojeras bajo los ojos de él, también se percató de que la escudriñaba.

—Siéntate —pero ella prefirió quedarse en pie. Conor tomó una silla y se sentó, un gesto de dolor cruzó su rostro en ese momento, parecía que ocultaba algo más,

¿una herida, tal vez? Pero él no dijo nada y continuó mirándola, finalmente repuso—:

¿Y bien? ¡Vamos, dime de qué se trata! Te escucho.

—Bueno, toqué el timbre —declaró ella—. También toqué en algunas de las ventanas, pero parece que no escuchaste.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo se qué? —ella inquirió confundida.

—¿Cómo sabes que no escuché?

—Oh —ella objetó sin saber qué decir—. Bueno, no estoy segura, claro. Pero, estabas dormido cuando entré en tu habitación.

—¿De veras?

—¡Vamos Conor! —exclamó desesperada y él pareció notar lo que sentía, pero parecía resuelto a hacerla pagar por lo que ella le había hecho sentir antes, rechazándolo—. Bueno, estaba preocupada por ti y… —al ver la expresión en el rostro de él, repitió—: ¡Es verdad, estaba muy preocupada! Además… deseaba verte…

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Qué imaginas tú?

Conor se acomodó en la silla. Ella podía ver que con un gran esfuerzo él trataba de disimular su herida, ¿o acaso era más de una? Pero Conor la miraba con frialdad, sin mencionar nada al respecto.

—Creo… —expresó al fin—. Creo que alguien te habló por teléfono —al decir eso, la voz empezaba a sonar diferente. Olivia deseó acercarse y abrazarlo, pero temía ser rechazada. Conor continuó —: ¿Quién fue?, ¿Sharon?, ¿la tía Elizabeth?

¿Quién fue? No hay nadie más.

Olivia titubeó, pero sabía que lo mejor sería ser honesta con él.

—Fue la señora Drake.

—¡Lo sabía! —exclamó él—. Sabía que tú nunca vendrías por tu propia voluntad.

—¡Eso no es verdad?

—¿No? ¡No me digas que estabas empacando para venir a verme Cuando recibiste la llamada!

—No. De hecho, me encontraba en el funeral de Stephen —declaró ella con seriedad.

—¿Qué?

—Dije que…

—¡Escuché lo que dijiste! —repuso él confuso—. Pero… ¿cómo? ¿Tuvo un accidente?

—Fue un problema cardíaco. Según el doctor: su corazón estaba débil, y pudo ocurrir en cualquier momento.

—¡No lo puedo creer! ¿Y me imagino que yo contribuí en cierta manera? Debió haber adivinado que había algo entre nosotros.

—¡No! —Ella negó con vehemencia—. Ya el doctor había hablado con él acerca de su condición, pero Stephen era muy testarudo y no escuchaba ninguna recomendación.

—¿No es una coincidencia?

—Tu no entiendes —espetó Olivia, pero Conor no la dejó terminar.

—¡Tu esposo acaba de morir, Liv! ¡Lo acabas de enterrar! ¡Y ahora vienes a verme…!

—¡El ya no era mi esposo! —exclamó molesta—. Cuando yo regresé a Londres, el divorcio se había llevado a cabo. ¡Es verdad! —aclaró—. Yo… yo ya le había pedido el divorcio antes de mi accidente. El… me engañaba con otras mujeres, y cuando yo lo descubrí… Bueno, de cualquier manera, al principio el se negó. Pero cuando me fue a verme al hospital, Stephen… cambio de parecer.

—Pero… él estuvo en Paget. Y pasó la noche en el hotel la señora Drake me lo dijo.

—Lo sé —continuó desesperada—. ¿Acaso no te dijo que dormimos en habitaciones separadas? Verás, Stephen había salido con la esposa de su jefe y vino para pedirme que le ayudara a una coartada.

Conor parecía confundido.

—¿Así que me mentiste? —inquirió—. ¡Vaya, Liv! ¿Acaso era tan difícil decirme la verdad?, ¿qué no te importaba en lo más mínimo?

—¡No fue así! —repuso acercándose a él—. Conor, mi matrimonio no era el problema para nuestra relación.

—¿Ah no? —repitió él con una mirada acusadora.

—¡No! —insistió, pero sin poder soportar su mirada por más tiempo, agregó—.

¡Vamos, no puedes pretender que creíste todo lo que te dije!

—¡Ya no sé qué pensar! ¿Acaso tratas de decirme que cambiaste de parecer?

—¿Y si fuera así?

Conor la miró por largo rato y después se volvió hacia la ventana. Por fin añadió:

—¿Por qué viniste, Liv?

—¡Ya te lo dije! Porque deseaba verte.

—Sí. ¿Pero hubieras venido si la señora Drake no te hubiera llamado?

—Sí.

—¿Sí? Liv esa escena arriba me dice más de lo que tú imaginas. Sólo Dios sabe lo que esa señora te dijo, pero cuando me viste pensaste que estaba inconsciente.

—Tal vez.

—No hay "tal vez" —exclamó furioso—. Como no respondí, pensaste que había tomado una sobredosis. Te espantaste tanto que por eso fuiste a vomitar de inmediato.

—Muy bien —ella se defendió—.Claro que me impresioné cuando te vi. Había cápsulas sobre el buró y hasta en la alfombra, y la sangre en la sábana…

—Sangre seca —repuso él.

—…claro que me espanté. ¿Cómo iba a saber que se trataba de sangre seca?

—No había necesidad alguna. Se me cayó la botella cuando tomé

una cápsula pero no las quise levantar.

—¿Y la sangre?

—Me corté —repuso él.

—¿Y el accidente?

—¿Qué accidente?

—El accidente en la clínica. La señora Drake me informó…

—La señora Drake debería aprender a no meterse en lo que no le importa. Es sólo que tuve un… altercado con un visitante, eso es todo, pero nada grave como para que vinieras de Londres.

—Pero esa no fue la razón… —Olivia guardó silencio. De cualquier manera no le creería.

—Dime. ¿Qué hubieras hecho si hubiera estado inconsciente?. Me gustaría saberlo.

—Hubiera llamado una ambulancia, claro está.

—¿De veras? ¿Aunque tú te hubieras metido en problemas?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno —se enderezó con un esfuerzo evidente—. Ya me habías abandonado antes. Y no te importó si vivía o no.

—¡Oh Dios! —no lo podía creer—. Claro que me importas. Tú siempre…

¿Acaso me odias tanto?

—¡No te odio para nada! —aseveró él—. ¡Y créeme, lo he intentado!

—¡Oh Conor!

Sin poder esperar más, ella se acercó con rapidez y sin permitirle moverse para ningún lado, lo rodeó con sus brazos. Después, tomando, su rostro entre las manos acercó sus labios a los de él.

El se quedó sorprendido y por un momento la tomó de la cintura y murmuró:

—Ahora no…

Ella se abrazó a él con desesperación, y cuando sintió su lengua húmeda dentro de su boca, sintió que perdía el equilibrio.

Conor la besó muchas veces, besos duros y furiosos primero, que después sólo reflejaron la pasión desbordante que ninguno de los dos podía contener.

—Debería matarte por lo que me has hecho —murmuró, mientras acariciaba el cuello de Olivia con sus labios. La apretó tanto hasta lastimarla—. ¿Sabías que casi muero cuando te fuiste sin decir nada?

—Tengo alguna idea de la manera en como te sentiste. Para mí no ha sido nada fácil. Y aunque todavía no estoy segura de qué es lo mejor para los dos, cuando escuché acerca del accidente, no pude soportarlo y vine tan pronto como pude.

—Pues espero que sea verdad. ¡Porque puedes estar segura de que esta vez no te dejaré ir!

—¡No quiero que lo hagas! —aseguró—. ¡Eso es lo que vine a decirte, pero como de costumbre, te hice pensar otra cosa!

—¿Se supone que debo creerte?

—Sí —argumentó con seriedad, pero después rió y tomándolo de las manos agregó—: ¡No es cosa de risa! ¡Te amo, grandísimo tonto!

La respuesta de Conor fue un desvanecimiento, momentáneo. Trató de apoyarse en el frigorífico. Por un momento ella pensó que estaba bromeando, pero después se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados y gotas de sudor llenaban su frente.

—¡Conor! —gritó aterrada, convencida de que se había desmayado. Pero él abrió los ojos y trató de sostenerse con la mesa, alejándose de ella un poco, estaba más pálido y débil, pero alerta.

—Lo siento —se disculpó—. Tal vez la emoción fue demasiado para mí. No volverá a pasar.

—No, claro que no —aseguró y con decisión se dirigió hacia donde él se encontraba; abriendo la bata que lo cubría, miró la herida que tenía abajo del vientre.

—¡Hey, con cuidado! —exclamó—. No me importa que me veas desnudo, pero no frente a los vecinos, por favor —bromeó.

Pero Olivia no lo escuchaba. Estaba mirando la profunda herida que sangraba un poco, debido al esfuerzo que él había hecho al levantarse.

—Esta es la razón por la que estaban tan preocupados en la clínica, ¿verdad?

¡Oh, Conor, mi amor!, ¿por qué no te has atendido bien? Eres doctor.

—Dilo otra vez —repuso, tomándola de las muñecas y aprisionándola con sus piernas—. Esa parte en la que me llamaste "mi amor". Me gusta mucho.

Pero Olivia no sonrió, aunque lo besó con rapidez. Tocando los bordes de la herida, preguntó:

—¿Has usado antibióticos? Ya sabes qué fácil es pescar una infección.

—Me pondré bien —le aseguró—. Ahora que estás aquí haré todo lo que desees. No me importaba mucho lo que me ocurría antes.

—¡Oh Conor! —Ella exclamó, besándolo con ternura—. ¡Si lo hubiera sabido!

—Pensé que lo sabías. ¿Qué crees que quise decir con las palabras "te amo"?

Olivia no podía pensar en eso.

—¿Cómo, cómo ocurrió? —Preguntó ella, soltándose de Conor—. ¿Dijiste algo acerca de un visitante? ¿Mmm, todavía tienes el botiquín de primeros auxilios sobre la despensa?

Conor suspiró, pero asintió. Olivia bajó el botiquín, recordando

que Sally le había recomendado siempre mantener las medicinas fuera del alcance de los niños.

Recordó también que en ese momento se sintió como un verdadero adulto.

Pero ahora no lo sentía así. Sentía que era incapaz de curar esa herida. Estaba casi segura de que Conor necesitaba ser hospitalizado, pero él no lo aceptaría. Lo mejor era pensar positivamente y hacer lo mejor que pudiera.

Al abrir el botiquín, se percató que casi todo lo que se encontraba ahí, había estado en ese lugar desde que Sally vivía. Era imposible usar el merthiolate o las gasas. Todo estaba empolvado y hasta las tijeras quirúrgicas mostraban oxidación.

—¡Nada de esto se halla en buen estado!

—¡Ya no te quejes! —Objetó él con una sonrisa—. ¡Sobreviviré! ahora, ¿por qué no vamos arriba y terminamos lo que empezamos?

—¡Conor!

—Muy bien, muy bien. Me pondré un poco de alcohol. Si abres ese cajón, verás gasas nuevas. Eso es lo que he estado usando y hasta ahora han funcionado.

—¿De veras? —preguntó incrédula y se dirigió hacia el cajón que él le había indicado—. Ahora, ¿me vas a decir lo que pasó?

—Bueno, si es necesario…

—¡Así es! —Le aseguró ella y se preparó para limpiar la herida—. ¿Dónde guardas el alcohol? Oh, ya recuerdo, en la alacena.

—Hay una botella de whisky ahí. Liv, tu no deberías hacer eso, yo mismo lo puedo hacer.

—Pero yo lo quiero hacer…

—Y después. . —murmuró sonriendo, sin la menor duda de lo que quería decir…

Una hora más tarde, Olivia se encontraba sentada sobre la cama extra, mirando a Conor dormir. Dormido, se veía tan joven y vulnerable, y sintió que su corazón se volcaba hacia él. Ahora se arrepentía de todo el tiempo que había perdido. En la vida nada era una garantía, pensó ella con la seguridad que su amor le daba. Nunca podría saber si Conor la amaba o no, o si tal vez sería al revés. Pero ahora sabía que ellos dos tenían muchas mas posibilidades de ser felices, debido a su amor tan grande.

Además, ahora se daba cuenta de lo afortunada que era. El hombre al que Conor había sorprendido vendiendo cocaína en el hospital, pudo haber destruido su futuro para siempre. Si lo hubiera apuñalado en otra región. Aun así, el ya había perdido bastante sangre cuando otro de los doctores lo encontró en uno de los baños.

En realidad, él no le había dicho la gravedad de las circunstancias, sólo había tratado de disfrazar lo que había ocurrido. Pero ahora ella

estaba determinada a cuidarlo, y no había cosa alguna que la hiciera perder lo que había encontrado.

El día que había empezado tan mal, ahora parecía lleno de esperanzas para el futuro.

—¿En qué estás pensando?

La voz de Conor interrumpió sus pensamientos, y por primera vez, ella no trató de cubrirse. A la luz de la lámpara su piel parecía tener un pálido lustre y Conor no podía dejar de admirarla.

Incorporándose sobre sus brazos, él la miró satisfecho. Con un dedo recorrió desde la punta de la nariz hasta la punta de uno de los pezones que, ante tal caricia, respondió, de inmediato, pero esta vez sin vergüenza alguna.

—¡Mmm… acércate! —repuso y bajo la delgada sábana, ella pudo ver el resultado de sus caricias. Aún le sorprendía y le encantaba poder hacerlo sentir de ésa manera, pero debía decirle algunas cosas.

—Aún no —afirmó ella poniéndose la bata de Conor—. Debemos hablar.

—¿Por qué? —inquirió con sorpresa y ella titubeó un momento sin saber la manera en que él reaccionaría.

—Por qué sí —le respondió y sintió que la bata se abría exactamente en la región de su vientre. Cerrándola con rapidez, ella se volvió.

Conor no notó nada. Estaba demasiado sorprendido por sus palabras.

—Muy bien —acertó él por fin y se acomodó para escuchar lo que ella debía decirle.

Pero al mirarla en pie, deseó estar cerca de ella de nuevo y comentó:

—Regresa a la cama. Podemos hablar aquí. Vamos, tú sabes que también lo deseas, podemos hablar por la mañana.

Por un momento Olivia pareció flaquear, pero la importancia de lo que debía decirle la hizo recapacitar y se mantuvo firme.

—Te amo —confesó ella. Creo que siempre te he amado. Pero temía decírtelo.

Tenía miedo de que me hirieras.

—¿Así que preferiste herirme a mí?

—Creo que herí a los dos. Verás, pensé que lo que sentías por mi era tan sólo un capricho, que si me alejaba, te darías cuenta.

—¡Oh, Liv! —la tomó de la mano y la besó—. Debiste saber que no era así. ¡Dios mío! He estado loco por ti desde que era un adolescente. Es sólo que siempre pareciste estar tan lejos, tan inalcanzable. Después te fuiste a vivir a Londres, y cuando mis padres murieron fue un infierno para mí. Era como si hubiera perdido todo lo que amaba, todo… incluyéndote a ti —le sonrió son sinceridad—. En especial, a ti.

Es por eso que debo tanto a tía Elizabeth, ella y el tío Philip me ayudaron a salir adelante, hasta cuando los decepcioné.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que tomé un camino equivocado. Yo mismo probé las drogas, bueno, por lo menos la marihuana. Ese día que reuní el valor para irte a ver a Londres, había fumado. Fue la primera y la última vez que usé drogas para recuperar la confianza en mí mismo. Supe que había pedido cualquier oportunidad de rehacer nuestra amistad después de ese episodio, créeme, eso fue lo que me alejó por tanto tiempo de ti.

—¡Mi amor! —ella lo besó y por un momento hubo un silencio en la habitación; después él levantó el rostro y continuó:

—De cualquier manera, después de eso, ya no la volví a usar. Trabajé duro y terminé la carrera de Medicina. Después le dije a la tía Elizabeth que deseaba regresar a Londres. Sabía que necesitaba verte otra vez, con la esperanza de recuperar el tiempo perdido. Pero… cuando fui a buscarte a donde vivías, la portera me dijo que te habías casado y marchado. ¡Ese fue uno de los días más terribles de mi vida!

—Nunca lo supe —indicó, boquiabierta.

—¿Cómo podrías saberlo? No tuve el valor de buscarte y saludarte. No deseaba saber lo feliz que eras con alguien más.

—¿Así que volviste aquí?

—Así es. También pensé que tal vez ya tendrías hijos, pero tampoco deseaba saber de ellos. Después, cuando apareciste ante mi puerta recobré las esperanzas y pensé que Dios existía de verdad.

—Yo estaba tan apenada esa mañana.

—Yo no. Yo estaba como en una nube. Bueno, hasta que conocí a Stephen, entonces deseé romperle el cuello.

—Pobre Stephen.

—Sí, pobre Stephen. Debió haber sido un día duro para ti. Y además manejar hasta acá.

—Deseaba hacerlo.

—Sí. Y me alegro que lo hayas hecho. Pero eso me recuerda algo, ¿cómo entraste?

—Por el sótano. Y me temo que rompí el candado. ¿Me perdonas?

—Te perdono lo que sea. Después de pasar tantos días como zombi, lo único que deseo es repetirte que te amo y casarme contigo lo antes posible. ¿Es lo suficientemente claro o te lo escribo?

—Y si te dijera que…

—¿Liv, qué ocurre ahora? Si me dijeras que, ¿qué?

Ella tomó la mano de Conor y la llevó hasta su vientre.

—Estoy embarazada.

—¿Embarazada? Pero dijiste que tú y Stephen no…

—¡Conor! —exclamó ella—. ¡Esto nada tiene que ver con él! ¡Es…

tuyo, quiero decir, tuyo y mío, de los dos!

—Pero yo pensé que…

—Sé bien lo que pensaste. Te dije que Stephen y yo nunca habíamos tenido niños. Pero es obvio que el destino así lo dictó.

—¿Así que cuando dijiste que ya habías pensado en venir a verme, esa era la razón?

Ella se estremeció y asintió con la cabeza.

—¿Por cuánto tiempo lo has sabido?

—Un mes… seis semanas —ella lo miró asustada—. ¿Por qué, acaso no te alegras?

Conor se alejó de ella.

—Si me alegro o no, en realidad no importa. ¿Así que esa es la razón por la que deseas casarte conmigo? Para darle un nombre a tu hijo.

—¡Conor! —lo miró y por un momento, pareció como si todo lo que habían comentado hubiera muerto. Eso era precisamente lo que temía que pasaría, y pasó.

Pero él era como ella, se dio cuenta, y estaba tan temeroso de ser herido, que ella debía probarle que esos días ya habían quedado en el pasado.

—Yo… podría abortar, si es lo que deseas —repuso con seriedad buscando su pantalón. El la miró incrédulo.

—¿Qué dijiste?

—Que… no es demasiado tarde para abortar —declaró, jugando con el listón de la bata. Después de un momento, preguntó—: ¿Y bien? Si es necesario que lo haga para que creas que te amo, entonces lo haré. —Dio un paso hacia el y agregó—: Ya no me importa si nunca tendré hijos. Al que quiero es a ti, Conor. ¿O deseas que lo escriba?

El no titubeó. La necesitaba tanto que casi con angustia la tomó entre sus brazos.

—¿Lo dices en serio? ¿Quieres decir que me amas con o sin un hijo?

—¿Cómo puedes dudarlo? No deseo que nos alejemos nunca más.

—¿Lo dices en serio?

—Es mejor que lo creas. Querido, tienes una opinión muy pobre acerca de mí, si crees que me arriesgaría a tener otro matrimonio fracasado sólo para darle un nombre a mi hijo. Por eso no deseaba decírtelo. No deseaba que te casaras conmigo sólo por sentirte responsable.

—¿Oh, Liv, cómo puedes pensar eso?

—Tú lo pensaste —ella le recordó—. Lo que me recuerda que no me has dicho lo que deseas.

—¿Yo? Para mí, es como un sueño. Si tú estás feliz, yo lo estoy también. Pero,

¿no te importa renunciar a tu trabajo?

—¡Yo estoy en las nubes también! En lo concerniente a mi trabajo, creo que ya necesito un descanso, tal vez unos cinco años o más, dependiendo del tamaño de nuestra familia.

—¡Liv…!

—Pero creo que debemos dormir un poco, ya va a amanecer y necesitas descansar.

—¡Oh, todavía quedan algunas horas para que amanezca! Pero me gustó la manera en que lo dijiste: "debemos dormir". Por lo menos te tengo donde perteneces,

¡en mi lecho!

**Fin**